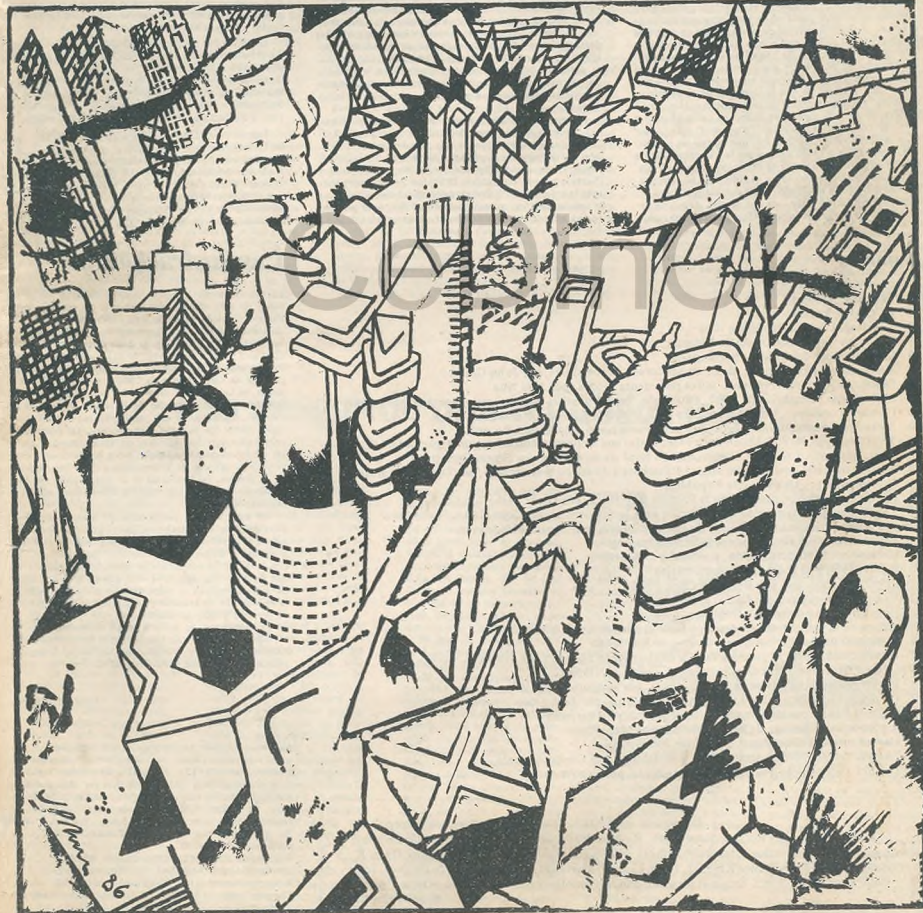


Trabajo y sindicatos: Nun, Godio.
Los congresos pedagógicos: Puiggrós, Vezzetti.
Democracia, socialismo, liberalismo: Bobbio, Rocard,
Hirschman, Leis, Dotti, De Ipola.

Suplemento/1: ¿Una Segunda República?: Terán, Portantiero,
Nudelman, D'Alessio, Schmucler, Canal Feijóo, Reboratti.

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista dirigida por José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula. Número 1, agosto de 1986



El primer número

El primer número de una publicación siempre pretende mostrar el acor de problemas que serán abordados y las líneas directrices del estilo de reflexión que desea utilizar. Y no siempre se logra. La complejidad de la realidad exige cualquier buena intención, y ésta sólo es el transcurso del tiempo adquiere, o no, la forma que inicialmente se pretende.

Una revista de "cultura socialista" como la nuestra, cuyos integrantes provienen de distintas experiencias políticas e intelectuales, se enfrenta naturalmente con un problema que resulta ineludible en este camino de búsqueda de una nueva identidad que esté en condiciones de abordar con más o menos éxito una realidad cada vez menos simple, si es que alguna vez lo fue, y que trate de hecho no poco tiempo se nos escapa de las manos: se trata, desde luego, del fenómeno de la democracia, de la necesidad de su revaloración, de la relación entre el socialismo y el socialismo. Tantas veces olvidado, cuando no confundido a pura formalidad, en nuestro país y en América Latina empiera a discutirse en nuevos términos, alejándose de la visión instrumental para considerarlo el ámbito natural o dentro del cual es posible pensar y realizar toda transformación.

Este cúmulo de problemas es abordado, desde perspectivas no siempre idénticas en los diversos artículos de la revista, en esta pluralidad de voces podían producirse desajustes reflexiones acerca de las oportunidades que tiene la democracia de consolidarse en Latinoamérica. Convencido no sólo de que el pesimismo debe ser el punto de partida para cualquier pensamiento serio al respecto, sino también de que la inestabilidad es propia de cualquier régimen político latinoamericano, Hirschman advierte sobre la ineficacia de buscar su causa primera y sobre la inutilidad de establecer "supuestos" para consolidar la democracia, objetivo. Éste que podría ser logrado si se comenzara a reflexionar sobre la naturaleza de los valores cuya difusión social es importante para su logro.

Igualmente cauteloso sobre el futuro de la democracia, Bobbio acuña el concepto de "democracia débil" para señalar una situación lejana de los ideales, como que demuestran sus promesas incumplidas, situación que abre

el interrogante sobre la posibilidad de su logro. Ya se sabe, Bobbio se ha impuesto "desilusionar" y "desanimar", como lo hacen en general la verdad de las cosas. Es precisamente la verdad de las cosas lo que motiva la necesidad de una lectura del liberalismo alejada de los prejuicios, como propone Dotti.

Se trata, entonces, de "navegar contra el viento"? Arico cree que sí, que debemos aprender a avanzar a contrapelo de las lógicas existentes si queremos construir un camino de salida. Pero interrogándonos sobre el futuro. Preocupación compartida por De Ipola cuando se pregunta cómo definir una línea de pensamiento y acción específicamente socialista y democrática en la actual coyuntura argentina. Una vez superada la ilusión del "paraíso a conquistar" se hizo necesario rescatar, afirma, la tercera idea subyacente a toda concepción socialista, esto es, que una sociedad más justa es deseable y posible, aunque no necesaria, y para cuya realización no hay garantía alguna pero sí condiciones: la principal de ellas es que sea democrática. La revalorización de la democracia y sus instituciones, pues, pero también la búsqueda de una mayor equidad. La democracia es reformista, agrega a su vez Lés, quien además sugiere que la abundancia de bienes en discusión en la arena pública tiende a modificar la cultura política; un tema que, por otra parte, también es abordado más acotadamente en otro artículo: las democracias se afina allí, deberían ser corruptoras políticas que derramen mensajes y bienes simbólicos. Así lo entiende el Presidente, dice Sarlo, pero lo símbolo, agrega, deberá sintetizarse con las necesidades materiales de la sociedad para disminuir injusticias insistentes.

De ese cúmulo de mensajes, de propuestas políticas, uno mereció que le fuera dedicado el Suplemento I de *La Ciudad Futura*: la propuesta presidencial de fundación de la Segunda República. Al análisis histórico del proyecto de nacionalización de la Primera República (Terán), y de la actitud, en 1957, del Partido Socialista ante la reforma de la Constitución (Judelman), se suma la exhumación de un trabajo de Canal Feijó, el primero de una serie de entregas de diversos autores que intentará

rastrear un filón federalista en la tradición democrática y socialista. Portantiero cree, a su vez, que la cuestión central a proponer en el debate impostergable que debe enfrentar hoy la sociedad argentina es la reforma democrática del estado, o sea el aumento de la ingerencia de la sociedad —individuos y organizaciones— en la trama pública, y cuestiona la concepción de cierta izquierda que afirma que resulta vano plantear los problemas de la democracia participativa sin resolver previamente la desigualdad económica y social. Schmucler y D'Alessio, en cambio, alertan contra la propuesta acrítica de modernización, mientras que Raboratti pone en duda la fuerza de que el traslado de la capital ayude en la búsqueda de un nuevo equilibrio. Este no se logrará si es un hecho aislado, pues, afirma, la centralización administrativa no es lo mismo que la concentración económica.

Otra propuesta más acotada, pero no menos importante, ha sido superada en la sociedad argentina: la reforma pedagógica. La historia y el presente de un debate cuya centralidad no ofrece dudas son abordados por Puiggrós y Vezzetti, en lo que constituye apenas al inicio de un debate que continuará en los sucesivos números. Los problemas del movimiento obrero argentino y las modificaciones en el campo laboral no están ausentes: Godoy y Num se encargan de ello.

Las disímiles maneras de enfrentarse a las mutaciones del mundo contemporáneo y las dificultades para diseñar una política de transformación social son temas que la izquierda se refleja en los congresos de los partidos comunistas argentino e italiano, que son analizados por Rodríguez y García y en la propuesta hecha por Rocard para la modernización del Partido Socialista Francés.

Propio de socialistas también es el tema de la defensa de la vida, territorio en el que se colocan las preguntas de Pedrosa formula a Federico Westerkamp sobre el controvertible sentido moral del desarrollo de la energía nuclear. Y dos temas que merecieron mayor despliegue que el siempre salomónico que hoy planteamos: la intervención de EU en Nicaragua y la interrogación sobre la viabilidad de la política laica en la Argentina.

Las ilustraciones

Las ilustraciones que los lectores hallarán en el interior de este número son grabados del cronista indio Felipe Guamán Poma de Ayala (Waman Puma), nacido alrededor de 1535. Proviene de la edición mexicana (Siglo XXI, 1980) de su famosa *El Primer Nueve Corónica y Buen Gobierno*, de cuyo texto forman parte inseparable. Esta crónica, descubierta en la Biblioteca Real de Copenhague en 1908 por Richard Pietschmann, es considerada uno de los documentos más interesantes para el estudio de la región andina, de su proceso histórico, de sus características étnicas y sociales desde los tiempos más remotos, tal como eran recordados por los hombres en los momentos iniciales de la conquista española, hasta la época del virreinato y el impacto de la conquista y de la colonización en la lengua, las creencias y la imaginación de esos hombres, o uno de los registros más apasionantes que el relato ofrece.

En este número publicamos el autorretrato y la serie referida a los trabajos. En el próximo comenzaremos a publicar las de las ciudades: más de cuarenta grabados "documentales" sobre las ciudades de una zona de la colonización española en América del Sur de fines del siglo XVI. Más que en lo documental en sentido estricto, el valor de estos grabados reside en la revisión de las técnicas pictográficas andinas, realizadas por este último *quelecamayo*.

La ilustración de la tapa, como en contrapunto, es un dibujo a ténpera de una serie que he titulado genéricamente *Ciudades*: ciudades que no son ni futuras ni imaginarias, tan sólo fantasías gráficas con tema urbano.

Juan Pablo Renzi

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo N° 177, Sucursal 12, Buenos Aires (1412). Tipografía de Canal Feijó y Litografía, Peña 303, 1° D. Bs. As. Tipografía de textos y armado, Gráfica Integral, Albarracín 1955. Impresión en Talleres Gráficos Litador, Vial 1444, 2° D. Bs. As. Distribución en kioscos, Infinito S.R.L., y en librerías, Bs. As. Distribución en librerías, Catálogos S.R.L., dependencia 1860 Bs. As.

Registro de la Propiedad Intelectual en trámite. Suscripción en la Argentina, seis números, A \$ 12.000, en el extranjero, diez números, A \$ 20.000. Cheques y giros a la orden de Aldo Martín Jauregui, administrador.

La Ciudad Futura aspira a ser un terreno crítico de confrontación de las distintas voces que animan un proyecto de reconstitución de la sociedad argentina sobre bases democráticas y socialistas. Se concibe, por tanto, como una de las formas de organización de una presencia cultural de izquierda, que en las condiciones del país y del mundo requiere de un profundo y radical cuestionamiento de toda su tradición y de sus instrumentos de análisis.

A nadie se le escapa que las categorías de "socialismo" y de "izquierda" apelan a una multiplicidad de propuestas y experiencias, muchas de las cuales aparecen hoy ante nosotros como negadoras en la práctica de un movimiento histórico que hizo de la emancipación humana la razón de su existencia. Ni el ideal socialista ha dado lugar a transformaciones sociales que permitan definir caminos ciertos para la conquista de una sociedad libre e igualitaria, ni la cultura de izquierda demuestra ser capaz de medirse con los problemas de sociedades complejas y totalitarias de control del poder sobre los individuos. Y la muestra lo es. El ideal socialista y la cultura de izquierda están en crisis; es hora ya de reconocerlo si se quiere salvar al socialismo como proyecto y como movimiento.

El rechazo de las ideologías totalitarias, que ocultaban detrás del sueño de la sociedad perfecta formas aberrantes y totalitarias de control del poder sobre los hombres —no sólo razón de ser al propósito de darle un sentido a la evolución de la sociedad, ni puede anular la voluntad de transformarla según valores de libertad, solidaridad y justicia. Pero la necesidad de mantener viva la "virtualidad de una sociedad mejor, al tiempo que se despliega una reflexión crítica de lo existente, reclama una constante autorreflexión crítica de la propia izquierda, un cuestionamiento de su tendencia a definir de una vez política y de una vez económica, que pueda arrancar a la cultura de un funesto destino.

Procuraremos ser un elemento activo en la cons-

La Ciudad Futura

trucción de una democracia social avanzada no porque hayamos renunciado a nuestros ideales socialistas, sino porque es la única forma de mantenerse fiel a ellos.

Al cabo de un largo recorrido —plagado de buenas intenciones y de errores trágicos que contribuyeron también a la postración de la nación— hemos aprendido una lección que no estamos dispuestos a olvidar. Una lección que alguna vez formó parte de la tradición socialista y que hoy queremos redescubrir y recrear al mismo tiempo. El socialismo no puede ser la liquidación de la democracia, sino su plenitud y realización. Sólo en un contexto democrático puede expandirse un movimiento social de izquierda que impulse la transformación y grante en la vida nacional. Y ninguna redención futura deberá apartarnos de ese patrimonio irrenunciable del socialismo que son las libertades civiles y políticas.

De la tradición socialista hemos recogido nuestro nombre. *La Ciudad Futura* apunta a lo que está más allá del presente, a lo que podrá sucederle si los hombres somos capaces de darle forma y movimiento. Designa el propósito de proyectar una civilización distinta; una organización de la sociedad, un manejo de las cosas, una forma práctica de la política que no es la del presente, pero que puede abrirse paso mañana. Es una exhortación a que la miseria del presente no nos impida imaginar y trabajar por un proyecto de sociedad diferente. Un proyecto no significa por sí mismo la renección de cualquier utopía positiva. Pero sí se quiere defender una identidad de izquierda y socialista es preciso mantener la tensión moral hacia una sociedad mejor, una tensión que es igualmente utópica hacia la apertura de lo posible y de lo indeterminado. La crítica a lo existente se abre camino reconociendo en la realidad presente las posibilidades de transformación que en ella están contenidas. Este es en definitiva nuestro programa. Encontrar en el presente lo que ya está designando el futuro, para de este modo poder acelerar el porvenir. Es una tarea difícil, pero bien vale la pena intentarla.

Procuraremos ser un elemento activo en la cons-

Los riesgos de una república laica

Más allá de su significado directo, inmediato, la discusión en curso sobre el tema del divorcio es un acto apto para poner a prueba el grado de madurez de nuestra sociedad. Sobre todo para poder armar respuestas a una pregunta inquietante: ¿seremos capaces de convivir en una república laica?

Es verdad que, en vísperas del siglo XXI, la discusión está planteando un tema que, en rigor, pertenece al siglo XIX. Desde el punto de vista legal, de hecho el tema se planteó por primera vez hace poco más de un siglo entre nosotros. El divorcio vincular no era, entonces, sino la consecuencia lógica de la Ley de Matrimonio Civil, Secularizado el matrimonio, librada su calificación como sacramento a la esfera íntima de los creyentes, el casamiento ante el Registrador Civil del Estado pasaba a ser un contrato que, como todos, debía tener cláusulas de disolución.

La ilustración de la tapa, como en contrapunto, es un dibujo a ténpera de una serie que he titulado genéricamente *Ciudades*: ciudades que no son ni futuras ni imaginarias, tan sólo fantasías gráficas con tema urbano.

Juan Pablo Renzi

El divorcio ya que en lo personal no vació en tener varios hijos "naturales" —ni tampoco con el peronismo, cuando no podría pensar que la sanción de la ley de divorcio en 1954 obedeció a

algún plan razonado, más allá de la coyuntura.

Pero es necesario colocar el tema fuera de su propia dimensión, sobre todo si ella reactualiza el conflicto demoníaco entre católicos y anticatólicos. El debate que se está dando en nuestra sociedad es más allá de ese enfrentamiento y en ese sentido plantea situaciones mucho más interesantes.

Es posible identificar a católicos que son capaces de reconocer las diferencias que van desde el acatamiento a un principio dogmático, de conciencia a su generación por ley civil a quienes no lo comparten. Esta certeza ha penetrado no sólo en organizaciones políticas de raigambre católico, como el partido Demócrata Cristiano, sino también en la rama femenina del justicialismo, según las cuales "implantar el divorcio sería el suicidio de nuestra sociedad, pues en las naciones socialdemócratas el divorcio fue la causa de la antaños del aborto, del uso de la droga y de los casamientos entre homosexuales, de tal modo que el divorcio no es sino el primer pedacito de la desintegración nacional".

La desdichada —para sus promotores— organización de la Marcha en Defensa de la Familia vino a corroborar que, al menos en el seno de la sociedad global, el tema del divorcio se resuelve por ser religioso para

torrnarse en político. El diputado democristiano Auyero lo dijo: la marcha "arrastra a sus filas a la ultraderecha autoritaria y procesista". Basta ver quienes se adhieren a ella para confirmar el juicio: desde FAMUS hasta Jorge Abelardo Ramos, pasando por el senador Saadi (divorciata hace 10 años, cuando presentó un proyecto de ley que ahora seguramente servirá como antecedente), Frondizi y sus 62 Organizaciones.

Uno de los proceres de esa última corporación, Jorge Triaca, puso la cuestión en más crudo lenguaje "procesista": estaríamos frente a una campaña contra la familia, a favor de la pornografía y la drogadicción. A esa opinión concurren representantes de la rama femenina del justicialismo, según las cuales "implantar el divorcio sería el suicidio de nuestra sociedad, pues en las naciones socialdemócratas el divorcio fue la causa de la antaños del aborto, del uso de la droga y de los casamientos entre homosexuales, de tal modo que el divorcio no es sino el primer pedacito de la desintegración nacional".

Cabe volver a la pregunta inicial: ¿estamos maduros para construir una república laica, no antieuropea ni anticatólica, pero sí laica? La sociedad parece quererlos así, según muchas señales: el divorcio es sólo una puesta a prueba. Buena prueba, porque salda la cuestión religiosa, íntima, de conciencia privada, juzgará sobre la capacidad de los representantes para ponerse a la altura de los representados, que quieren discutir, que no creen que haya "tema de familia" que no pueden ser sometidos a cambio.

Sumario

- 2 El primer número
- 3 La Ciudad Futura
- 3 Los riesgos de una República laica
- 3 Nicaragua ante el Síndrome de Vietnam
- 4 La Nación, por Juan Carlos Portantiero
- 4 Sindicalistas. Lazarettistas, desestabilizadores y renovadores, por Julio Godio
- 6 Desocupación y supervivencia. Mitos por cuenta propia, por José Nazzari
- 6 El Congreso Pedagógico de 1982. Educación, modernización y democracia, por Adriana Puiggrós
- 6 Cien años después. ¿Un proyecto para el siglo XXII, por Hugo Vezzetti
- 10 Socialistas. Atrevámonos a decir que hemos cambiado, por Michel Rocard
- 12 XVII Congreso del PCI. El comunismo mutante: una lectura organizativa, por Miguel Ángel García
- 13 Otro congreso, otro estilo. Testimonio: El error de un acierto, por Sergio Rodríguez
- 13 Energía nuclear: ¿callejón sin salida? Entrevista a Federico Westerkamp, por Osvaldo Pedrosa
- 15 Suplemento I: ¿Una segunda República?
- 16 Proyectos de nacionalización en la Primera República, por Oscar Terán
- 17 La reforma del estado. Una Constitución para la democracia, por Juan Carlos Portantiero
- 18 El Partido Socialista y la reforma de la Constitución, por Ricardo Judelman
- 19 Frivolidad y computadores, por Héctor Schmucler
- 19 Notas sobre la modernización, por Néstor D'Alessio
- 20 Canal Feijó y el federalismo democrático
- 21 El crónico dualismo, por Bernardo Canal Feijó
- 21 Una cuestión capital, por Carlos Reboratti
- 23 Hirschman, un heterodoxo militante
- 23 Acerca de la democracia en América Latina, por Albert O. Hirschman
- 24 El desafío de navegar contra el viento, por José Arco
- 24 Una elección. Entre la abundancia y el blanco, por Héctor E. Lés
- 25 ¿Viejo? liberalismo, nuevo liberalismo?, por Jorge Dotti
- 25 Las promesas incumplidas de la democracia, por Norberto Bobbio
- 28 Un desdichado libro sobre Lenin y América Latina, por José Arco
- 31 Heller y Feher: contra el maniqueísmo, por Ludolfo Paramio
- 31 A propósito de La saga de los Anchorena, por Jorge Balán
- 32 Unidos ante el afonismo, por Carlos Altamirano
- 33 Ensayo. Cultura, orden democrático y socialismo, por Emilio de Ipola
- 36 Lectura a contrapelo. Perfiles de un presidente, por Beatriz Sarlo

Directores: José Arco, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Redacción: Sergio Bufano, Jorge Dotti, Ricardo Ibarlucea, Héctor Lés y Osvaldo Pedrosa.

Consejo Editorial: Carlos Altamirano, Emilio de Ipola, Rafael Filippelli, Julio Godio, Oscar R.

González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Jorge Liernur, Marcelo Lozada, Ricardo Judelman, José

Nun, Juan Pablo Renzi, Sergio Rodríguez, Daniel Samoilovich, Beatriz Sarlo, Oscar Terán

Nun, Juan Pablo Renzi, Sergio Rodríguez, Daniel Samoilovich, Beatriz Sarlo, Oscar Terán

Nun, Juan Pablo Renzi, Sergio Rodríguez, Daniel Samoilovich, Beatriz Sarlo, Oscar Terán

Nun, Juan Pablo Renzi, Sergio Rodríguez, Daniel Samoilovich, Beatriz Sarlo, Oscar Terán

Nun, Juan Pablo Renzi, Sergio Rodríguez, Daniel Samoilovich, Beatriz Sarlo, Oscar Terán

Nun, Juan Pablo Renzi, Sergio Rodríguez, Daniel Samoilovich, Beatriz Sarlo, Oscar Terán

Nicaragua ante el Síndrome de Vietnam

Aunque en 1985 EU anunció que no reconocía a la Corte Internacional de Justicia de La Haya jurisdicción para actuar en su diferendo con Nicaragua, la condena que el tribunal dictó sobre el apoyo norteamericano a las "contras" nicaragüenses constituye un fallo ejemplar que, junto a la significación de su contenido, pone de relieve algunos peligrosos constantes de la política exterior roagiana.

Básicamente aparece en primer plano el desprecio absoluto de EU hacia los pactos constitutivos de la comunidad internacional y su recurrente apelación al uso de la fuerza por encima de cualquier forma de resolución negociada de las diferencias. Las experiencias de Granada y Libia son claros ejemplos. En el primero, la intervención militar directa se hizo no sólo contra principios fundantes de la legalidad universalmente aceptada, sino también desoyendo los imperativos reclamos de la ONU. En el caso de Libia, los únicos límites que EU reconoció fueron los que le impuso el riesgo de fusión de los ejércitos de la principal alianza militar, OTAN. Y ahora, la aprobación de un abierto apoyo a la guerrilla antisindical en contra de la carta de la ONU y saboteando las gestiones de Contadora y su Grupo de Apoyo, más que desprecio por el dictamen de La Haya, son, todos, testimonios de una simple verdad: Estados Unidos no desoye ningún tipo de compromiso que pueda poner en cuestión su autoanunciado derecho a intervenir económica, política y militarmente allí donde se le ocurra.

Así, si el ataque a Libia no resultó mayor o más prolongado fue, simplemente, por no lesionar demasiado las relaciones internas de la NATO y no por evitar un partido alguno efecto los pactos previos o los reclamos del resto de la comunidad de países. Y Nicaragua (como antes Granada), en tanto está ubicada dentro de la zona de influencia natural de EU, cae presa de la lógica de

la bipolaridad, que somete a cualquier otra consideración.

Es decir, Estados Unidos se ha colocado definitivamente en la ilegalidad y ha optado de manera categórica por el camino de la fuerza. "Debemos quitarnos de encima el Síndrome de Vietnam", propuso Reagan el 17 de marzo de 1980 en una suerte de programa de política internacional, y evidentemente sabe cumplir sus propósitos. Pero la cuestión se torna aun más grave porque ya no se trata sólo de un presidente retrógrado y belicista que ofrece soluciones arcaicas y simplistas a problemas nuevos y complejos. En esta ocasión lo que está en escena es una decisión que también involucra al congreso norteamericano, ya que al votar la ayuda a la guerrilla nicaragüesa la Cámara de Representantes institucionalizó la intervención norteamericana, dándole un marco de aparente legalidad.

Bobbio señalaba, a propósito de la cuestión del equilibrio internacional, que la lucha entre las potencias es una lógica de la guerra, donde para Reagan el comunismo es "un mal absoluto" que ha de ser extirpado a hierro y fuego, porque lo que se plantea como bien no es la paz sino la victoria. Y en esa lógica quedan hoy desahogados los intentos de Contadora y su Grupo de Apoyo tendientes a favorecer, como puente de salida del hegemonismo soviético, el establecimiento de una democracia pluralista en Nicaragua.

Tal vez, para quitarse de encima el Síndrome de Vietnam, Reagan haya optado por la creación de un nuevo "Vietnam" donde el triunfo final y el imperio del *american way of life* reivindicarían al "regulador" actual de la economía, Nicaragua, según hay tenido por delante el desafío de construir una sociedad moderna y democrática bajo condiciones cada vez más difíciles, como la resolución de los conflictos como la lucha contra el atraso y la pobreza, y por la viabilidad del diseño y la pluralidad, estarán dramáticamente condicionados por la defensa de la soberanía y la dignidad nacional.

Sindicalistas

A fines del siglo XIX surgió en Italia, en la Toscana, un movimiento milenarista de protesta rural, conocido como Lazzaretti por llevar el nombre de Davide Lazzaretti, quien se autoproclamó Mesías y nombró Papa, y fijó como objetivo de su movimiento campesino el ocupar Roma y establecer el Reino de Dios en la tierra bajo la forma de utopía campesina igualitaria. Obviamente, fracasó.

1. Milenarismo y ubaldinismo

Podría afirmarse que Saúl Ubaldini es una versión local de Lazzaretti? Su imagen de muchacho de barrio, colocado por las circunstancias como guía suriente de los "pobres", y su discurso lineal, que remarca incansablemente que los trabajadores sólo "creen en lo que palpan", esto es en el aumento de salarios, parecerían establecer una analogía entre aquel y este nuevo protestario social.

Es evidente que entre ambos personajes hay algo en común. Ubaldini genera adhesiones en el interior de la clase obrera, por la necesidad de contar con un líder que "transmita" al poder político la situación angustiosa de una clase social cuyos ingresos salariales condicionan niveles de vida subsistencia. Encarna, además, en una primera lectura de su rol político, un grito de protesta social, y éste es el fundamento de su carisma.

Ese, es lo que el subjetivo de Ubaldini, tal vez, para quitarse de encima el Síndrome de Vietnam, Reagan haya optado por la creación de un nuevo "Vietnam" donde el triunfo final y el imperio del *american way of life* reivindicarían al "regulador" actual de la economía, Nicaragua, según hay tenido por delante el desafío de construir una sociedad moderna y democrática bajo condiciones cada vez más difíciles, como la resolución de los conflictos como la lucha contra el atraso y la pobreza, y por la viabilidad del diseño y la pluralidad, estarán dramáticamente condicionados por la defensa de la soberanía y la dignidad nacional.

Lazzarettistas, y desestabilizadores y renovadores

fije sus límites en la teoría corporativista de la "Comunidad Organizada" y de la protesta sindical lazzarettista como estilo de acción sindical.

2. Milenarismo y conservación

Pero, para la política práctica, lo que interesa en el caso de Ubaldini no es sólo desentrañar el universo cultural de los trabajadores que legitima su carisma, sino ante todo el efecto real de su discurso y sus actos sobre la sociedad argentina en general y el sistema político en particular.

Cuando penetramos en este último asunto debemos atrás el apasionante tema de la "épica social", es decir el tema de cómo grandes conglomerados humanos irrumpen en la historia a través de consignas sencillas, para introducirnos en el "aguero negro", esto es en un escenario donde el nuevo Lazzaretti y sus seguidores pueden desempeñar objetivamente el rol de cavar un foso infranqueable entre el discurso moral destinado a internalizar los valores de la democracia política pluralista y una parte decisiva de la sociedad civil: los trabajadores sindicalizados.

El milenarismo de Ubaldini es política sindical reformista-conservadora en la medida en que el estilo político sindical y las propuestas y reclamos reivindicativos de la CGT sólo son viables a través de una política económica de tipo desarrollista. Es decir, el reclamo abstracto a la "reactivación" de la calificación del Plan Austral como "plan recesivo" y la exigencia de aumentos generales de salarios nominales constituyen, en las condiciones reales de la economía argentina, un llamado a la expansión monetaria, componente altamente desestabilizador.

Para desentrañar por qué el milenarismo ubaldinista opera como marco ideológico de una práctica político-sindical reformista-conservadora, es necesario tener

Ubaldini encarna un grito de protesta social, y éste es el fundamento de su carisma. Muestra, una vez más, que el mundo cultural de la mayoría de los trabajadores argentinos es extremadamente pobre. Pero esa pobreza de cultura política no es patrimonio exclusivo de ellos: se extiende, casi siempre, a toda la dirigencia política argentina.

Julio Godio

en cuenta que un movimiento milenarista no es progresivo "per se" sino en la medida en que *enronca* y *se subdivide* por una consorte política progresiva en expansión. Es el caso, por ejemplo, del milenarismo agrario andaluz del siglo XIX, capitalizado por el anarquismo. Pero no es precisamente el caso del "ubaldinismo" porque se trata de un "milenarismo pasivo", en tanto que reconoce su fundamento en prácticas sociales e ideológicas en crisis, es decir en el peronismo tradicional.

¿Qué expresan realmente el ubaldinismo y la práctica actual de la CGT? El ubaldinismo sirve ambivalentemente a dos propósitos contradictorios en el interior del peronismo. Por un lado sirve al intento de restablecer el rol de los sindicatos como "factor de poder", de acuerdo a la tradición corporativista vanguardista, y al mismo tiempo, a través de la resistencia sindical dar tiempo y espacio para la reconstitución y centralidad del peronismo bajo prácticas políticas y culturales ortodoxas, opuestas a la renovación.

Pero, por otro lado, el ubaldinismo representa también a *variados sectores renovadores del peronismo* que piensan que el ubaldinismo es funcional para mantener la unidad de la CGT, en tanto no es deseable una ruptura orgánica del movimiento sindical y que el único camino es *acumular fuerzas en el interior de los sindicatos* como condición para *conferir renovación sindical y renovación partidaria*. Esta postura es la que predomina en los ex 25, hoy Movimiento Sindical Peronista Renovador.

Por la concurrencia de dos estrategias internas, el ubaldinismo es funcional al mismo tiempo, y aunque en menor grado, también a la renovación sindical. Ambas lo apoyan pese a que ambas corrientes consideran al ubaldinismo sólo como *factor de equilibrio transitorio*. Mientras tanto, obviamente, los dirigentes nucleados alrededor de los "5 latinos", y que conforman el ubaldinismo, pretenden constituir una fuerza hegemónica de larga duración, porque suponen que el peronismo recuperará su hegemonía a través de un compromiso entre "ortodoxos" y "renovadores" y que ese acuerdo se expresará en el movimiento sindical a través de la figura de Ubaldini.

Si embargo, el ubaldinismo es para el peronismo renovador un escollo porque, de primar la imagen de Ubaldini como figura principal de la oposición, se diluye el intento del peronismo renovador de dar tanto la imagen de "movimiento policlasista" como del partido garante de alternancia en la democracia. Esto puede afeclarlo en las elecciones de la Provincia de Buenos Aires en 1987.

3. El desconcierto radical

El gobierno radical aparece desconcertado frente al ubaldinismo. Por un lado, el Presidente se confronta rudamente en el plano verbal con Ubaldini y con la defensa del Plan Austral. Por otro lado, intenta atraer a la CGT a la mesa de la Concertación Social. Al mismo tiempo, la UCR oscila entre enfrenar a Ubaldini con movilizaciones callejeras y a la vez busca acuerdos para participar en listas sindicales pluralistas, en algunos casos en componenda con sectores sindicales des-

prestigiosos, como ocurrió en las recientes elecciones en Comercio en Capital Federal.

¿Cuál es el problema central que impide a la UCR establecer una línea coherente en el campo sindical? Simplemente que el partido permanece atado a viejos moldes ideológicos, políticos y orgánicos que le impiden pasar de un partido liberal-popular a un partido socialdemócrata.

Veamos cómo la UCR percibe la cuestión del movimiento obrero: *ideológicamente* la percibe como "cuestión social", por parámetros establecidos a principios de siglo; la UCR no considera al movimiento sindical como una parte del partido y éste es el principal escollo ideológico que se transforme en partido socialdemócrata. *Políticamente*, como la necesidad de desarticular un poder sindical peronista que impide el desdoblamiento entre trabajadores y ciudadanos, esto es entre productor reclamacionista y poten-

4. Un malentendido peligro

En rigor debe reconocerse que la actual confrontación CGT-Gobierno, que ya ha originado seis paros generales desde 1984 a la fecha, tiene en gran medida su origen en las dificultades de la UCR para comprender el problema sindical. Actitudes torpes de la UCR han facilitado que el "milenarismo pasivo" logre tal grado de adhesión.

La incomprensión del mundo sindical en la UCR tiene, como hemos señalado, sus fundamentos en la filosofía y estructura del partido. Pero, para la historia actual, es el resultado de una lectura abusiva de la exitosa consigna electoral "pacto sindical-militar". Esta consigna resultó exitosa porque era verdadera y se correspondía con la coyuntura política. Era verdadera porque denunciaba una vieja práctica sindical que tiende a priorizar los compromisos corporativos y que conside-



ra a la democracia política como un formalismo insustancial a los intereses de los trabajadores. En la coyuntura era necesaria porque, de triunfar en 1983 el peronismo de Isaac Leluz, no hubiera habido CONADEP y juicios, y en cambio si hubiera habido caos político. Pero era una consigna peligrosa porque podía conducir a conducir a simplificar la complejidad del mundo sindical y a creer que bastaba con un empujón — el fallo interno — para democratizar los sindicatos y eventualmente lograr un apoyo sindical al gobierno.

Mucho más sensato hubiera sido establecer una estrategia en función de dos elementos:

- a) la inevitable política económica estabilizadora y sus efectos sobre los trabajadores;
- b) respetar la "lógica interna" del mundo sindical y buscar los puntos de convergencia entre los requerimientos tanto del plan estabilizador como del movimiento sindical.

Es necesario señalar que dentro de los 25 y en sectores sindicales independientes existió ya en 1983 una disposición favorable para un acuerdo peronista-radical en relación a ambos temas.

Una política correcta del gobierno en el campo sindical hubiese implicado dar ciertos pasos;

- a) Restablecimiento reparador, no efectivo, de los leyes 20.165 de Asociaciones Profesionales y 14.250 de Negociaciones Colectivas, y pasar a las cámaras de diputados y senadores para su actualización. Convocatoria a elecciones en 1984 por decreto para que los trabajadores se expresen sobre reformas posibles a las mencionadas leyes. Convocatoria al Congreso Normalizador de la CGT para 1985.

- b) Puesta en marcha de negociaciones colectivas según un cronograma acordado a partir de 1986. Normalización del Instituto Nacional de Obras Sociales como primer paso hacia una reforma del sistema.

La primera medida hubiese bloqueado a los sectores sindicales comprometidos con la dictadura militar y hubiese adelantado el actual proceso de renovación sindical, al tiempo que estimulaba la formación de listas plurales.

La segunda medida hubiese impedido o dificultado que las consignas elementales unificadoras de los paros — aumentos generales — y defensa del patrimonio sindical hubiesen logrado consenso en los sindicatos.

Tal política, en su conjunto, hubiese facilitado la plena renovación cultural del establecimiento de la democracia se expresase en el movimiento sindical a través de nuevos estilos de acción y búsqueda de plataformas sindicales renovadas.

En cambio elegir el camino de "torcer el brazo" al adversario es sumamente peligroso, porque estimula en el interior del sindicalismo la búsqueda de aliados capaces de apuñalar los brazos de la CGT, esto es en sectores nacionalistas de derecha de las fuerzas armadas, en la alta jerarquía eclesástica y en el mundo empresarial. La política de torcer el brazo dificulta a los sectores sindicales peronistas renovadores y a las listas plurales para vencer internamente a los sectores corporativistas y buscar acuerdos estables entre la CGT y el gobierno.

Dada la importancia de las instituciones del "Poder Ejecutivo" y de "sindicatos" en el sistema político argentino, una confrontación prolongada y estéril entre el Gobierno-CGT puede estimular a corto plazo a los aventureros partidarios del "golpe institucional", golpe de mano que puede implicar, primero, la ruptura de los débiles canales de convergencia entre radicales y peronistas para establecer el "Pacto Fundamental", y segundo, crear condiciones para la emergencia de un movimiento cívico-militar nacionalista católico de derecha con participación del peronismo ortodoxo.

Es evidente que el movimiento sindical argentino oscila entre tomar el camino nuevo de la acción sindical en la democracia o volver a la antigua ruta de los pactos corporativistas antidemocráticos. La primera elección importante en esta historia de acción sindical y dotarla de contenidos movilizados, participativos y societarios (estos nuevos contenidos requerirán páginas para su explicación). Y la segunda elección importante en esta historia de la confrontación exclusivamente en materia salarial, recuadrada con el programa abstracto de los 26 Puntos.

La misma consigna que la confrontación Gobierno-CGT no termina ninguna corriente sindical o política de peso fuera del peronismo o del radicalismo. De allí la importancia de que los sectores de derecha perciban que su confrontación traiciona puede conducir nuevamente a sucesos como los de los años 1966 o 1976.

La Nación

Unos de los directores de La Ciudad Futura fue aludido en dos oportunidades por un columnista della *La Nación*. Las menciones incluían errores de información, y en la voluntad del periodista, un ánimo notoriamente injurioso. Con fecha 17 de julio fue entregado en mano la siguiente respuesta. *La Nación* es una constructora del derecho de réplica, al que lo considera una imposición autoritaria. ¿Cómo podría ser calificado el derecho que, en cambio, posee La Nación de negarse a publicar — o al menos de retardar hasta tornarla inocuas — las respuestas de quienes son afectados por sus notas?

Buenos Aires, 17 de julio de 1986

Señor Director de La Nación

Quisiera la excesiva generosidad del Sr. Attilio Cadorní, firmante de la columna "La semana política" que publica *La Nación* todos los domingos, haya motivado que en poco más de un mes mi nombre haya sido citado dos veces. De ninguna manera quisiera limitar el derecho a opinar sobre mi persona y mis actividades, pero me interesaría rectificar algunos errores de información.

1. El Sr. Cadorní parece suponer que he vivido en Venezuela. Quisiera aclararle que mi residencia, durante los años de la dictadura militar, estuvo fijada en la ciudad de México.

2. El Sr. Cadorní cree que pertenezco a la Fundación Plural, institución con la que no mantengo ni he mantenido ninguna vinculación, salvo el haber publicado en el último número de su revista un artículo sobre problemas de la participación política, que le recomendaría releer pues en su comentario me hace decir blanco cuando digo negro y viceversa.
3. El Sr. Cadorní no sólo parece pen-

sar que he sido (o quizás soy) miembro del Partido Comunista Revolucionario, sino que me adjudica el papel de fundador del mismo, arriesgada aserción que seguramente motivará en los dirigentes de ese partido una sorpresa aun mayor que la que produjeron en mí.

4. El Sr. Cadorní presume que estoy insertado en el "campo de la socialdemocracia". La afirmación es ciertamente falsa. Sólo resultaría verdadera si con ella se quiere decir que pretendo articular los ideales del socialismo con el desarrollo de la democracia. Pero mucho me temo que no quisiera decir eso.

Por fin, hay en la nota una afirmación veraz: soy "ex hombre del Partido Comunista", organización de la que fui excluido, junto con un grupo grande de compañeros, en 1963, esto es, hace exactamente 23 años. No creo que ninguna de esas afirmaciones supongan, en una sociedad democrática como la argentina, que el lector del conjunto es inexacto y, en un caso, anacrónico. Quizá sea el producto de creer que las biografías intelectuales pueden ser escritas como prontuarios.

Juan Carlos Portantiero

Alianza

EDITORIAL

NOVEDADES

A.L./4. ITALO CALVINO
"PALOMAR"

La última novela del gran autor italiano recientemente fallecido

A.B./11. PATRICIA HIGHSMITH
"LA CASA NEGRA"

Los más recientes cuentos de la conocida autora norteamericana

OTROS TITULOS
EN "ALIANZA LITERATURA"

A.L./1. SILVINA OCAMPO
"LOS DIAS DE LA NOCHE"

A.L./2. ANTONIO DI BENEDETTO
"SOMBRA, NADA MAS..."

A.L./3. JORGE LUIS BORGES
"LOS CONJURADOS"

Distribuidor Exclusivo:
DISTASA, Av. Córdoba 2064 (1120) Bs. As.

El Congreso Pedagógico de 1882

Educación, modernización y democracia

Reconstruir el Congreso Pedagógico de 1882 implica partir de sus huellas actuales, la intención que renace a un nuevo siglo, a la modernidad tibia y sagrada de las mentalidades dirigidas de aquella y de ésta época. Las imágenes del 82 se dibujan plagadas de elementos presentes, del pasado, del futuro, de los procesos políticos-pedagógicos argentinos en la escuela y más allá de la escuela; del carácter temeroso y dependiente de los gestos manifiestos de la actual administración radical, de las propuestas dubitativas del peronismo renovador, de una izquierda que lleva décadas de atraso respecto de sus pares de otros países, latinoamericanos y europeos, de la reforma estatal y educativa de fin del siglo XIX puede ser abordada reconociendo que nuestra vía de acceso son sus múltiples consecuencias, las marcas de sus trascendentes hitos pedagógicos.

La creencia en el mecenazgo de su clara era semejante en católicos y liberales. La matriz del sistema de distinciones de la sociedad argentina, sus diversos sentidos y sus modos de producción, se fundó en los 80 entre indios asenados, gaudios europeos, deleite por la lectura y desprecio por la producción nacional. Los mecanismos de "consagración oblicua" de las diferencias, las aristas del lenguaje que posibilitan la "ambigüedad e impresión del posible", los "máticos" cuya presencia reconocemos aún hoy se multiplican en el marco de la educación, en la clase gestada durante centurias y consagrada durante las décadas anteriores.

La voz de Onésimo Leguizamón nos llega rodeada de calurosos aplausos desde la sesión de clausura del Primer Congreso Pedagógico Interamericano, el 8 de mayo de 1882:

"Pero sí puedo y debo afirmar que la obra de este Congreso ha sido vasta y erudita y que a pesar de la tenaz controversia del elemento nuevo con el elemento retardatario, la sana doctrina ha resultado al fin victoriosa y queda firmes en el terreno de acción política. Los esfuerzos defensores de la bandera progresista."

El Dr. Leguizamón, presidente del evento, delegado de la Sociedad de Educación ("la fraternidad") del Uruguay, adujo que muchos de sus correligionarios establecidas. Como ellos, muchos otros congresales destacados, Leandro N. Alem, delegado de Uruguay, Paul Groussier, Director de la Escuela Normal de Tucumán, Jacobo H. Varela, delegado de la República Oriental del Uruguay, Nicomedes Antelo, delegado de Bolivia, defendieron los principios del laicismo.

Pero la furia de Sarmiento contra los católicos, el reclamo de que la educación argentina fuera "esencialmente religiosa" en el conjunto de expresiones laicistas voladas en el Congreso, se manifiesta dentro del terreno de la política educativa. El editorialista de *El Nacional* consideraba que el clericalismo era infértil para el progreso; que la educación pública debía ser laica y que los papas católicos a retirar a sus hijos y a educarlos fuera de la esfera de influencia del estado, que un país de inmigrantes requiera que se garantizara la libertad de cultos y que se debía realizar en Buenos Aires, gratuita necesaria para la universalización de la educación común. Ninguno abandonaba la idea de la época —compartida por el mismo Jules Ferry— de la necesidad de la religión o de una enseñanza moral que la sustentara en la formación del ciudadano. Espiritualmente, positivistas y liberales de diversas tendencias que creían en el orden capitalista, compartían la fórmula de una educación laica pero no ateísta.

El tema de la separación entre la Iglesia y el Estado, no asomó en las discusiones. Más allá de la jerarquía religiosa, el clericalismo, el monopolio del clero sobre la educación y prohibido a las corporaciones religiosas la posesión de bienes en la Constitución de 1857. En el Uruguay, la posesión de la tierra por parte de los jesuitas, el lema "Religión o muerte" de la

Para el sistema educativo argentino es demasiado caro el precio de la inconclusión de la reforma de 1882. El carácter reproductor de formas diversas de opresión social y de autoritarismo que desarrolló motiva que todavía, a más de cien años, tengamos que resolver viejas cuestiones y no nos ocupemos de los problemas político-pedagógicos del posmodernismo.

Adriana Puiggrós

de José Batlle y Ordóñez, se estaba bicerlain principios de democracia política y separación a la Iglesia del Estado. La cuestión formaba parte de los discursos de la época, no solamente en Europa, sino también en América Latina y ocupaba en muchos de ellos un lugar central. No así en la Argentina."

Otro asunto que llama la atención, es que la notoria influencia de Horace Mann sobre los liberales laicos argentinos, no haya derivado en capacidad de comprensión de la educación como un proceso más amplio que la instrucción pública cuya acción es relativa a cambios de conjunto, al "desarrollo" del individuo, no-americanismo que la estrechez de miras de la burguesía de Massachusetts. Empero, entre los congresales de 1882 la idea de modernización quedó en el terreno de la reforma alternativa al tema de la enseñanza. La inmediata consecuencia de tal omnipotencia otorgada a la educación, fue el abandono de otros campos de lucha. Fue así, como laica, autoliquidación, se pusieron a elecciones pro-oligárquicas, la generación del 80. La escuela fue concebida como el "vestíbulo de la asamblea electoral" y los poderes de la sociedad civil, ciudadanos "la verdadera posesión de la soberanía, por el ejercicio sincero y consciente de la libertad electoral." Y la escuela pública argentina pudo haber sido un instrumento democratizador, un espacio abierto para la participación en la producción cultural, una verdadera escuela popular. Pero ello requería reformas inmediatas y profundas en el estado, en las relaciones entre las clases y entre el conjunto de sectores sociales; hacía falta que el nuevo sistema educativo escolarizado se difundiera como parte de una mística nacional, que el sistema educativo argentino fuera una gresca decidida a recorrer por entero el camino de la modernización. Mitos, mitematismos y rituales pusieron valladas a la escuela popular. El estado cedió celosamente que el laicismo del discurso escolar quedara desarticulado de sus elementos democratizadores.

La educación católica y la igualdad social eran los principios que José Manuel Estrada consideraba fundantes de una modernidad cuyo porvenir suponía vinculada con la armonía de las fuerzas sociales y la igualdad de las condiciones civiles. Crítico del centralismo estatal, comprendió el peligro que significaría para la democracia, la exclusión de la sociedad civil de la gestión educativa y su monopolio por una clase, pero no resignó sus vínculos con la Iglesia. Paradojicamente, el planteo, uno de los que señalara con mayor profundidad la relación entre educación y democracia, quedó reducido a los términos de la separación entre la Iglesia y el Estado, veía la fuerza del laicismo, reivindicaba su papel en la construcción de la Nación, aspiró, por el contrario de Sarmiento, a verlo "entendido en el sentido de la igualdad de la tierra por parte de los legisladores." Pero en Estrada la vincula-

ción con el grupo católico no sólo refirió a la elección de una mística, sino a la adhesión política a una causa.

En el Congreso Pedagógico de 1882, una pedagogía nueva asomaba entre las discusiones sobre el problema religioso. La lucha entre el positivismo y los espiritualismos que intentaban con límites recatados al niño y su capacidad de expresión; la discusión sobre las formas políticas de la gestión escolar; el problema de la coeducación y la educación de la mujer; la educación de adultos y los castigos y premios, fueron temas cuyo tratamiento se inició en esta circunstancia y que se deslegarían durante el debate parlamentario sobre la ley 1420, el año siguiente.

La presencia de ideas pedagógicas democráticas en 1882 se verifica leyendo la mencionada ley, como continuidad de las ideas del Congreso Pedagógico. Entre estas últimas se encuentran muchas ideas que quedarían a mitad de camino, o bien aplastadas por un sistema escolar que creciera como brazo de un estado plagado de las ideas autoritarias y de la jerarquía de la escuela y la sociedad civil. Pero primó la concepción del sistema educativo como instrucción pública que se cierra sobre las grietas que divide la sociedad, confunde en las capacidades de la educación para ocultarlas. La escuela, entonces, debió adoptar el elemento autoritario, trabajar para la unidad nacional en base a la eliminación de las diferencias ideológicas, políticas y económicas. Mientras concurría a la reproducción de las diferencias económico-sociales. La posibilidad de construir la Nación combinando y articulando las diversidades en una unidad, era la apuesta nacional y aquellos que traía la inmigración, la creación de una cultura político-pedagógica nacional combinando los enunciados populares con las ideas progresistas de la época, quedó sustituida por la idea de la diversidad como carencia y por lo tanto de unidad nacional como supresión de la diversidad.

Como elección de un solo tipo de diferencias tolerables, las que marcan el nivel económico-social.

Es demasiado caro el precio de la inconclusión de la reforma de la década de 1880, para el sistema educativo argentino. El carácter reproductor de formas diversas de opresión social y de autoritarismo que desarrolló ese sistema (a bien ha sido significado numerosas veces durante estos cien años) no puede concebirse tan sólo como una proyección de aquella inconclusión; tiene raíces importantes en la falta de vocación nacional democrática que se instaló en la Argentina a principios de 1880 y en la negativa a romper con los viejos poderes, por parte de otros. Hoy, en lugar de estar preocupados por los problemas político-pedagógicos del posmodernismo, de construir proyectos y utopías, superadoras de los socialismos reales, tenemos que resolver aún cuestiones que remitan a los albores de nuestra frustración y a la experiencia del siglo XIX. ¿La generación del 2000 levantará frente a la nuestra la misma acusación?

Otras medidas, como la implantación del matrimonio civil y la secularización de los cementerios, promovidas por la generación de la enseñanza, uno de los puntos de mayor tensión de las relaciones entre el estado y la Iglesia, y la reforma de los estatutos de los legisladores." Pero en Estrada la vincula-

Cien años después

¿Un proyecto para el Siglo XXI?

Así como su antecedente de 1882 tuvo como marco la idea de unidad nacional, el Segundo Congreso Pedagógico se inscribe en el sesgo que imprimen la democracia recuperada y la ambiciosa aspiración de plasmar un proyecto para el siglo venidero. Si bien ya ha recibido fuertes cuestionamientos de núcleos conservadores, lo cierto es que la iniciativa aún se encuentra en sus fases preliminares, a casi un año de su lanzamiento.

La ley 23.114, sancionada en septiembre del año pasado, convoca a este Congreso, que se presenta como una suerte de reunión histórica del realizado en 1882. Y lo primero que resalta es el alcance de la participación buscada, de acuerdo con la enumeración del artículo 1º: "se efectuará con la más amplia participación posible, tanto a los distintos niveles de enseñanza, como a los distintos sectores de la sociedad civil, incluyendo a los docentes, padres, cooperadoras escolares, gremialistas, docentes, estudiosos del tema, investigadores, etc.".

La mayor parte de los objetivos señalados en el art. 2º parecen igualmente insignificantes en el contexto del punto de vista en el seno de la opinión pública, a través de "crear un estado de opinión" (inc. a), "recoger y valorar opiniones" (inc. b), "divulgar la situación educativa" (inc. d), asimismo en relación con lo anterior se establece el objetivo adicional de aportar asesoramiento a organismos de gobierno (inc. e). Si se prescinde del punto de vista de la "creación de fraternidad" entre educadores argentinos y de otros países latinoamericanos" (inc. f) —un gesto efusivo más que nada— solamente uno de los objetivos presupone alguna forma de diagnóstico problemático de la situación educativa argentina y postula "plantear, estudiar y dilucidar los diversos problemas, dificultades, limitaciones y defectos que enfrenta la educación" (inc. c).

Para una consideración de los pasos recorridos desde la sanción de la ley es preciso abordar el discurso de apertura al Segundo Congreso de la Nación (abril de este año), además de la serie de documentos del Congreso que han tomado —muy limitadamente hasta ahora— estado público.

El discurso de Alfonsín pone el acento en el llamamiento a una profunda renovación educativa y, en ese sentido, carece de las imprecisiones del texto legal. Su propuesta de estimular el congreso al realizarlo hace más de cien años excede —aunque lo sugiera— el propósito de que culmine proponiendo las bases para una futura reforma educativa. Más que eso, se trata ahora de insistir en que "emprender una profunda tarea de renovación educativa exigida por la clausura de una vida histórica y la apertura de otro en la vida histórica".

En otros términos de la vida política, social y cultural, la apelación alfonsínica se inscribe en una dimensión profundamente fundacional, a través de una iniciativa llamada "a plasmar una idea de Nación, con un proyecto educativo para el siglo XXI". Si la unidad nacional —hace un siglo— como la democracia —hoy— reclaman una profunda reforma política, hoy hay que reclamar una profunda reforma política en un horizonte —a la vez político y cultural— que no es fácilmente perceptible desde la crítica inmediata a la realidad educativa, por muchas opiniones que se recogen.

El Congreso se propone ser "pedagógico en sí mismo", a través de una organización que prevé un desarrollo fundacional en la experiencia —y la reflexión— de la participación; y, en ese sentido, sus consecuencias no dependen solamente del contenido de las propuestas que de él resulten. Pero, a la vez, si tales resultados esperar a ser medidos con la vara de la participación en una experiencia gigantesca de trabajo colectivo, a través de diversos en-

cuentos, reuniones de grupo, asambleas de base y asambleas provinciales, que culminarán en una Asamblea Nacional que reunirá las conclusiones, las debatirá y se expondrá a las autoridades. Frente al orden institucional altamente jerarquizado y burocratizado que caracteriza la organización educativa, la sola propuesta de un desarrollo que rompe los moldes institucionales de pertenencia y comunicación presenciará un acontecimiento que merece ser apoyado y que es preciso iniciar y seguir bien de cerca.

Por una parte, interesará destacar la perspectiva de construcción de formas democráticas y participativas en la conducción de los establecimientos escolares como corolario de esta experiencia. ¿Será la introducción del principio de elegibilidad de las autoridades, en fin, en la conformación de consejos estables, de composición plural en todos los niveles del sistema educativo?

Pero, más aún, el desarrollo mismo del Congreso anticipa la posibilidad de un granioso laboratorio social, que no es comparable con otra experiencia similar en la historia, su seguimiento deberá centrarse en las posibilidades de ese modelo de participación que combina la forma instantánea de la consulta masiva con la integración organizativa de redes y organizaciones de la sociedad.

Un problema de no fácil resolución en una organización como la señalada es la adecuada correlación entre "especialistas" y "público". Cómo asegurar que el conocimiento y la formación en los temas educativos esté presente y a disposición de la tarea colectiva, sin constituirse en un elemento para una participación "de élite". Pero, a la vez, cómo evitar que una experiencia social que reúne actores con experiencias y roles bien diversos culmine en una superficial recolección de opiniones que reflejan lo que se sabe.

Respecto, los documentos del Congreso no hacen referencia a la labor de especialistas, salvo para advertir que se quiere "revalorizar la labor de los especialistas". Los hechos solamente por especialistas y decisiones tomadas solo por especialistas" (Documento núm. 2: "La participación en el Congreso Pedagógico").

En relación con lo anterior, el mismo documento proclama la intención de asegurar la democratización de la información "a través de la difusión de documentos de alcance de todos los niveles de la educación". La información, que, efectivamente, constituye una condición indispensable para cumplir con los objetivos propuestos. Por el momento no ha iniciado tal difusión, y es evidente que la misma contribuiría a que se pierda parte del impulso inicial logrado por el lanzamiento presidencial.

Pero, lo que es más importante, tal difusión de la información no puede limitarse a la distribución de guías para la organización y desarrollo de los temas y la elaboración de los informes.

Para la elaboración de los informes, los datos y elementos de diagnóstico disponibles, sean estadísticas, encuestas, informes o trabajos de investigación, de acuerdo con los temas del Congreso, y en la medida en que se necesite, se convocará a los "especialistas" para que realicen ese aporte de información, adecuado a las características y propósitos del Congreso.

Finalmente, la propuesta tiene el atractivo —y los riesgos— de una gran empresa, que ante todo, parece hacerse cargo de que la necesaria renovación educativa en la Argentina requiere de la participación de los actores. Es claro que este Congreso pone a prueba la sensibilidad y la capacidad de respuesta de los sectores convocados, ante todo las organizaciones docentes, en la medida en que se de la participación de las entidades gremiales de la docencia —hay movilizadas

en otra dirección — resultará decisiva para la suerte del evento. Pero, a la vez, se pone en juego la capacidad de las autoridades convocantes para penetrar con su iniciativa en sectores amplios de la sociedad, en los que se dirige el reclamo con su propuesta y que no manifiesta —hasta ahora al menos— una mayor proximidad hacia ella.

Ley Nº 23.114

Art. 1º: Convócase a un Congreso Pedagógico, que se efectuará con la más amplia participación de todos los niveles de enseñanza, estudiantes, padres, cooperadoras escolares, gremialistas, docentes, estudiosos del quehacer educativo y el conjunto del pueblo a través de los partidos políticos y organizaciones sociales representativas.

Art. 2º: Serán objetivos del congreso:

- Crear un estado de opinión en torno de la importancia y trascendencia de la educación en la vida de la República.
- Recoger y valorar las opiniones de las personas y sectores interesados en el ordenamiento educativo y su desarrollo.
- Plantear, estudiar y dilucidar los diversos problemas, dificultades, limitaciones y defectos que enfrenta la educación.
- Dilucidar la situación educativa y sus alternativas de solución, asegurando la difusión necesaria a fin de que el pueblo participe activamente en el hallazgo de las soluciones.
- Plantear, estudiar y dilucidar el asesoramiento que facilite la función del gobierno en sus esferas legislativas y ejecutivas;
- Estrechar lazos de fraternidad entre los educadores argentinos y de otros países latinoamericanos, con vista a un intercambio fructífero de experiencia y conocimiento.

Art. 3º: La conducción de las actividades del Congreso Pedagógico estará a cargo de una comisión organizadora presidida por el Ministro de Educación y Justicia e integrada por el secretario de Educación, la presidente y un miembro de la Comisión de Educación del Senado, el presidente y un miembro de la Comisión de Educación de la Cámara de Diputados, la subsecretaría de la Conducta Educativa, el subsecretario de la Actividad Profesional Docente, los otros miembros del Comité Ejecutivo del Congreso, el subsecretario de la Cultura y Educación y la secretaria permanente del mismo. Una comisión honoraria de asesoramiento será designada por el Poder Ejecutivo, a propuesta de la Comisión organizadora, entre personalidades del quehacer educativo.

Art. 4º: Las provincias, la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires y el Territorio Nacional de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, organizarán en sus respectivos jurisdicciones educativas las actividades del Congreso Pedagógico.

Art. 5º: El Poder Ejecutivo proveerá los fondos necesarios a fin de atender los gastos inherentes al cumplimiento de la presente ley.

Art. 6º: Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Dada en la Sala de Sesiones del Congreso Argentino, en Buenos Aires, a los treinta días del mes de septiembre del año mil novecientos ochenta y cuatro.

Hugo Vezzetti

Socialistas

A comienzos del pasado mes de junio estubo de visita en la Argentina Michel Rocard. Convencido de la necesidad de modernizar el socialismo, para que ello sea posible, afirma, conviene replantear el papel del mercado, redefinir el rol del estado y superar las tradicionales referencias al liberalismo y al colectivismo. En este artículo, además, hace un balance de la experiencia socialista en el gobierno y traza las perspectivas de acción para los años futuros.

Yo creo, contra las apariencias, en las posibilidades del Partido Socialista. Nos queda, se está venciendo de antemano, salvo que uno acepte en su feroz intento la idea de la derrota. Me atrevo incluso a adelantarlo que hoy en día el Partido Socialista está en condiciones de constituirse verdaderamente en el polo dominante de la sociedad francesa y mantenerse en forma duradera en esa posición.

¿Qué fue la izquierda en el poder hasta 1981? Un período de pocos meses, sin duda marcado por reformas generosas, que sólo tuvieron valor para las generaciones que vivieron el Frente Popular, la Liberación, el mermadismo y el Frente Republicano, pero que, en resúmenes económicos, resultaron un fracaso, en la mayoría de los casos ante las dificultades económicas. Algunos meses: el tiempo de una experiencia. En 1936 Leon Blum hablaba de una "escampada" socialista.

Y he aquí que, con la ayuda de una Constitución que asegura al presidente de la República y al gobierno la estabilidad, el respaldo parlamentario y la duración que necesitan para su acción, estamos a punto de demostrar que los socialistas somos capaces de administrar y modernizar el país para construir su porvenir.

La inflación es inferior a la mitad de lo que era en tiempo de Raymond Barre, el comercio exterior vé reducido su déficit en tres cuartas partes con relación a 1982 y el franco se mantiene más o menos estable. Además, existe la posibilidad racionalmente calculable de que se confirmen estas evoluciones.

Por lo tanto, ¿cómo pesa el desempleo en el descrédito de la pinión pública? Pero los franceses saben, en el fondo de ellos mismos, que no hay alternativa, por donde se la busque, con una política económica que tenga en cuenta contradicciones fundamentales.

No obstante, y a pesar de la importancia de los resultados económicos, es más con obstáculos políticos, contrario de nuestros predecesores, con los que hemos tropezado y por los que hemos sufrido, en ocasiones, terribles reveses: la coexistencia privada, la ley de prensa, el referéndum y, lo que es aún más grave, la incapacidad para explicar el cambio de nuestra política económica.

Pagamos caro el desfase entre discurso y acción

Hemos puesto en marcha la descentralización, alentado la vida asociativa, creado las condiciones para la democratización de la vida interna de las empresas, reconocido y desarrollado la gestión autónoma de las empresas públicas y, sin embargo, la sospecha de estatismo, burocratismo y colectivismo pesa siempre sobre el menor de nuestros actos.

Hemos abolido la pena de muerte, suprimido las jurisdicciones de excepción, asegurado la libertad de expresión a un centenar de libros locales privados, creado una autoridad arbitral en el dominio de lo audiovisual. ¿De dónde viene, entonces, que permanentemente se nos busquen intenciones liberticidas? ¿Cómo es posible que tales acusaciones encuentren tanta credibilidad en la opinión pública, incluidos los medios que no son corrientes o que nos han sido favorables?

Colectivismo y liberalismo son referencias superadas

En una sociedad agitada, inquietada, insegura de su porvenir, semejante desfase entre los discursos y las acciones es inevitable. Los discursos, al ser más fáciles de decir, se reducen al viejo enfrentamiento entre "colectivismo" y "liberalismo", mientras que todos los días la perfección que se trata de algo profundamente superado en los hechos.

Para llevar a cabo esa superación es necesario dar cuenta de la imposibilidad de estos dos enfoques y de la necesidad de nuevas orientaciones. Y esto sólo puede hacerse a la luz del día.

Luego de un tiempo de gobierno, los socialistas han comenzado a poner en orden sus reflexiones y sus pensamientos. Han dado prioridad al reconocimiento de la empresa como unidad de producción, a la modernización del aparato productivo y a la preservación de grandes equilibrios económicos sin los cuales no existe una economía sana. También han incorporado la idea de que el control del estado sobre

Atrevámonos a decir que

la función de la producción acarrea la ineficacia definitiva del sistema productivo. Es más, el sistema socialista muestra que el voluntarismo político, aplicado a esta imposibilidad, fabrica una sociedad insoportable. Y es recordando que es democrático y rechazando claramente el colectivismo que el socialismo encuentra a la vez su razón de ser y las condiciones de su eficacia.

No se puede decir, a la inversa, que la derecha haya sabido aprovechar su retorno a la oposición para modernizar su doctrina y adaptarla a las realidades de una sociedad profundamente transformada. Ha tenido una actitud de revancha que llega incluso a la incitación a la fuga de capitales y continúa manteniendo, bajo el nombre de "liberalismo", una intolerable confusión. ¿Quién nos suscribiría al liberalismo, si sólo se tratara de liberalismo político, es decir, de un sistema institucional y social que reconoce la diversidad de opiniones, el derecho de organización y de expresión y las libertades públicas y privadas? Puesto que han sido los primeros en el combate por las libertades, los socialistas son políticamente liberales. Pero si se está en favor de la libertad en el dominio político, nos dice la derecha, ¿cómo se puede intentar alterarlo con el orden económico? Precisamente en esto se basa la superchería de la derecha. Es necesario entonces devolver la pregunta a nuestros adversarios, ¿puede el liberalismo político muncia significó la respuesta a la existencia de la política y la justicia para contener y para reprimir los abusos. Curiosamente, la idea según la cual la libertad de unos puede perjudicar a otros desaparece a los ojos de la derecha desde el momento en que el liberalismo aborda el campo económico. Ahora bien, el código de caminos no suprime la libertad de ir y venir; organiza esta libertad canalizándola para garantizar la seguridad de todos y de cada uno. Faltando esta regulación por parte del estado, el liberalismo económico absoluto sería la Jungla.

Incluso, en política no basta tener razón. Como no basta tener éxito en el plan de gobierno. La confianza es una materia insalvable y volátil. No sabemos mucho de ella, salvo que no soporta demasiado ni la impresión, ni la ambigüedad, ni la incoherencia. Vivimos en la civilización de la imagen: sólo se ven las cosas que son imágenes.

Antes del poder durante veintitrés años, bajo el efecto de realidades y de responsabilidades gubernamentales, hemos aprendido mucho. Hemos cambiado. ¿Por qué no decirlo?

La realidad ha impuesto administrar la crisis

Antes de 1981 solíamos discutir acerca de lo que sería el crecimiento del salario cuando la izquierda llegara al poder. Si bien el SMIG (Salario Mínimo Interprofesional Garantizado) ha progresado bastante desde 1981, el gobierno ha debido imponer en 1982 el bloqueo de los salarios, posteriormente la desindexación de los mismos con relación a la inflación y, a partir de 1983, la disminución del poder adquisitivo de la mayoría de los asalariados.

El pretexto de la ruptura provocada por el Partido Comunista en 1977 tenía que ver con nuestra negativa a aceptar la nacionalización de todas las industrias de empresas cuya integración al sector público estaba prevista en el Programa Común. Hoy está fuera de debate y en todo caso se discute sin complejos, que las filiales de Saint-Gobain de Thomson o de la COE sean parcialmente reubicadas en el sector privado. Para ello ha sido necesario hacer

inclusive de "respiración del sector público" como si la nacionalización fuera un collar asfixiante.

Nosotros habíamos prometido la creación de 200.000 empleos en el sector público y han sido creados. Pero desde 1983 las instrucciones presupuestarias imponen a la mayoría de los ministerios suprimir cada año el 1 % de los efectivos de su administración en el esfuerzo de adaptar mejor los empleos de la función pública a las necesidades de los usuarios.

Ayer no pensábamos en "administrar la crisis". Hoy hacemos campañas exhibiendo de nuestros mejores índices económicos. Resultaba necesario hacer restituir lo robado a los patronos y, en lo sucesivo, los jefes de empresas tuvieron de la patria lo que merecían. Antes las ganancias eran sospechosas; ahora el restablecimiento de las marcas empresariales es colocado en la lista de nuestros éxitos de gestión.

Antes sólo era cuestión de romper con el capitalismo. Túvimos, ciertamente, enfrentamientos en el congreso para saber en cuánto tiempo. ¿Cien días, al sumo? Hoy no se habla más que de modernización.

¿Quién puede sostener que no se han producido cambios? Los hechos han resuelto y, al mismo tiempo, han ordenado nuestros antiguos querellas haciéndolas aparecer como lejanas e triviales. Hemos cambiado, porque hemos aprendido. Y, en definitiva, hemos hecho bien en cambiar.

Hacer lo que se dice y decir lo que se hace

Quienes no temen reconocer que han cambiado han aprendido que no se puede distribuir más que lo que se produce. Que el empleo no se crea por decreto y es económicamente productivo. Que la inflación otorga a los ciudadanos apenas lo que la generosidad de un momento ha podido conceder y nada más. Que no se trata de imponer, simplemente durante mucho tiempo más que lo que se exporta. Que ganar dinero no es en sí mismo censurable y que la iniciativa individual, basada en una economía dinámica y en una fiscalización moderna, contribuye al bienestar colectivo.

También se ha vuelto evidente que una empresa pública, nacionalizada en un 100 % o en un 25 %, sigue siendo una empresa. Asimismo, hemos verificado que, en todas las circunstancias, la economía mixta es preferible a la economía administrada, pues entre el plan y el mercado, si no hay conciencia, no pasa gran cosa. ¿Por qué rehusar, entonces, el beneficio de lo que la experiencia gubernamental nos ha hecho comprender? ¿Por qué mantener, sobre todo ante la opinión de los franceses, una vaguedad y una confusión incompatibles con una confianza sólida y duradera?

Atrevámonos a reconocer los cambios. Antecedentes a asuntos para no reducir el socialismo a la mera repetición de fórmulas superadas y para no confinar a la izquierda en el poder a la simple tarea de imponer en 1982 el bloqueo de los salarios, posteriormente la desindexación de los mismos con relación a la inflación y, a partir de 1983, la disminución del poder adquisitivo de la mayoría de los asalariados.

El pretexto de la ruptura provocada por el Partido Comunista en 1977 tenía que ver con nuestra negativa a aceptar la nacionalización de todas las industrias de empresas cuya integración al sector público estaba prevista en el Programa Común. Hoy está fuera de debate y en todo caso se discute sin complejos, que las filiales de Saint-Gobain de Thomson o de la COE sean parcialmente reubicadas en el sector privado. Para ello ha sido necesario hacer

Ciertos argumentos, ciertas tonas de coacción, han sido difíciles. Esperemos que, al menos, nos hayan sido beneficiosos. ¿Qué habremos de decir a los franceses que sea susceptible de unirlos y asgu-

hemos cambiado

Michel Rocard

rar su confianza en nosotros? Hasta ayer, en efecto, los programas de la izquierda se construían por adición de lo que hacía falta realizar más lo que la izquierda había aportado durante su anterior paso por el poder: más nacionalizaciones, más empleos públicos, más prestaciones sociales, más tiempo libre y licencias pagas, más... ¿Qué más?

¿Qué podremos introducir ahora en nuestro programa? ¿Más rigor? ¿Mayores equilibrios macroeconómicos? ¿Mayor restauración de marcas empresariales? No. A todas luces, el problema es otro.

El socialista, estadista, lo sabemos, ha perdido su atractivo y ha llegado a sus límites. Esto no ha sucedido, por otra parte, solamente en Francia. Confesándolo abiertamente, la izquierda no pierde alma. Hasta es posible que encuentre una oportunidad inesperada y recupere su autenticidad más allá de los imperativos gestionarios. No es deshaciéndose del socialismo que se modernizará Francia. Por el contrario, se ha de ganar a Francia modernizando el socialismo.

Primero debemos aplicarnos a modernizar la vida política de nuestro país. Actualmente, en medio de las contradicciones que paralizan la acción pública, no sólo en nuestro país, sino en el conjunto de las democracias occidentales, los responsables electos en esas democracias parecen gobernar sin visión de futuro. La política a menudo se reduce a dactilar y programas de corto plazo. Los actos que exige la evolución de un país se oponen frecuentemente a los discursos que es necesario producir para ser electo o reelecto. Tales contradicciones engendran la impotencia que alimenta el descrédito político en la opinión pública.

Volver a poseer una visión de futuro es una exigencia tanto para la supervivencia de Francia como para la de las demás democracias occidentales. También es responder a las expectativas de las nuevas generaciones, profundamente perturbadas por la crisis de desconfianza, tendiendo a tornarse perspectivas y a contar con un propósito movilizador, a través de un socialismo renovado.

Además, recobrar la visión de futuro es condición indispensable para domeñar mejor el funcionamiento de la máquina gubernamental. Muchos de nosotros han querido imputar a la administración los fracasos o las dificultades encontradas en el ejercicio del poder. Los funcionarios de nuestro país tienen una larga tradición de legalidad y disciplina republicanas, pero para ejercer correctly e inteligentemente la administración necesitan conocer las intenciones a mediano y largo plazo del gobierno.

¿No es a esto, entre otras cosas, a lo que debería servir el plan? No se hace funcionar la máquina gubernamental impulsando al accionar al ritmo de la anualización presupuestaria. Queda manifestamente mucho por hacer para hacer entrar en la práctica política el apego de los socialistas a la planificación. Esta última es siempre una condición esencial para que la voluntad de transformación social tome cuerpo a través de una visión de futuro.

El socialismo debe saber comunicar

Modernizar la política es también mejorar los vínculos de la vida pública con su comentario. Sin juego de palabras, puede decirse que los socialistas no tienen buena prensa. En general, sus relaciones con los medios de comunicación no son buenas. Por supuesto, algunos desean una prensa servil o masculan contra la independencia de una alta autoridad de medios audiovisuales. Por nuestra parte, hagamos una

correcta evaluación de nuestras debilidades en este dominio y particularmente no olvidemos que todo acto o todo discurso no se comprende más que con relación a tres criterios:

• el primero es el de la acción, el de la eficacia y, consecuentemente, el de la relación entre el acto y el discurso;

• el segundo es el del tiempo, el de la continuidad, el de la coherencia entre los actos y los discursos sucesivos;

• el tercero, finalmente, es el del instante y de la imagen, es decir el más frecuente, el de la competencia electoral.

Ahora bien, el comentario de la vida política a menudo se limita a este tercer aspecto. La vida política es comentada como las carreras en Autuili: sólo cuenta el estado de los participantes en la colocación de tal en la cuerda, el handicap o la ventaja de tal otro.

¿Y qué hemos hecho nosotros para que esto fuera distinto? ¿En nombre de qué coherencia en nombre de qué referencias podemos ser cuestionados por los periodistas o juzgados por la opinión pública? Con bastante frecuencia, tanto la lógica como las perspectivas que guían la acción gubernamental están en contradicción con nuestros textos y nuestras referencias anteriores.

No podemos esperar ganar sin hacernos comprender. No podemos esperar hacernos comprender sin poner orden y coherencia entre lo que hacemos y lo que

decimos. Los franceses no sólo necesitan realismo sino también esperanza. Pero fundamentalmente necesitan que esa esperanza ancle sólidamente en la realidad. Sólo el partido puede, a través de su discurso colectivo, dar cuenta de la lógica y de las perspectivas en las cuales se coloca la acción gubernamental.

Un partido activo para la esperanza

Modernizar la política, entonces, es también otorgarle mayor sentido a la participación de los socialistas en su propio partido, ofreciéndoles los medios para obrar y la satisfacción de verse unidos. Esto sólo lo conseguiremos mediante el respeto de nuestras diferencias y de nuestra democracia interna.

¿Vamos a desgarrarnos entre nosotros mismos? ¿Quién de nosotros no desea un congreso unánime? Si hay competencia en nuestras filas, quiere decir que hay vida y, por lo mismo, que existe la posibilidad de restablecer nuestra oportunidad colectiva de victoria. El respeto de nuestras diferencias no reclama sino dos virtudes: el coraje y el reconocimiento del otro.

El respeto de la democracia interna supone otras cualidades:

• *"Recuperar nuestra capacidad de debate. No temer a nuestras diferencias que encontraba el gobierno, y que nosotros habíamos subestimado quizá también*

porque el gobierno mismo no tenía demasiado en cuenta al Partido Socialista, hemos disuelto el debate interno. Así, la vida de las secciones se resiente y la actividad militante pierde una de sus razones de ser.

• *"Elegir directamente nuestros dirigentes y nuestros candidatos a las elecciones. Las reglas para la designación de dirigentes en vigor en el seno del partido desde 1971 han revelado prácticas de cooptación en la cima. Quizás eso haya sido necesario para la unificación del socialismo. Actualmente, es un factor de desmotivación, puesto que una función militante esencial no es asumida plenamente. ¿Podemos correr el riesgo, para escoger candidatos a las elecciones legislativas o regionales, de una derivación igual de la forma de escrutinio indirecto? Los candidatos a las elecciones políticas deben continuar siendo designados "por el conjunto de los adherentes de la circunscripción electoral" de conformidad con el artículo 49 de nuestros estatutos y con las disposiciones del reglamento interno del 25 y el 26 de noviembre de 1978.*

• *"Finalmente, restituir audiencia a nuestra idea. ¿Qué puede hacer en nuestros días el Partido Socialista aparte de difundir las ideas del gobierno? Sin duda, las instituciones no permiten otra cosa en lo que concierne a los proyectos a corto plazo. ¿Debemos por lo tanto renunciar a ofrecer nuestra propia visión de futuro coherentemente articulada con las realidades de la sociedad? ¿No es éste el único modo de dar motivaciones y esperanzas a los militantes?*

Instituciones modernas con equilibrio de poderes

Modernizar la política también es tratar la cuestión de las instituciones. Desde hace una década, y tras muchas disputas, las instituciones se han convertido en un terreno de confrontación entre los franceses y de estabilidad para la acción gubernamental. El método de escrutinio proporcional escogido, en mi opinión, pone en tela de juicio por su misma naturaleza este consenso y esta estabilidad. Sea como fuere, esta elección radical, necesariamente, cambios institucionales, especialmente en lo que concierne a las relaciones entre el ejecutivo y el legislativo.

Si no se quiere volver a caer en el antiguo error de que la duración y la continuidad de funcionamiento de los gobiernos son los resultados de permanentes negociaciones entre los grupos parlamentarios, el derecho del jefe de estado a disolver la Asamblea Nacional debe ser absolutamente preservado. Para conservar su eficacia y su fuerza, es deseable que todo acuerdo político que acabe en la composición de un gobierno se traduzca en un contrato de legislación que comporte la restauración de la autoridad del parlamento. Para ello, las negociaciones de última se reforzada, en vez de derivar hacia la peligrosa pendiente de los gobiernos de asamblea, es necesario buscar soluciones por el lado de los mecanismos de control del ejecutivo, del funcionamiento de las comisiones investigadoras y de la sanción de grandes debates de política general sobre temas que hacen al futuro de la sociedad.

Paralelamente, el equilibrio de poderes y la preservación de la democracia necesitan la restauración de la autoridad del parlamento. Para ello, las negociaciones de última se reforzada, en vez de derivar hacia la peligrosa pendiente de los gobiernos de asamblea, es necesario buscar soluciones por el lado de los mecanismos de control del ejecutivo, del funcionamiento de las comisiones investigadoras y de la sanción de grandes debates de política general sobre temas que hacen al futuro de la sociedad.

(Extracto de la ponencia presentada al Congreso del Partido Socialista Francés, celebrado en Toulouse en abril de 1985).

Traducción: Ricardo Ibarluzea



El comunismo mutante: una lectura organizativa

Miquel Angel García

permealidad, la no recitencia. Es un mecanismo que difiere notablemente de las reacciones habituales de los partidos políticos, que se caracterizan por el defensivo, la acentuación de la lucha interior entre fracciones o el empirismo por el perfil bajo. Pero que se demuestra, en su forma más elemental, en la siguiente frase:

El arraigamiento defensivo es una apuesta a la no existencia real de la crisis; el partido se compacta alrededor de las fracciones, se fortalece, se defiende resistiendo la tormenta. Si la crisis correspondía efectivamente a una transformación radical del ambiente (y es así, como se verá), el partido, inconscientemente, como un viejo árbol, o sobrevive sólo para encontrarse en un terreno social desconocido, en el que virtualmente no tiene nada que hacer, o se transforma con la renovación todavía por hacer. Este es el comportamiento típico de las oligarquías burocráticas frente a la crisis, que se defienden, se fortalecen, se acomodan a los partidos de masas a sentas dogmáticas de nostálgicos, en lenta desaparición. Este es el comportamiento de los partidos liberales del mundo, en el ámbito de la izquierda al Partido Comunista Argentino; es lo que le espera presumiblemente al Partido Comunista Fran-

La sucesión de la lucha interna es una forma de adaptación altamente riesgosa, no poco destructiva, pero razonablemente eficaz. Una parte del partido asume la defensa de la tradición y del pasado, otra parte asume la bandera de la innovación y el cambio para los nuevos tiempos. Una tercera parte, en nombre de la unidad, trata de armonizar los dos incompatibles enemigos. Si vencen los conservadores el partido se encauza en el camino ya visto del arrombamiento; si la lucha interna supera el nivel de composición de los conflictos de la corriente "unitaria" el partido se despedaza, y si resulta un empate, el partido muere. En el caso del PC español, Si vencen los renovadores, si destruyen el partido, éste

consigue "mutar", y por lo tanto sobrevivir, como en el caso de la Unión Cívica Radical argentina, o del proceso en curso en la socialdemocracia alemana.

El empirismo día-por-día es la forma más frecuente de adaptación, y la más peligrosa puesto que lleva a una degradación de la conciencia (y, en consecuencia, política) en cuanto voluntad colectiva. Corresponde generalmente a una integración institucional de los partidos en un juego oligárquico-oposición, bajo el control de la élite, que se resquebraja al contacto con el estado. El partido reduce su perfil a la mediación de demandas sociales, transformando la lucha de corrientes en una competencia entre *lobbies* de intereses diversos. Abandona, o vuelve parcialmente, la idea de la transformación social ideal. Ni conservar ni renovar, se reduce a una gestión cotidiana de lo contingente, sin otra voluntad propia que la conquista o conservación del poder ni otra ideología que el pragmatismo. Esta es la forma más frecuente de adaptación a las reglas del juego, pero también la más peligrosa.

embargo en los países latinos, como lo demuestra el socialismo español.

El mecanismo de "no resistencia" del PC italiano puede ser relacionado con su educación gramsciana.⁴ El partido mantiene su carácter de "intelectual colectivo", pero no se arroja en la defensa de su propia identidad; por el contrario, se pone en duda, abriendo puertas y ven-

quedaron reducidos a una secta impotente, y las distintas fracciones renovadoras se desmenuzaron en grupos insignificantes. La propuesta por el centro unitario, sin otra concesión al ardor fraccional que el ejercicio inocuo de los "emendamientos", se frustró, si es una atenuación de la violencia política, no es sino una prolongación institucionalizada de dicha dinámica. El partido se organiza para un largo período de "iniciación", para un largo período de "adornado", para terrenos de experimentación a las corrientes, localiza los puntos de conflicto, dramatizando como reflexión autorica la resolución de causas arcaicas, se esfuerza en el arrocamento o en la conflictualidad aguda. La política práctica del partido se parece en cierta medida a la del "emprimento", pero con la diferencia de que el mantenimiento consciente y organizado de un nivel de reflexión general, que impide a las corrientes el transformarse en

En el paradigma "conflictivo" que hemos descrito sumariamente las fracciones, y por lo tanto, los dotares de programáticos, se enfrentan en el momento de la crisis del partido. Estos proyectos, por la lógica misma del conflicto que las opone, deben ser prematuramente "cerrados" y completos, permitiendo así el desarrollo de una ideología que, en términos ideológicos tiene que anticipar el resultado del enfrentamiento, y en cierta medida el contenido principal del ciclo político sucesivo a la fase de crisis. La capacidad de los proyectos de las fracciones para superar generalmente la crisis del partido corresponde a una crisis general de perspectivas de toda la sociedad, y por lo tanto de la intelectualidad y la ciencia. La ideología que se desarrolla en la crisis es además necesariamente un punto de mediación, salvo que desemboque en la división (y por lo tanto en el debilitamiento, o muerte, del partido mismo). El proyecto de la fracción que triunfa debe aplicarse a la práctica, por estas razones, raramente es fiel a su programa en cuanto fracción renovadora. Lo que da aliento a sospechas de burocratización, de corrimiento a la derecha, de "desviación" de la línea.

El mecanismo de "no resistencia" ahora será sus consecuencias: la mutación parecerá ser más gradual e imperceptible, hasta que el programa de la fracción triunfadora se imponga como el único programa de la unidad, el "empirismo transitorio" implícito en el modelo impide que la prolonga-

NOTAS

¹ No escandalizarse demasiado por el adjetivo "organizativa" en este título. El uso de instrumentos sistemáticos de análisis en el estudio de fenómenos políticos no significa necesariamente que se reduzca el proceso histórico al horizonte estrecho — más técnico que científico — de la teoría de los sistemas. Sucede que el primer político es *realmente* una organización. Decía Labriola que "el comunismo ha devenido

¹ No escandalizarse demasiado por el adjetivo "organizativa" en este título. El uso de instrumentos sistemáticos de análisis en el estudio de fenómenos políticos no significa necesariamente que se reduzca el proceso histórico al horizonte estrecho — más técnico que científico — de la teoría de los sistemas. Sucede que el partido político es realmente una organización. Decía Labriola que "el comunismo ha devenido un arte porque los proletarios han devenido, o son obligados a devenir, un partido político" (1907). La "Organización del Partido Comunista en Italia", Milán, Unión Económica, 1954.

Lo que no implica, sino que por el contrario falta, concebir, como propone Umberto Ceironi, "la organización como programa viviente".

3. Se vuelve imposible, en los límites de este breve espacio, desarrollar el movimiento histórico de esta sucesión de coyunturas "catastróficas" en el plano internacional y nacional, que se repiten en los países más conocidos. Italia, antes del 50, era un país rural en el que predominaban ampliamente campesinos y pequeños propietarios, pero desde una minoría "de oficio". Los intelectuales eran una élite poderosa, en un país mayoritariamente analfabeto. Se parecía más a la actual Colombia que a la actual Italia. En los años 50, la gran industria organizada alrededor de la capital, en automóviles, plásticos y graduados desocupados. Ahora está viviendo una revolución no menos intensa que la que se vive en los países más pobres, cuando no la cierra; el trabajo se "terciariza" en formas "altas" (informática, nuevas profesiones) y "bajas" (servicios, comercio, turismo, servicios de infraestructura). Está pasando, del neocapitalismo a la sociedad postindustrial, centrada sobre la información.

4. En consecuencia, el partido de masas, no a partir de una relación unívoca con la clase, ni como relación entre organización de intelectuales externos y clase, sino como un nodo de relaciones entre la clase y los intelectuales en general, estado nacional, intelectuales "orgánicos" e "intelectuales" en términos generales, que se repiten en los países más conocidos.

5. Esta visión plural y dinámica de las determinaciones facilitaba una comprensión de la crisis en términos de equilibrio. Vase Giuseppe De Santis, *La crisi del socialismo* (Milano, 1980), Universidad Autonoma de Sinatoia, 1980.

Testimonio

A veces no es difícil organizar la memoria, especialmente cuando los hechos no sucedieron mucho tiempo atrás o, también, cuando se trata de hechos demasiado importantes como para que puedan ser

Septiembre de 1955. El Partido terminaba todos sus llamamientos con una frase: *unidad de comunistas, peronistas, radicales, socialistas, demócrata-progresistas y libertarios con el gobierno del estado*. Mi padre, antiguo ex-comunista, contradecía la consigna del Partido: tenía ilusiones en la Marina, como la mayoría de los afiliados. Éase ilusiones tenían alguna lógica, pues en la segunda guerra mundial la marina había simpatizado con los aliados. De ahí su adhesión al partido. Desde el 4 de junio de 1943 hasta entonces, la izquierda había sido muy perseguida; aún estaba caliente el cadáver de Ingalineira.

Si alguna duda nos asaltaba, el ejemplo soviético nos tranquilizaba. Más allá de las calumnias burguesas, ese ejemplo era el más claro: el triunfo de los dos congresos del PCUS y el conflicto chino-soviético, en la vorágine de una década, comovieron también esa creencia.

1963. Las viejas certezas ya no pueden sostenerse, el responsable sindical de la Fede de Capital, y otros, se fraccionan entre ellos. Los que se quedan en el país y otros con Vanguardia Revolucionaria. En Córdoba, Arcio, y lo que va a ser *Parado y Presente*.

Se había consolidado la revolución cubana. Para muchos, una nueva ilusión. El mundo, según lo veían, con el mismo ciego, lo encarnaba en los montes de Salta. Nada se entendía, administraba Italia.

Los duros dimos nuestra última prueba de fidelidad al Partido, aplicando su lógica.

terror de un acierto

Este es el fondo de Atheros Fava cuando dice: «grave equivocación fue el haberlo con suficiente claridad». Pero, ¿había que decirlo con suficiente claridad? ¿El error de la izquierda, el error de la izquierda? Necesariamente, también, políticas y sindicales son aquél núcleo axiomatico. nacional-populismo es hacia el poder, el arco de ese sello y habrá que trasgarse los sabros que se ahorrados, fusilados caso, desaparecidos. A la

errores del pasado sino una de la lógica de una línea. cuyo axioma es: los representantes designados por los *creen* tales en tanto programa de transformaciones sociales y un lineamiento de *gún creen*, es el que correctores sociales que *creen* ree que además, "por el peso las dominantes, esos sectores cuyo hasta mucho después el poder". Si uno se guía por en los países que domi-

El error del acierto

por los nacionalistas o los li-

Sergio Rodríguez

suas según el comercio de la URSS. (Teniendo esto en cuenta, sería interesante que el XVI Congreso del PC computara a la cuenta de la propuesta de "convergencia civilizatoria" con Videla, posición de más favorable a la URSS cuando los países de la NATO decidieron el boicot cerealero por la invasión a Afganistán. Gentileza que, no está de más recordar, la URSS y algunos de sus aliados devolvieron en la ONU obstaculizando el tratamiento de la cuestión de los derechos humanos en la Argentina.)

Tales fueron los presupuestos de aquella época, que hoy reivindicán algunos en el PC. Crejimos que desplegando rigurosamente su lógica "tocaríamos el cielo con las manos". Sólo los terribles golpes posteriores nos hicieron, a algunos, reflexionar y entender que si se para pensar la cuestión del acceso al poder nos habíamos equivocado de época y de lugar, en relación al tipo de poder (dictadura del Partido, la burocracia y las nuevas fuerzas armadas) tampoco habíamos sacado las consecuencias de lo que —según se supo— había ocurrido en los países comunistas.

Todo parece indicar que la oposición de izquierda, con posibilidades de ganar el congreso del PC, engeucida por las veleidades oportunistas de la vieja dirección no ha sacado las consecuencias apropiadas de la experiencia de los del "66". Si así ocurre será lamentable, por ellos y por una sociedad que no está en condiciones

¹ Tal fue la síntesis de la razón por la cual el PC no realizó sus congresos durante más de 15 años.

² Athos Fava, *Crisis* num. 42.

³ Athos Fava, *Qué pasa* núm. 272, 23 de mayo de 1990.

J.A.

Sergio Rodríguez

El error de un acierto

se opone se lo echa. Pero ya nada era igual, muchas cosas pesaban sobre nuestras espaldas. En el choque entre "azules y colorados" el Partido nos había empujado al apoyo a la izquierda.

Se nos precipitó a la decisión. Codo-vidamente "descubrimos" que "a la izquierda" el perestroika. Se siente en buenas condiciones para hacer borer y cuenta nueva. Convoca al XII Congreso, postergado durante más de 15 años. Por toda explicación: *lo mejor ató por contra la bu-*

berales trae sus consecuencias. nalmente las diferencias que dentro de la cúpula del PC arg argan en torno de discusiones mantenimiento de una política dote o la denuncia a la misma, natural e las diferencias están con distintas apreciaciones sobre el sector de las VF. AA. con el viene aliarse. Fija discusión en dovilla "nasserista" y el Rodol "liberal".

no 1. Lanza la ideal del partido unido de la revolución socialista, según el nuevo programa, que el partido debe ser el instrumento de la unidad de la revolución, dando al cual impulsa una consigna secreta, instrumentada hasta ciertos niveles de discreción: preparar el futuro "ejército popular" de la revolución socialista. El programa político es bueno, pero la parte del Partido se sintieron vivificados y se lanzaron a la tarea. "Cruosamente" cuando Oganidia dio su golpe o sea, cuando se cerraron las puertas del poder, la nueva tarea fue desechada. En cambio, en pleno gobierno de la izquierda, no había mandado a incendiar

Un lector desprevenido puede preguntar ¿a qué tanto recuerdo?

No hubo errores, no hubo excesos

Tanto recuerdo para mostrar que hoy, en la preparación del XVI Congreso del PC,

no se discuten errores del pasado sino el futuro, efecto de la lógica de una línea.

Una lógica cuyo axioma es: los representantes designados por los representantes, sino que los representantes diseñan un programa de transformaciones económico-sociales y un lineamiento de acción que, según creen, es el que corresponde a los sectores sociales que creen representar. Pero que además, "por el peso de las ideologías dominantes, esos sectores se ven obligados a aceptar la legitimidad de la toma del poder". Si uno se guía por el hecho de que en los países que dopi-

precio de resignar reivindicaciones sociales. Efecto de esa tradición es que venes oposiciones, como en Chile actualmente, pongan sus ojos en los representantes designados por los representantes) apuntalados a su vez en otras clases asistidas, y se propongan una tir de pequeños agrupamientos de las masas como el Frepú, la mancha social que cree que se expanda entre los incautos que hoy

Todas esas "versiones" que el peso de las ideologías dominantes y las tradiciones, son efecto de distorsiones de elaboración del pensamiento.

nan a los comunistas nunca se permitieron elecciones pluralistas, se puede llegar a la conclusión de que es un programa y una acción que los sectores que *creen* representar nunca han hecho plenamente suyos. Ese axioma, que condensa su concepción de partido y de poder, tiene como consecuencia no aspirar al poder por vía democrática. A él sólo aspiran a través de caminos que hagan posibles el

Para esta lógica es imprescindible la alianza con algún sector de las fuerzas armadas. Y en ellas no interesan particularmente los sectores que aspiran a un funcionamiento democrático de la sociedad, sino los que tengan sueños de gran-

Sergio Rodríguez

Tradicionalmente, el PCPR primó el criterio —sustentado por Otto Vargas— de centrarse en un referente externo, como la URSS, para afirmar que la entrada de los tanques soviéticos en la Praga de Dubček la tornó insostenible; luego la ilusión en el eje Cuba-Cuba se desvaneció, y el PCPR, ante las consecuencias, pasó a partir de su acercamiento a los dirigentes chinos, el PC de China, a centrarse por el rasero del antisovietismo generalizado en el mundo, otra cara del espejo, el PC, que piensa las suyas según el comercio de la URSS. (Temas de la izquierda, 1989, p. 103).

En la medida en que el PCPR se dio cuenta que el XVI Congreso del PC computaría la cuenta de la propuesta de "convergencia de la civilización" con la idea, la posición y la política de la URSS, cuando los países de la NATO decidieron el boicó a la Cumbre de la OTAN, el PCPR se dio cuenta que la URSS y algunos de sus aliados decidieron en la ONU obstaculizar el desarrollo de la cuestión de los derechos humanos en la Argentina.)

Cuatro presupuestos

Cuatro presupuestos

1) Autocensura de la representación de la clase (luminismo de vanguardia). 2) Entrenamiento en la vida democrática para el acceso al poder; impredecibilidad del acceso al poder; impredecibilidad del acceso al poder; impredecibilidad del acceso al poder.

3) Representación de la clase por parte de los representantes autogestionados. 4) Delegación en algún país extranjero del liderazgo revolucionario.

Tales fueron los presupuestos de aquellos que hoy nos indignan al considerar al PC. Creímos que desplegando rigorismo en su lógica "tocáramos el cielo con nuestras manos". Sólo los terribles golpes posteriores nos hicieron, a algunos, reflexionar y entender que si para pensar la clase social, el PC se equivocó, también se equivocó de época y de lugar, en relación al tipo de poder (dictadura del Partido), la burocracia y las nuevas fuerzas armadas) tampoco habíamos sacado las consecuencias de lo que —según se supo—

Todo parece indicar que la oposición de izquierda, con posibilidades de ganar el congreso del PC, engeucida por las veleidades oportunistas de la vieja dirección no ha sacado las consecuencias apropiadas de la experiencia de los del "66". Si así ocurre será lamentable, por ellos y por una sociedad que no está en condiciones

¹ Tal fue la síntesis de la razón por la cual el PC no realizó sus congresos durante más de 15 años.

² Athos Fava, *Crisis* num. 42.

³ Athos Fava, *Qué pasa* núm. 272, 23 de octubre de 1990.

mayo de 1986.

Entrevista a Federico Westerkamp

Energía nuclear: ¿callejón sin salida?

Ampliamente conocida es la labor del doctor Westerkamp por la vigencia de los derechos humanos, como también lo es su condición de científico comprometido con la consigna de la paz. Así, si fuese necesario establecer un campo de afinidades con él sería fácil hacerlo: la defensa de la vida.

Hubo una época, no hace mucho, en que algunos de nosotros solíamos vernos de certezas. Una, bastante firme, consistía en oponer al empleo de la energía nuclear con fines bélicos para aceptarla para usos pacíficos. Sin embargo, a partir del accidente de la central de Chernobyl esa certeza también ha entrado en crisis, pues parecería que en cualquiera de sus variantes posibles la energía nuclear termina llevándonos a la destrucción de la vida. Así, y no obstante que el tema constituye una preocupación central de esta época, comparto la difundida sensación de estar sumergido en la ignorancia total, aun para formular preguntas sobre el uso de la energía nuclear en el mundo actual.

Es, efectivamente, un tema delicado que se complica cada día más. Para tomar, por ejemplo, sólo un aspecto de sus implicancias económicas, consideremos que sus inicios la energía nuclear fue vista como una manera muy barata de obtener energía del uranio y probablemente del torio o del plutonio, aparentemente muy barato. Y digo "aparentemente" porque así se lo creyó hace más de 25 años, cuando Eisenhower lanzó la idea de "átomos para la paz" sobre la base de que a partir de un gramo de uranio-235 se podía conseguir la energía equivalente a 200 toneladas de petróleo o de carbón. Ese modo simplista de pensar dio lugar, inclusive, a que un Premio Nobel, Glenn Seaborg, presidente de la Comisión de Energía Atómica de Estados Unidos, afirmase que ya no iban a ser necesarios los medidores de cobaltos eléctricos, pues la misma sería bastante barata. No iba a valer la pena medir su consumo.

La experiencia muestra que nada salió como estaba previsto. En primerísimo lugar, tenemos el problema de los desechos radiactivos, que contienen una gran cantidad de isótopos tremendamente deletéreos y algunos de una "mitad de vida" de cientos, miles y decenas de miles de años. A ello se ha sumado el encarecimiento de las centrales nucleares debido, entre otras cosas, a la necesidad de adoptar extremas medidas de seguridad, y eso ha llevado en gran escala sus costos, lo cual incide directamente sobre el costo de la energía que en ellas se produce. Además hay que tener en cuenta que las centrales nucleares solamente dan energía eléctrica, que es una pequeña parte de la energía que consume una comunidad. En el caso de Argentina la de origen nuclear es sólo un 10 o 12 por ciento de la energía eléctrica, proporción que se reduce al dos o tres por ciento respecto de la energía total consumida en el país.

Entonces surge la pregunta: ¿vale la pena recurrir a una energía que no es barata, que es sólo una pequeña parte de la energía total y que también es una porción reducida de la energía eléctrica total, teniendo en cuenta todos los peligros que encierra y que ahora se ponen inculcablemente de manifiesto con el accidente de Chernobyl? Y otro más: ¿cómo parecido se produjera en nuestro país (están tomadas las precauciones necesarias) Porque en la Unión Soviética o en los Estados Unidos o en Alemania la tecnología está tan desarrollada que es posible apelar a mecanismos que disminuyan las consecuencias, pero no creo que en la Argentina pudiéramos hacerlo.

¿Estamos en riesgo de un accidente similar?

El riesgo es muy pequeño, sin duda, pero también lo era para Chernobyl. Se dice que las precauciones son perfectas, que los equipos automáticos van a funcionar, etc., etc., pero Chernobyl y muchos otros

accidentes anteriores demostraron que siempre algo puede fallar.

Lo cual constituye un riesgo que es propio tanto de una línea de uso bélico como de por uso pacífico.

Por supuesto, pero no podemos olvidar que la energía nuclear fue creada para usos bélicos y que sólo después se le encontró la forma de usarla para fines pacíficos. Hay gobiernos que están honestamente dispuestos a no usarla en sus planes militares, pero una vez que tienen la tecnología les es muy difícil... Es siempre la misma historia, son los gobiernos que poseen la bomba atómica los que insisten en la energía nuclear para uso pacífico, porque la cuestión del uso pacífico encubre la posibilidad de su empleo con fines militares.

Además, como en los elementos combustibles va formando tanto plutonio y otros desechos radiactivos, se ha abierto el espacio para la doctrina que hoy impere, que consiste en reprocessar el combustible usado y extraerle el plutonio. Claro que se dice que no es para fabricar bombas, pero si tenemos en cuenta que cuatro kilos de plutonio —que ocupan el tamaño de una pelota de ping-pong— son una bomba atómica, podremos advertir el peligro que significa entrar en la economía del plutonio, en que se manejan toneladas de plutonio.

Esta manera la humanidad se está condenando. Y desde el punto de vista pacifista, de gente que no quiere que exista el menor pretexto para que sean fabricadas bombas atómicas —ni armas en general, claro está— tenemos que decir que entrar en la economía del plutonio es entrar en la posibilidad de que nos llenemos de bombas atómicas, todos, y muchos peor si los países subdesarrollados llegan a esa tecnología, porque aquí hay mucho del aprendizaje de hechicero. No hay en esa tecnología, al contrario, y en ese sentido, se ha sumado el encarecimiento de las centrales nucleares debido, entre otras cosas, a la necesidad de adoptar extremas medidas de seguridad, y eso ha llevado en gran escala sus costos, lo cual incide directamente sobre el costo de la energía que en ellas se produce. Además hay que tener en cuenta que las centrales nucleares solamente dan energía eléctrica, que es una pequeña parte de la energía que consume una comunidad. En el caso de Argentina la de origen nuclear es sólo un 10 o 12 por ciento de la energía eléctrica, proporción que se reduce al dos o tres por ciento respecto de la energía total consumida en el país.

¿Y la afirmación corriente de que sin energía nuclear no habrá ni progreso ni energía?

Eso no es cierto, los que lo dicen o no saben de qué hablan o actúan de mala fe. La energía que necesita la humanidad puede ser obtenida de las más variadas formas sin llegar a poner en peligro al planeta. En nuestro país, por ejemplo, podría desarrollarse la energía eólica, que no ha sido aprovechada aun teniendo nosotros medio país —especialmente el norte— en condiciones de viento. También podríamos emplear la energía de la bio-masa, que da el bio-gas, que sería fácilmente aprovechable en la zona que va del centro al norte del país, y en los centros urbanos y rurales habría que utilizar la energía solar, cuya tecnología avanza a pasos agigantados. En fin, se trata de decidirse por la búsqueda de fuentes y no de depender de una sola tecnología, sin tener en cuenta que la tecnología nuclear no es limpia, sino que es sucia y no entraña el tremendo peligro que encierra la energía nuclear.

Por eso, si bien en la Argentina el desarrollo de la energía nuclear es aún incipiente, hay que señalar que ya es peligrosa la tendencia predominante.

O sea que de ninguna manera es inevitable para Argentina seguir desarrollando la energía nuclear.

No lo es, claro que no. Por ejemplo, el Cobalto 60 se hace en Embalse porque se

les ha ocurrido hacerlo allí, y como hicieron una central de 600 megawatts pueden producirlo en cantidades espectaculares. Pero yo me pregunto a quién vamos a venderle tanto Cobalto y para qué se levantó una planta de 50 millones de dólares, algo que también me parece un disparate, aunque sea otro problema.

En realidad creo que también eso forma parte del mismo problema, porque todo en su conjunto puede ser un disparate, una falta de racionalidad completa, incluyendo el uso de los recursos. Y una de las cosas que contribuye a que nada de esto sea objeto de un debate generalizado es la falta de información, ese halo de misterio que rodea todo lo relacionado con la cuestión nuclear, especialmente en nuestro país.

En efecto, así nos hemos manejado durante muchos años, en una línea de hechos consumados que nos ha llevado a situaciones cada vez más graves. Yo tampoco sabía mucho de estas cosas, he ido aprendiendo a lo largo del tiempo. Yo en 10 o 12 años, cuando empezé a leer en revistas extranjeras sobre los peligros de los desechos nucleares. Eso fue lo que me abrió los ojos. Pero no era sólo eso, sino que lo ignoraba, tampoco conocían el tema los físicos de la Comisión de Energía Atómica, nadie en realidad sabía nada y muchos de ellos se han enterado por mí. Cuanto más se sabe, más se aprende, pero no desajustar completamente el agua del mismo se produjo la onda explosiva de radiación. El pobre hombre estaba consciente de que moriría, y nadie sabía hacer cosas con él, lo llevó al Policlínico Bancario y no se tenía idea de cómo tratarlo ni adónde derivarlo.

Y cómo es posible que a la vez de la información, como inclusive, a ciertas formas de decisión?

Por suerte ahora la cuestión está un poco más difundida, pero de todos modos hace falta que sea colocada como tema de debate, porque en realidad hasta ahora no hay debate sino dos posiciones antagónicas, los anti-nucleares y los pro-nucleares. Falta un equilibrio que haga posible tanto el planteo de las ideas y de las propuestas como la alternativa de la participación en las decisiones. Naturalmente, para que eso ocurra la opinión pública debe estar bien informada, como ha sucedido en Dinamarca, en Australia o en Suecia, donde se ha resuelto por referendo popular la continuación la línea de centrales atómicas después del año 2010, es decir, por ahora se las emplea pero no se construye ninguna más. Eso es lo que yo estoy proponiendo se haga acá. Tenemos dos centrales, y admito que Atucha II se termine, ya que en ella se gastaron tres millones de dólares en la construcción de un reactor que no se usará. Pero si en 30 años podemos decidir si queremos seguir o no...

Si es que para entonces existamos, y rejoy en mi vida la posición de Alberto Moravia en el sentido de que la civilización, enfrentada a la posibilidad cierta de una guerra nuclear, va perdiendo la idea de futuro en una terrible degradación moral.

Si, es terrible, siniestro, diría, aunque también creo que hoy la opinión pública está más sensibilizada, fastidiada de haber sido colocada completamente al margen. Y esa marginación fue producto tanto del autoritarismo militar, del gobierno militar, como también de esa suerte de soberbia tecnológica que tanto abunda. Esa creencia presente en ciertos ingenieros nucleares de que son seres privilegiados que dominan algo inalcanzable y que por ello son una especie de dioses. Y no es

cierto en absoluto, se trata de una tecnología como cualquier otra. Pero hay más, en la Argentina se ha engañado a la población haciéndole creer que nosotros construimos las centrales y que tenemos tecnología propia, y eso no es cierto. Las centrales han sido construidas por otros: Atucha I lo fue por Siemens; la de Embalse la hizo Candl, con cierta cesión de tecnología; Atucha II, que aún tiene un par de años para ser terminada, es de la KWU, subsidiaria de la Siemens, y la planta de agua pesada, en Arroyito (Neuquén) la está construyendo Sulzer, de Suiza.

Es verdad que acá hay algunas empresas que suministran tecnología, pero lo hacen porque compran esa tecnología afuera y la venden a la Comisión de Energía Atómica. Este es otro de los temas de los que no se habla y que posee una fuerza decisiva: el negocio, el lobby nuclear. ¿Quiénes son los que hacen la gran propaganda? Las empresas que venden la tecnología a la Comisión de Energía Atómica. E inclusive se da el hecho de que algunos funcionarios de la misma son a la vez directivos de esas empresas. Esto es algo deplorable y fatal, siempre sucede, pero si no se lo corrige al menos es bueno que el pueblo lo conozca.

Es cierto, pero me imagino que en eso también se pone mucho cuidado en mantener el secreto.

En eso y en todo. Por ejemplo, en el accidente ocurrido hace tres años en Constituyentes, cuando una excavación nuclear no estaban ni el supervisor ni el ayudante, y el operador, Rogulich, un excelente técnico, tuvo que mover él solo los elementos combustibles dentro del reactor, pero no desajustar completamente el agua del mismo se produjo la onda explosiva de radiación. El pobre hombre estaba consciente de que moriría, y nadie sabía hacer cosas con él, lo llevó al Policlínico Bancario y no se tenía idea de cómo tratarlo ni adónde derivarlo.

En fin, una cadena de fallos sobre las que se pretendió tener un manto de olvido, pero los técnicos y empleados de la CNEA se reunieron en masa en Ezeiza y exigieron una exhaustiva investigación con participación de científicos, técnicos y demás trabajadores. Eso sí, pero luego no se dieron a publicidad los resultados. Yo los conocí de casualidad, pero aún siguen reservados.

Entiendo: yo estoy convencido de que un accidente nuclear es posible, como lo demuestra el de Chernobyl, y que sus consecuencias afectarían a una vasta región alrededor del sitio donde se encuentra el reactor nuclear, obligando a la evacuación de poblaciones y produciendo no sólo grandes pérdidas económicas, sino grandes efectos en la salud de las poblaciones y en sus descendientes, debido a los daños genéticos.

Yo no estoy sugiriendo que esto necesariamente vaya a ocurrir, pero sí es algo posible y real, que las consideraciones probabilísticas carecen de base, y en última instancia debemos reducirnos a nuestra ignorancia respecto de la probabilidad de que ocurra algún accidente de este tipo nuclear. Los ejemplos del accidente de la Isla de Tres Millas, que fue una fusión a medias del núcleo del reactor, y el posterior de Chernobyl, son suficientes ejemplos de lo que puede suceder. En otros países de Europa, son muy significativos y nos están señalando el camino a seguir. Pero a ello debe sumarse la otra razón de mi política: la necesidad de una energía de elementos combustibles quemados contienen mucho plutonio, que es el material básico de la bomba atómica ordinaria, y también de la bomba termonuclear (o de hidrógeno), miles de veces más poderosa.

Osvaldo Pedroso

La Ciudad Futura

Suplemento/1

¿Una Segunda República?



Que necesitamos un país distinto es hoy una verdad compartida por la mayoría de los argentinos. Hemos salido de la muerte y el espanto no con la certeza de un pasado glorioso a reemplazar, sino con las esperanzas de un mundo nuevo a crear. Pero ¿es posible pensar lo nuevo sin quedar atrapados por los demonios del pasado? Si existen formas de ver y construir la realidad que reúnen a los hombres en parcialidades a través de valores, intereses y comportamientos que los distinguen y hasta enfrentan, y si estamos dispuestos a asumir plenamente esta división como propia de una sociedad política democrática que queremos fundar, ¿cómo crear condiciones favorables para un amplio y durable compromiso político en torno a una definición compartida de los rasgos definitorios de "lo nuevo"? En las condiciones presentes de la sociedad argentina, cargada de resentimientos históricos, de desigualdades insostenibles, de sistemática degradación de su vida económica y social, de extrema proclividad a la inestabilidad institucional y política, no parece fácil poder construir postivamente la pregunta. La incertidumbre de la respuesta arrastra el pensamiento a la parálisis. ¿No nos dice el refrán que más vale un mal conocido que un bien por conocer? Si lo posible está adherido, como la piel al hueso, a lo que sucede, hay razones para temer lo aún no existente. Cuanto más dramático es el presente, más desaparece el futuro del horizonte.

Para poder responder a la pregunta es preciso subvertir los términos en que se plantea. Sólo a partir de lo imposible, lo posible puede abrirse paso, les decía Max Weber a sus conacionales en la Alemania devastada por la guerra y sus secuelas. El problema, en tanto, no consiste en preguntarse si esta sociedad puede ser cambiada; el problema consiste en preguntarse si una nueva sociedad es deseada por los argentinos. La iniciativa presidencial de impulsar un debate sobre la actualidad de una reforma constitucional es una manera de hacerle frente al problema y por eso debe ser apoyada aun más allá de los propósitos que se trace al respecto el presidente o el partido gobernante.

La idea de refundar el país mediante un nuevo compromiso institucional es tan constante como las intermitentes crisis institucionales que lo postoraron desde los años treinta. Para llevar a cabo las reformas que muchos pensaban necesarias, lo que faltó no fueron convicciones; lo que sí faltó fue una efectiva voluntad reformadora. Cuando la hubo, como en 1957, la ilegitimidad del poder convocante, la exclusión del peronismo y el boycott de la intransigencia radical la hicieron naufragar.

Los golpes militares arrastraban a la superficie la necesidad de las reformas; los gobiernos constitucionales preferían soslayarla. Un gobierno surgido de elecciones inobjetables, sin exclusiones de ningún tipo y expresión de una nueva mayoría política ha lanzado una iniciativa de reforma. En las palabras del presidente Alfonsín volvió a ponerse de manifiesto esa

necesidad de un nuevo pacto constituyente que desde hace medio siglo los argentinos afirman reconocer. Y sin embargo, esas palabras fueron recibidas por la clase política con desdén, con indiferencia, con fastidio; por eso debemos preguntarnos si a pesar de ser reconocida por todos la necesidad de una reforma constitucional existen hoy la voluntad y el consenso necesarios para efectivizarla. No creo que en la clase política argentina existan hoy esas condiciones; alejada de todo espíritu de grandeza sólo mira lo que tiene delante de sus narices.

Puestos a consolidar un régimen o ganar las próximas elecciones los dirigentes de las formaciones políticas mayoritarias, incluidos, por supuesto, los del partido oficial, optan por lo segundo. En un país sin destino sólo vale lo que está al alcance de la mano; dado que no puede ser cambiado del todo, ni vale la pena intentar cambiar algo. Por esto una democracia social avanzada supone y necesita de otra clase política que es preciso formar aún trabajando contra el tiempo. Pero ¿cómo constituiría sino a través de la reforma democrática del estado, del sistema de conformación de los liderazgos en los partidos políticos, de los organismos gremiales, de las fuerzas armadas? ¿Cómo democratizar la vida pública, que es el suelo sobre el que se funda la consolidación de un régimen, sin la instauración de las reformas que separan al estado de los ritos confesionales, o de aquellas que permitan al ciudadano ejercer un control más efectivo sobre sus representantes, o sobre organismos estatales colocados por años de legislación represiva al margen de todo control, aun del propio gobierno? ¿De qué manera redimensionar la tendencia a la adquisición de un poder personal excesivo por un líder plebiscitario sino a través de una reforma que imponga un gobierno de tipo parlamentario? No podemos pecar por ingenuidad y confiar en que las reformas democráticas por sí solas transformen un cuadro de decadencia como el que soporta el país. Pero en la medida en que tales reformas únicamente podrán abrirse paso si la propia sociedad se ve comprometida en el debate sobre su conveniencia, la movilización cultural y política de la sociedad es una forma de romper ese círculo vicioso que nos impide volver lo que ya está cambiando, aquello que hoy reclama nuevas voces.

La Ciudad Futura quiere ser un eco, no importa si aislado, de ese movimiento reformador que aún en gestación cree que renovar la sociedad argentina. Pensamos que la reforma constitucional, y todas las otras que se vinculan con ella, constituyen una necesidad perentoria que no admite dilaciones, salvo las del tiempo propio que requiere una sociedad para metabolizar las propuestas, para asimilar las innovaciones, para estar en condiciones de escoger. Como las consideramos desahilados insitiremos en el debate de los grandes problemas nacionales que, por temor al mañana, o por mezquinas necesidades del presente, muchos insisten en postergar, como si la suerte misma del sistema democrático no estuviera allí puesta en juego.

La ideología argentina en el siglo XIX

Proyectos de nacionalización en la Primera República

Sabemos que uno de los datos significativos en la fundación de nuestra primera república consiste en haber realizado algunos postulados que habían atravesado anteriormente el discurso de los intelectuales a partir del fracaso unitario y el advenimiento del orden rosista. En 1880 parecía así concretarse la alberdiana "república posible", en el seno de un espectacular crecimiento económico, una pronunciada movilidad social ascendente y una notoria modernización cultural. Se trataba, empero, de una república escasmada de novedosa soberanía que es el lugar en el ámbito de la sociedad civil no debía traducirse en una mayor participación política, bloqueando entonces el paisaje del habitante en tanto sujeto económico al rol del ciudadano. Esta dualidad de funciones se asentaba sobre la estructura del curioso sujeto de los tiempos modernos, escindido entre una alma privada que mira al estado y otra privada que atiende al régimen de su propio interés. Pero al mismo tiempo el pensamiento republicano colocaba la fuente de la legitimidad en ese suelo también moderno de novedosa soberanía que es el pueblo, el dispositivo teórico capaz de soportar la paradoja de una república sin ciudadanos debía proponer la suspensión sólo momentánea de la participación política plena, hasta que el tutelaje de una élite gobernante lograra constituir sujetos auténticamente republicanos. Era menester por ello alinear el sufragio de las manos de la ignorancia y la miseria, al par que garantizar libertades ilimitadas para un habitante reducido a contemplarse en el espejo de la producción. El autoritarismo progresista renovar el espacio del saber y la virtud el espacio de poder necesario para limitar los riesgos de ingobernabilidad de esa nación que sólo podría llegar a consumarse como tal cuando la panacea educativa y la moral del productor hubieran definido cabalmente a unos ciudadanos ilustrados y penetrados por lo que en clave de época se llamaban "las fuerzas morales".

Justamente, en el entrecruzamiento de la definición de una ciudadanía y de la construcción de una nación emergiera la problemática de la nacionalización de las masas, sobredeterminada exasperadamente por el fenómeno inmigratorio. En esos años este desafío sólo adopta la figura atrayente y temida de las muchedumbres arribas, que ofrecían de relevo a las rurales ahora que el campo había ingresado en un estadio de pacificación que relegaba el fantasma de las montañas a un seguro pasado. Es dudoso empero que el terror casi religioso de Tucumán ante la expansión incontenible de la igualdad sea el mismo que experimentarían los hombres del 80 frente a las multitudes marginadas de la ciudadanía, aun cuando no faltaran motivos de alarma ante los efectos no queridos desencadenados por el vertiginoso proceso de modernización en sus referentes demográficos, políticos y culturales. Un número de inmigrantes único en el mundo respecto de la población preexistente, la renuencia expresa de los extranjeros a nacionalizarse, el ascenso social de que eran protagonistas en una sociedad que comenzará a contemplarlos con la mal disimulada envidia que nutre buena parte de la literatura del período y, por fin, las ideas anarquistas y socialistas de que los recién llegados solían ser portadores determinaron sin dudas el desagrado con que José María Ramos Mejía veía en 1899 que los inmigrantes inundaban "los terrenos, los terrenos, los terrenos, los terrenos que son gratis, las iglesias, porque son devotos y mansamente creyentes" e incluso el ejercicio de las tareas rurales...

La propuesta fundacional de 1880 muestra la paradoja de una república sin ciudadanos que llevó a alejar el sufragio de las manos de la ignorancia y la miseria, a la vez que garantizaba libertades ilimitadas para un habitante reducido a contemplarse en el espejo de la producción.

El movimiento positivista argentino asumió de a su vez una misión que en los Ingenieros de principios de siglo se ha tornado evidente: proponer un mecanismo institucionalizado de nacionalización compulsa, para lo cual la nación deberá ser imaginada como un dispositivo de reformas integradoras y diferenciaciones segregacionistas. Y sin embargo, estos discursos sin terna seguían reservando una área legítima para la inmigración, y si aun en ese caso extremo del darwinismo social argentino configurado por la escritura de Carlos Octavio Bunge existe una recusación del aporte extranjero, sino nuevamente la propuesta de una tura regeneradora cuyos ejes se siguen ubicando en la didáctica de la laboriosidad y en la difusión de la cultura general. Articuladas por la moral del productor, e insinuadas en la didáctica de la laboriosidad y en la difusión de la cultura general. Articuladas por la moral del productor, e insinuadas en la didáctica de la laboriosidad y en la difusión de la cultura general. Articuladas por la moral del productor, e insinuadas en la didáctica de la laboriosidad y en la difusión de la cultura general.

No obstante, aquel paradigma había experimentado en la crisis de 1890 una rápida transformación que si se centró sobre un modelo económico que nadie discutía de veras, se encarnizó en el seña-

lamiento de lo que fue percibido como una generalizada decadencia moral. Ya que, en efecto, dicha crisis fue leída bajo una cuadrícula eticista que colocó en el afán "cartagines" de enriquecimiento a toda costa la causa profunda de la vorágine financiera vivida durante la presidencia de Juárez Celman. Sectores católicos, pero también liberales laicos y los nacientes agrupamientos radicales y socialistas coincidieron en este diagnóstico, y en el seno de la senilidad fin de siècle, un creciente cuestionamiento antiutilitarista erosionó la legitimidad de la capa gobernante, ensanchando la posibilidad de lamentaciones nacidas incluso en el interior de la misma ante la pérdida irremisible de una polía austera, como la que Pellegrini evocaba en la sobria morada de Valentín Alsina y que Miguel Cané añoraba ante el espectáculo de su propia generación de mercachifles y tenderos...

Sobre este terreno crecía una tendencia ideológica que, en el ambiente cultural del modernismo literario, cristalizaba exitosamente en el *Arlel* del uruguayo Rodó, donde al símbolo yugano de un "Calibán materialista" se le opone el impulso estético, latino o hispano-cristiano del genio del aire cuyo nombre da título a ese

ensayo de 1900. Alertando contra los peligros del cosmopolitismo y de la democracia, este nuevo clima de ideas iba a fusionarse con la consigna de nacionalización espiritualista que caracterizará un aspecto del balance histórico al que diversos intelectuales se sienten convocados hacia el Centenario. Ricardo Rojas en *La restauración nacionalista* no dejará de incluir dentro de estas matrices para enunciar su desconfianza respecto de la extranjería, pero de todos modos su discurso circulaba dentro de una intención expresa que —desmarcándose de la influencia de Barrís— se quería laica y democrática. En cambio, Manuel Gálvez en *El diario de Gabriel Quiroga* demandará medidas de policía espiritual para expulsar del país a "todos los apóstoles de religiones extranjeras y de doctrinas socialistas internacionales", dibujando en *nueve* unos temas que serían explotados de allí en más por el nacionalismo de derecha.

El proyecto de compulsión institucionalizada a la nacionalización propia del positivismo conviría desde entonces y junto con otros con este modelo de cristalización autoritaria de las nacionalidades, que pocos años más tarde avalaría el "operativo Lugones", con progresivos deslizamientos hacia el mito gaucho, el espíritu de la sangre y las esencias de la tierra como murallas nacionales de contención contra la horda cosmopolita, pronto con apelaciones mucho menos etéreas a las fuerzas armadas como ámbito de recomposición de una nacionalidad presuntamente debilitada.

Ernesto Quesada se sorprendía hacia el 900 de que los inmigrantes se disfrazaban de gauchos en los carnavales fueran los extranjeros, y el escritor argentino de lengua aros francesa Héctor Bianciotti evocaba recientemente la represión de la lengua materna en su hogar de inmigrantes mediante una argumentación que envuelve una respuesta demorada a la inquietud de aquel intelectual del 80: porque para un italiano de origen pobre era importante borrar sus orígenes lingüísticos como manera de integrarse compulsa pero también quizás exitosamente en el medio nacional argentino.

No obstante, mal podían estas compulsiones contra la diferencia inquietar excesivamente a una sociedad mayoritariamente inmersa en las fastos del Centenario, en cuyo marco resonaban los versos broncinos de Darío en alabanza y alhina de la nación ubi: "ma. Pero cuando el mito de la grandeza argentina sea desquiciado por la desgracia del 30, el núcleo ideológico de a identidad autoritaria histórica con eficacia no sólo simboliza los sueños y las pesadillas de algunos sectores que seguirán buscando nuevos "inmigrantes" disolventes sobre quienes descargar la culpa y el castigo por la no realizada grandeza de este polo latino de América.

Por eso, si los mecanismos de confrontación con la otredad definen los modos como una comunidad se constituye en estratos profundos de su mentalidad colectiva, entonces hoy también debemos pasar por el tariz de la sospecha la educadora metáfora de este país como un "crisol de razas", ya que cualquier recomposición demográfica del presente tiene como contenido el rol del espacio de la ideología argentina su rostro marcado por los pasados autoritarismos. Sin ello, puede resultar improbable la construcción de esa zona imaginaria de igualdad y libertad que los hombres inventan con el nombre de democracia para reconocerse mutuamente como auténticos sujetos de la república.

Oscar Terán

La reforma del estado

Una Constitución para la democracia

La propuesta presidencia de fundación de una Segunda República apenas ha merecido la atención de las fuerzas políticas. Instalada en la pura negatividad, la izquierda (al igual que la derecha) sólo se ve en ella una "cortina de humo". ¿No se olvida acaso que la reforma de la Constitución, transformación democrática del estado, descentralización, participación, solidaridad, constituyen algunas de sus consignas históricas?

Cuando el 15 de abril pasado el presidente Alfonsín pronunciaba su discurso convocando a la fundación de una "Segunda República" la atención general se volcó sobre el supuesto traslado de la Capital Federal a la ciudad de Viñedo. Esa era la intención de una fundación de una "Segunda República" la atención general se volcó sobre el supuesto traslado de la Capital Federal a la ciudad de Viñedo. Esa era la intención de una fundación de una "Segunda República" la atención general se volcó sobre el supuesto traslado de la Capital Federal a la ciudad de Viñedo.

Porque en verdad ese día no sólo se habla mencionado en el discurso presidencial el traslado de la Capital sino que, explícitamente, el tema se encuadraba en uno más vasto: la reforma del estado, que debería estar presidida por los principios generales de descentralización, participación y eficacia en la gestión. El debate iba mucho más allá de una mudanza de la burocracia a la Patagonia. O, al menos, si no iba más allá, había que tratar de colocarlo más allá.

Que hizo la prensa, qué hicieron los partidos políticos —incluyendo, por supuesto, al oficialismo—, qué hizo el socialismo y el resto de los grupos de interés? ¿Qué hizo —y eso es lo que nos interesa más— la izquierda? El tema no interesa; virtualmente nadie lo recogió para el debate y cuando se habla, por ejemplo, de la Reforma Constitucional sólo se menciona la reelección presidencial o, aun y éste es el caso de cierta izquierda, a la función de "cortina de humo" que esta discusión cumpliría, para tapar otros problemas más graves.

Recapitemos, sin embargo, algunos de los temas lanzados al debate. Se habla, por ejemplo, de fortalecer el poder de las provincias, de los municipios, de los entes autónomos y, en general, de facilitar mecanismos que faciliten la participación directa de la sociedad en las decisiones que la afectan. Se habla también de que la democracia debe ser un ejercicio de la vida cotidiana, para que entre decisión y ejecución no se establezca una cadena burocrática inmanejable. De la participación de la población en el control de la administración. De la modernización de la justicia y el establecimiento del juicio oral en el orden nacional. Por fin, de la necesidad de una reforma de la parte orgánica de la Constitución del 53, tendiente a combinar elementos del régimen presidencialista con elementos de los sistemas parlamentarios, para que el congreso tenga una influencia decisiva en los asuntos del estado, llegando a establecer la distinción entre la figura del jefe del estado y del jefe del gobierno, obligado éste a la aprobación del Parlamento.

Para evidente que el tema no puede ser considerado de manera ligera: es obvio que de ponerse en marcha esas reformas ello implicaría un cambio notable en la vida política argentina. Además, muchos de esos temas —dita todos— están inscriptos en la tradición programática de la izquierda. Sin embargo, el eco es el silencio... o la discusión sobre Viñedo.

¿Quién coloca la "cortina de humo"?

La idea de que se maneja es que las discusiones institucionales son derivadas (y por ende secundarias), frente a la necesidad de debatir los temas primarios, que son los que se vinculan con la estructura del poder económico. Habría un mundo de la

realidad política y otro de la apariencia ideológica, una base y una superestructura. Debatir problemas que se plantean en la segunda dimensión sin remitir permanentemente a la primera sería pura gimnasia retórica, un inconducente ejercicio sobre aspectos formales de la vida social.

No llevaría lejos extendernos sobre los riesgos teóricos y políticos de una concepción así de fundamentalmente dualista: haría falta detenerse en el análisis del paradigma dominante en nuestra cultura política

miento del estado son menos importantes que, por ejemplo, las que se vinculan con reivindicaciones "materiales" de las clases populares como pueden ser los salarios, la vivienda, la salud o la educación?

En verdad, más interesante que preguntarse sobre si discutir los temas de la reforma del estado es ingresar en un debate superestructural (y por lo tanto entrar en la trampa de la "cortina de humo") sería el tratar de determinar en función de un proyecto de profundización democrática, los socialistas tiene algo



Juan Carlos Portantiero

la democracia es el que remite a cuál debería ser el carácter de ésta. Desde el peronismo y desde los partidos de izquierda se piensa que lo conseguido hasta ahora no son más que avances formales, por lo que estaríamos frente a una falda (o al menos limitada) democracia, en relación con lo que sería una democracia "verdadera". Lo mismo opina la CGT, que ya a principios de 1984 dijo en una declaración que "la democracia por la democracia misma es propia de la mojigatería liberal".

Más allá de la carga de sustancialismo que esa definición supone —porque la democracia no es un tipo de sociedad sino una forma de régimen— no es difícil coincidir en que dicho régimen se halla necesitado de ampliación, a fin de angostar en lo posible las enormes distancias que separan a gobernantes de gobernados; esto es, en pocas palabras, que los mecanismos indirectos de la democracia representativa deberían ser complementados por otros más participativos.

Este es un tema importante: "muy real", por lo demás. Afianzar la democracia supone ampliar la participación ciudadana. En una sociedad movilizad y con una cultura más activa, la participación ciudadana, con un peso corporativo y autoritario tan grandes y con una notoria debilidad del sistema de partidos, este proceso no es de ningún modo simple. La democracia en la Argentina es mucho más una cuestión de creación —casi diría de invención— que de reinstalación. Forzosamente se plantea entonces el tema de la construcción de bases para una reforma. Otro argumento. Entre ellas figura la posibilidad de una reforma de la Constitución.

Una Constitución para la democracia

El tema de la reforma constitucional no es de ninguna manera "pacífico". Hay sectores que piensan que quizá sea más importante dilatar la cuestión limitando el compromiso democrático colectivo actual al cumplimiento del texto del 53, siempre violado. Una vez realizado ese ejercicio, la comunidad podría plantearse la oportunidad de su reforma. Otro argumento —más persuasivo— piensa a la Constitución como el producto de acuerdos previos en el interior de un sistema político consolidado. Esos acuerdos serían como el piso de garantías —el pacto constitutivo— sobre el cual podría instalarse el ulterior debate sobre proyectos. Se trataría, en ese caso, de una Constitución de la democracia: la culminación jurídica de un proceso ya contenido en el sistema político. Otra opinión indica que en la situación argentina es posible pensar en la necesidad de una constitución post-democracia. Esto es: en la urgencia de plantear un gran debate que obliga a la sociedad a confrontar temas fundamentales que deberían expresarse en nuevas formas institucionales y en un texto constitucional reformado.

La pregunta que está detrás de esta opción es si hay posibilidades de consolidar la democracia en la Argentina sin introducir cambios en la estructura del estado que se hagan cargo de una situación de complejidad social y de movilización colectiva sólo parcialmente contenida en los institutos del constitucionalismo liberal clásico. Consolidar no sería, en la crisis nacional, conservar o reforzar lo dado, sino cambiarlo.

Pero no pienso tanto en la inclusión de los llamados derechos sociales, que se

de izquierda, tan cargada de anacronismos, intelectualmente programática, diría.

Pero bastaría con señalar una cuestión: salvo que adoptemos una posición nihilista según la cual no existirá otra actividad política posible que la preparación clandestina de la revolución violenta, ¿cuál sería el sentido de afirmar que las iniciativas referidas al funcio-

que decir sobre la cuestión. Dicho más brevemente: el debate sobre la reforma del estado, ¿ayuda o no a impulsar la constitución de un pensamiento y de una política de izquierda?

Hacia una mayor participación

Uno de los temas recurrentes en esta difícil transición desde el autoritarismo a

antes que nada con una economía especulativa inserta en una sociedad anárquica con aparatos burocráticos ineficientes y desarticulados; un escenario que apunta más bien al desorden que al exceso de orden, a la anomia que a la regulación excesiva.

pendiente de nuestra economía y a la severa limitación que representa la deuda externa para cualquier proyecto serio de renovación tecnológica del aparato productivo, las comunicaciones y los servicios. Por el otro nos encontramos con quienes, poco familiarizados con los problemas derivados de la incorporación de tecnologías modernas en estructuras relativamente atrasadas, confían ciegamente en la modernización tecnológica como instrumento privilegiado en la resolución de la crisis actual.

Al respecto, un breve comentario. No es mi intención negar las dificultades de concebir y ejecutar un programa de modernización tecnológica en el marco restrictivo de la deuda externa. Sin embargo, y sin excluir la posibilidad que —en un escenario internacional cambiante— la Argentina pueda renegociar las condiciones de pago de su deuda externa, creo que la discusión sobre la modernización tecnológica debe ser afrontada. Particularmente cuando los fantasmas del atraso y la ansiedad por evitarlo precipitan decisiones que, en lugar de aumentar la eficacia, podrían contribuir a su dimensión.

Es ocioso negar la "brecha tecnológica" que separa a nuestro país de los más desarrollados. Sin embargo observaciones como la de la "brecha tecnológica" tecnológica —con conversaciones con expertos extranjeros de visita en la Argentina— confirman una primera impresión: más profunda que la "brecha tecnológica" es la "brecha de gestión". En los países avanzados, esto es, las serias deficiencias en la organización del trabajo, tanto en el área productiva como en el área de servicios, se ven reflejadas como en el privado. En ese sentido, quienes piensen sortar las dificultades originadas en una pésima organización del trabajo mediante la aplicación intensiva de tecnología, están viendo la vida a través de un espejo. En la sombra, por ejemplo, en ciertas concepciones de la reforma del estado, podrían sufrir un desencanto cuando la técnica no logra resolver los problemas de los países más desarrollados a la incorporación de tecnología moderna tiene lugar no sólo en condiciones de mercado estable, sino en condiciones de crisis. Las estrategias organizativas bastante bien definidas y elaboradas, cuyo proceso de maduración puede alcanzar varios años, en este caso, es un horizonte temporal que constituye una gran limitación para la materia organizativa. En todo caso, a resulta difícil alterar las condiciones de mercado, es posible actuar sobre la dinámica de la tecnología incorporada y el

terres manifiestan por la informática. Por el contrario, quienes se interesan en ellos son alumnos regulares en el resto de las disciplinas. ¿Es que estamos acaso en los comienzos de una escisión cultural entre ilustrados y analfabetos informatizados? Difícil predecirlo, aunque, sin caer en una actitud hostil hacia el avance tecnológico, es una cuestión que vale la pena ser reflexionada.

No cabe duda de que la informática, la robótica y otras innovaciones técnicas emparentadas están en condiciones de liberar a los productores directos de tareas fatigosas, repetitivas y peligrosas, contribuyendo a mejorar la calidad de la vida. Pero, al mismo tiempo, la creciente ambivalencia contenida en todo desarrollo tecnológico es necesario referirse a los efectos negativos que podrían derivarse de una aceptación ingenua del mismo. Dejando de lado los efectos sobre la ocupación, los que merecerían una discusión que excede los límites de estas notas, cabe advertir que la informática automática permite una concentración de información sobre las personas, tanto en su calidad de productores, consumidores y

capacidad de control de aquellos que tienen acceso a la misma sobre quienes quedan excluidos.

La potenciación tecnológica de la capacidad de control en el marco de un nuevo estado como el nuestro, que tradicionalmente desconfió de sus ciudadanos—la introducción temprana del registro de los ciudadanos en el censo, la creación de un registro inexistente en la mayoría de los países avanzados a menos que se haya cometido un delito—es un hecho, entonces, que merece atención cuidadosa en el futuro, de la transparencia de sus estructuras, particularmente cuando se comprueban la facilidad con que es posible cerrar la información a los ciudadanos y a los sistemas de control informatizados. En este sentido, la discusión y aprobación de ordenamientos legales orientados a evitar la explotación de la información para definir las condiciones bajo las cuales el ciudadano corriente puede ejercer el derecho a saber qué información poseen las autoridades sobre su persona se convierte en un aspecto de la reforma y la modernización del estado.

Pero la modernización no se agota en su dimensión tecnológica. La palabra está preñada de su propia historia y en la polémica reciente no faltaron quienes recordaron su asociación con determinadas imágenes del hombre público, del ciudadano "racional" y "desencantado", mien-

tras que otros se dedicaron a evocar los fantasmas del futuro —esto es, los excluidos del progreso—, los escombros de la modernidad. Sería ingenuo negar que la propuesta de modernización, entendida como racionalización, contiene también una determinada representación sobre la organización de la vida social y política en cuyo marco determinadas dimensiones de lo humano son preferidas respecto de otras: por ejemplo, la argumentación racional frente a la convocatoria carismática en la discusión de los asuntos públicos.

Preservación de la vida democrática

Enfatizar los aspectos racionales de la acción social no significa, sin embargo, escamotear el conocimiento de que "el revestimiento carismático de la razón" es la forma última que asume el carisma en la vida moderna. No se trata, entonces, de absolutizar oposiciones ideales y mucho menos desconocer la existencia en la sociedad —más allá de la racionalidad formal orientada a maximizar la acción en el marco de la realidad existente—, de una pluralidad de racionalidades materiales cuya legitimidad no admite una cancelación apriori. Precisamente, el desafío de

La modernidad consiste en construir un marco institucional en el que "la lucha por la vida" se transforma en una actividad que aparece revestida de formas más o menos secularizadas— no termine con la muerte civil o física del adversario.

En cuanto a los fantasmas, no es necesario esperar al futuro para saber si es posible su encarnación: Argentina es, hoy, más igualitaria que en el pasado. De nada vale invocar el ideal del ciudadano-cristiano para negar la existencia de un material que, con el tiempo, contribuya a convertirlo en una realidad: hombres y mujeres agobiados por las dificultades de la vida cotidiana no constituyen el tipo de material que se transforma en democrático— menos que se los convierta, y acepten ser convertidos, en un nuevo modelo de heroísmo civil cuya renuncia al bienestar haga posible la democracia.

El espíritu de la modernidad es la legítima de orientación, alivio y consuelo espiritual —el espíritu de un mundo des-

peritizado— esos hombres y mujeres podrían devenir el instrumento privilegiado de un integrismo político que bloquee toda posibilidad de reconstrucción democrática. Los fantasmas habrían cobrado realidad, y no necesariamente porque la Argentina se hubiera hecho más moderna, sino simplemente más pobre.

[illegible]

tivamente como se quería teóricamente desde la época de Rivadavia, la Ciudad de la Nación. Para las Provincias cifra material y espiritualmente la Nación. Y naturalmente, para los Buenos Aires, la Nación vuelve redondando. Yo! La imaginación argentina, que después de "La Cautiva" y las "Bases" se ha probado muy estrecha que el paisaje nacional, tiene propio esa clase de simplificaciones figurativas, que por cierto en este caso corren a cargo de la imaginación de los narrar. Es también una imaginación creadora; para ella la Nación se ha vuelta lisa y llanamente su metrópoli. Ya hay lugar a los viejos resentimientos emulaciones contraprolares. Ya no hay más que el arte de la Nación, como polos de una tensión de la conciencia constitucional. Ya no cabe el arrostradora paradoja sarmenteano

El crónico dualismo

Bernardo Canal Feijóo

bien sutilmente dirigido en un sentido de la bien universal porque así mandan las leyes de la evolución y el progreso que rigen el destino de la humanidad. En consecuencia, la gran transformación nacional que Admitido sin reserva la idea de la capotización — que venía desde los tiempos de Rivadavia — por cierta sinónima mente de la Confederación, esto es las Provincias sin Buenos Aires, el comprendió que ya no se vertebra su concepción quedaba fuera del aparato formal, poniendo en peligro la subsistencia de su Constitución. Pero, si la pugna no estaba concebida en beneficio de Buenos Aires, sino a favor de la "integridad" constitucional o nacional: era la transformación para la integridad. La transformación era la integridad. En el idioma teórico desde el *Fragmento*, y podría tal vez remitirse al lenguaje de Rivadavia y los unitarios de 1826. Posiblemente por las lecciones del sociologismo organicista de Spencer; pero se había anticipado en Alberdi en muchos años al pensamiento de la obra del gran sociólogo inglés.

La evolución histórica ha concretado en cierto modo el estructuralismo insito en la concepción nacionalista de la forma alberdiana, la ha llevado quizá a su última consecuencia. Hubiese sido tal vez deseable que, en dirección al otro polo, hubiese llegado a alguna concreción que salvara el abismo que la concepción abría entre la unidad indispensable y la pluralidad necesaria.

Buenos Aires ha cumplido acabadamente su papel constitucional, o constitutivo. El otro aspecto de la faena, se había otro, no le atañía, no cabía pedirle a ella; quedaba para el resto del país pedirle a ella eso otro, la función que mandaba — bastante implícitamente — la otra faz de la cuestión constitucional habría sido, sería, como pretender que un ser de una especie engendre otro ser de otra especie, que una máquina de hacer remaches fabrique árboles frutales.

Resulta al fin bien irónico que después de todas las únicas voces que mentan en el federalismo se alacen precisamente allí en la Capital, llamada Federal aunque no lo sea, y que se ignoren los hechos y la verdad que lo mentan solamente en discursos de ocasión y sin ahondar jamás en el repaso de los fines ni en la ponderación de los medios ni en las posibilidades históricas, limitándose a una repetición de frases que se han dicho ya una y otra vez de un siglo en un mundo material y moral totalmente distinto del presente. El federalismo que cree que la batalla por el progreso debe librarse en Buenos Aires, el federalismo que está dispuesto a entrar en una guerra que no tiene nada que ganar, a eludir una vez más la cuestión veraquera, Buenos Aires ha sido, y será siempre, la derrota del federalismo. Con buena o mala voluntad, puede todo lo que quiere sobre el país: lo único que no podrá jamás es volverlo federal. Esto es lo que el federalismo debe saber.

La historia política conoce dos especies de capitales nacionales: la capital formal o convencional y la que podría llamarse capital anatómo-fisiológico. Ambas especies pueden darse separadas en algunos países; en otros, fundidas en una sola. Washington es la capital convencional de un país cuya capital orgánica está potencialmente en otra ciudad o en otras ciudades. En ese país cabe distinguir entre capital federal, que es la mer-

capital convencional, y la capital nacional, o sea la que resume en asunción integradora todo el sistema orgánico. Pero es necesario que el sistema se mantenga en continuo desarrollo, y para ello se debe continuar llamando—capital federal a Buenos Aires, ciudad en que la capital antano-fisiológica ha devorado a la que le dio origen, y a la que se le debe el apodo de capital federal. Buenos Aires es la capital nacional y nacionalista o nacionalizante del país; no su capital. La Nueva York en su país, es fisiológicamente desfederalizadora. Ensordecida por los propios ruidos de su hipersentación nacionalista, se ha olvidado de su deber, y se ha dada sobre el ser nacional a la espera del gran turno sinfónico, que sólo podría granciar el cardenalismo mismo, pero que no puede ser. En consecuencia no puede, traslados de la capital convencional lejos de la capital nacional, y en consecuencia, en el orden constitucional no valen la pluralismos, como en el estado pre-constitucional; no cuentan las soluciones por acuerdo de la mayoría, sino la voluntad del capital convencional; se habría agregado un nuevo eslabón a la cadena que ata todo el sistema a la capital fortuita. El que sólo constituiría un alivio parcial.

Tampoco el ideal federalista podría esperar mucho de las Provincias mismas, en las cuales, definitivamente despotenciadas, subsidiarizadas, filializadas, paritadas al ente nacionalista y centralizador, la conciencia constitucional es hoy totalmente inoperante y nula. Ninguna provincia ha alentado jamás hasta hoy el menor movimiento federalista serio; en ninguna de ellas podría encontrarse una entidad, una asociación, dedicada a sustentar, instruir a la gente en los principios esenciales del federalismo; no podría recordarse siquiera un congreso o una reunión destinados a debatir sus vitales cuestiones.

(Un primer esfuerzo de inspiración privada y puramente patriótica, es decir no comprometido a intereses de partido o industria, aventurado en provincias como afirmación de voluntad federalista —aunque usando poco la palabra a propósito— acaso haya sido el que intentó IPINA (Instituto de Planificación Integral del N.O. Argentino, fundado en Santiago del Estero en 1946). No alcanzó a dar frutos; el gobierno nacional se interpuso, y los provinciales no estaban en

condiciones culturales y morales de interesarse en el empeño. Se habló allí de una "litoralización del interior", reflejando inequívocamente la inveterada mentalidad de polarización sobre un vértice único que preside la conciencia constitucional argentina. Quiso oponérsele esta otra divisa: "mediterraneanización del litoral", más fiel a la vocación propiamente federalista de aquel intento.

La idea de regionalización como supe-
ración de la mera provincia cartográfica,
para nutrir y vigorizar las condiciones de
existencia local, remediando en bloques
orgánicos impotencias individuales, fue el
concepto básico sustentado por aquella
entidad. La provincia no muere actual-
mente con sus límites cartográficos.

Como la Ciudad, que no muere en la
"city", y se expande progresivamente
por la región —"urban-region", mentan
los urbanistas— cada provincia se proyec-

ta sobre otras, no en simple cadena de vecindades de buena voluntad o de voluntades de buena vecindad, sino en intususcepciones vitales, en enchufes interfe-cundantes recíprocos. Las tradicionales divisiones cartográficas no servirían hoy a

razón federalista más que la conciencia política del provinciano, hoy desca-
 zorada de toda voluntad autonomista.
 Los intereses provinciales, en cambio,
 son interprovinciales están definitivamente
 borrados. Bajo la convención categori-
 ca circular hoyamente un enorme
 pre entre provincias un punto en que la
 mera soberanía queda burlada en con-
 venciencias vitales irreconcilables. Como entre
 el catalán. Cada provincia sugiere hoy natural-
 mente la idea de región, con un sentido
 categorico y fundamntador que tiene
 el lenguaje y tradiciones — según la antigua acep-
 ción — que con un imperativo de des-
 centralización orgánica, o sea de interrela-
 ción, salen de sí y se vuelcan sobre otras en
 exigencias biológicas incógnitas. No hay
 ya autogestantes, solo hay interprovin-
 ciales. Las provincias, en suma, son in-
 tereses biológicos comunes en que se
 cumple el equilibrio general dentro de un
 sistema de fuerzas. Esta es la gran función in-
 terprovincial, sin órganos todavía, dentro de
 la estructura constitucional del país, que
 atraxa superintendencia nacional fructu-
 osa.

nosuación para el progreso interno de la nación y las provincias. ¿Hay una Argentina verdadera, acaso cifra simplemente el sentimiento del gran desequilibrio que hay entre Buenos Aires y Capital? La cuestión geopolítica ¿no es también una cuestión social? ¿Sería preferible seguir hablando hoy, como hace años, de "instintos de masas", que sí hace un siglo pedían —dicen teorizadores— la "descentralización" y "autonomías" que hoy piden autonomías democráticas? El federalismo es una compensación a fondo. No vale quejarse del gran desequilibrio que hay entre Buenos Aires y el resto de las provincias. Buenos Aires no le daría fuerza alguna al federalismo por sí misma; lo empobrecería. Pero una cosa es la fuerza y otra es la justicia. Si el federalismo es el orden nacional la fortaleza de Buenos Aires contra la debilidad de las Provincias, la capital tendría la magnitud de una capital de nación verdaderamente poderosa. La acronalía no es un estado.

¿De qué está hecha ahora la realidad del mundo nacional, dentro de la cual necesita orientarse la conciencia constituida en las clases populares? ¿Qué mundo cabe dentro de la política general de aumento creciente de la población, urbanización creciente, creciente industrialización, socialización creciente, crecientes desigualdades, creciente concentración envuelven intrínsecamente la de un progreso creciente de unificaciones y concentraciones, fenómenos que están en la política del desenvolvimiento histórico contemporáneo, son lo que la conciencia política debe tener presente, y a lo que debe dar y además como lo debe forzosamente darse; el mundo padece creciente necesidad de más industria, de más urbanización, de más socialización. Pero en general, ¿cómo juegan y cómo deben jugar en la conciencia política esos datos?

¹ En mi librito *De la estructura mediterránea argentina* (1948) se incluyen referencias sobre los congresos de PINOA y la naturaleza del movimiento cifrado en esa siela.

Canal Feijóo y el federalismo democrático

Bernardo Canali-Férez (1897-1982) fue uno de los pensadores que con mayor persistencia y espíritu crítico abordó el estudio de la estructura constitucional de nuestro país. Dan cuenta de esta preocupación algunos trabajos suyos hoy prácticamente inabundantes y que, como el de este libro, por ejemplo, *De la estructura constitucional argentina* (1948), *Teoría de la ciudad argentina* (1951) y *Constitución y revolución* (1955). Cuando la convocatoria por el gobierno de la Revolución Libertadora a una Asamblea Constituyente colocó el tema a la orden del día, Canali-Férez se dio cuenta de que el debate constitucional argentino había sufrido desde las demandas del presente aquella una injustada actualidad. Nos referimos a *La frustración constitucional* (Losada, 1958), obra en la que el autor coloca al federalismo como el problema nacional por excelencia. Su realización como ideal de la nación, un fin en sí mismo, un fin último, un fin que no puede poner sobre sus verdaderos pies a la nación en la medida en que se constituye a partir de la sociedad y no del gobierno. Vuelve a encontrarse en las páginas de este libro el espíritu que nutrió a algunos pensadores argentinos que, al igual que él, hicieron depender de la existencia de una estructura constitucional adecuada la posibilidad de construir un Aracama de la convicción de que en el pasado argentino es posible rastrear un filón federalista que surge de la tradición democrática y socialista. Intentaremos probarla en una propuesta de lectura que habrá de explicitarse en sucesivas entregas. Incluimos en el libro una serie de apuntes que Canali-Férez escribió en los años de la Capital/Provincias, luego de haber efectuado una puesta al día del balance arbitral.

Feijóo los enumera del siguiente modo

*A cien años de centralización progresiva —política, administrativa— sobre el vértice; la concentración industrial en torno a Buenos Aires; en suma, la capitalización de la Nación (una capital que absorbe 5 millones de los 18 ó 20 de país); b) las unificaciones legislativas en materia fiscal y económica; c) la organ

zación del sistema educacional y la formación profesional; d) el dirigismo creciente impuesto lógicamente por el desarrollo de ciertos factores político-económicos que exigen una vigilancia del Estado para evitar que intereses privados o parciales se subroguen por simple razón de fuerza a intereses generales; e) las tendencias a) la nacionalización de los partidos políticos, o sea la desaparición de los partidos provinciales, habiendo resultado así los partidos sujetos al mismo proceso de centralización, concentración y absorción; b) la cuestión social, o sea el afloramiento de las masas a la vida política excediendo los marcos tradicionales de gremios y partidos en organizaciones unificadoras abstractas por encima de razones de localización; g) el juego de los imperialismos.

...tices algo diferentes de los de la época alberdiana; todo imperialismo es unitarista por dos motivos cuando menos: porque necesita operar sobre grandes planos homogéneos y estables, y porque para verse sobre ciertos países precisa contar con el apoyo del gobierno y el auspicio "moral" de las oligarquías locales, las cuales se han probado siempre, en todo el mundo, particularmente afectadas por el imperialismo.

los 'contactos internacionales' antes que solidarizarse con los problemas propiamente internos o del "pueblo" de su país (estos intereses de minorías "cultas" o distinguidas, como favorables a los contactos extranjeros, fueron ponderados por Alberdi en otro lugar bajo un aspecto de crisis económica, pero no desde una perspectiva argumentativa no haya juzgado necesario ponerlos en la lista de antecedentes unitarios); h) la extranjerización y al par la provincialización de la Capital, bajo la doble avalancha de extranjeros que ignoraban el idioma y costumbres del país, ni le importa, y de provincianos que al verse en ella olvidan su región, pierden el espíritu de localización; i) la cristalización de la mentalidad argentina en un 'nacionalismo' nervioso, cargado de prejuicios y de un 'servicajismo' que no tiene en cuenta la realidad.

A partir de una situación como la aquí descrita (op. cit., 83-84), que se agrava por el hecho nuevo del imperialismo, Canal Feijóo señala que en este proceso de gran unificación "la cadena del devenir progresivo muestra un pez grande devorándose un pez más chico para morir al fin de su propio hartazgozo".

la ley de 1880, pues, tú mismo terminas la disputa verbal. El sentido de la última evolución constitucional argentina, ya dicho, como intuía Alberdi, el resultado de la capitalización de Buenos Aires? ¿Buenos Aires ha hecho "la Nación", constitucional, normativamente, este es seguramente el resultado más importante, finalmente, al fin alberdiano, o el resultado es sólo producto mecánico de su gravitación física de ciudad cada vez más densificada, sobre un panorama de dispersión semidesértica que no sabrían agenciarse otro puerto para la entrada y salida de bienes que importan a su existencia?

Alberdi habría preferido esta segunda hipótesis. El algar de los algarrobos, el

a Buenos Aires en función de la idea de capitalización, por sus volúmenes de fcos, por su posición geográfica, por mala tradición colonialista y hegemónica por sus "poderes de congestión morbosa", por su extranjerismo, decir por una suma de aptitudes materiales u objetivas que iban a confluír, por un rigor gravitacional incontestable,

¹ En mi librito *De la estructura mediterránea argentina* (1948) se incluyen referencias sobre los congresos de PINOA y la naturaleza del movimiento cifrado en esa siela.

¿Por qué Viedma?

Una cuestión capital

Hace muchos años que en la Argentina la audacia ha desaparecido en las acciones políticas. Por eso creo que la idea del Poder Ejecutivo de reformar el estado y trasladar la Capital recién ahora, a tres meses de su aparición, comienza entrar en el terreno del debate que se postuló como necesario.

Sucede que la sociedad argentina se ha desacomodado al intercambio de ideas y se ha acostumbrado, en cambio, a respetar las opiniones de los pares. El resultado de la Capital Federal puede revelarnos algo de esto. El proyecto de ley, dado que tiene todos los ingredientes para ello: permite interpretaciones globales y parciales, lecturas coyunturales y de largo plazo, y admite una gran variedad de quiebres maneos o estratagemas planificatorios. Todo esto se debe a un elemento que es el "proyecto" mismo, que es un "proyecto", en realidad lo que se tiene es una idea. Lo que es una gran ventaja: los proyectos en Argentina tienden a adaptarse a las circunstancias, pero también fuertemente resguardados por los que los hicieron en los empujos e intereses. En este caso, el "proyecto" con parámetros se res discutió, cambiaron las definiciones, atacadas sin que nadie se sienta tocado en sus intereses. Por lo tanto hay que apurarse en el "proyecto" mismo, que es el proyecto (o, lo que es así peor, en el proyecto de tal... Permitíanse agregar,

En primer lugar hay que ser francos: aunque el tema del traslado de la Capital está imbricado en otro mayor que es el de la reforma del estado (sin el cual en realidad es un aparente capricho), las bases para la discusión del gran marco todavía no han sido expuestas. En cambio sí se ha largado a la arena el del traslado de la Capital de los Argentinos. Dedicémonos entonces, y mientras tanto, a ese tema.

Creo que la problemática que gira en torno al tema Capital conviene dividirla en tres áreas: una referida a los fundamentos del por qué del traslado, otra a la elección de la Patagonia como su lugar de destino y una tercera que se refiere a las consecuencias que traería ese traslado a la actual Capital Federal y a Viedma como capital de Río Negro. Toda esta argumentación la haremos sobre la base de los discursos presidenciales que se extendieron durante los últimos años de los gobiernos de Perón y Menem, así como de las intervenciones de los que se encuentran directamente involucrados. En realidad, aunque parezca un material escaso, es suficiente si lo que se discute es una idea: no se puede discutir un proyecto que no tiene en cuenta las primeras confusiones gubernamentales.

La idea del traslado de la Capital Federal como medio para subsanar total o parcialmente los problemas de nuestro país, que se agudizan en los últimos períodos legislativos de los últimos cien años ha been presentado proyectos al respecto. La idea básica es siempre la misma: trasladar la Capital a una zona libre de su población, de su riqueza, de su poder en la Pampa Húmeda (o, más céficamente, en el litoral urbano), y esto es lo que se ha intentado hacer, en 1903, y aun para el país en su conjunto, en 1954, con el macrocefalismo, la cabeza de Goliath u otros griegos más o menos felices, ha sido el mismo muy caro y caro para la "común" de un argentino. Claro que habiendo que profundizar un poco en este tema: configuración espacial de Argentina resalta el hecho de que el traslado de la Capital correspondiente a un país agroexportador como el nuestro, no se puede hacer en función de la producción de carne y granos. Desde ese punto de vista, el modelo fue sumamente eficiente: no hay duda que la producción agropecuaria del país y la

¿Ayuda realmente el traslado de la capital a un nuevo equilibrio? No, si es un hecho aislado: la centralización administrativa no es lo mismo que la concentración económica. Pero, además, ¿por qué Viedma? Las razones geopolíticas invocadas responden, sin saberlo, a corrientes de pensamiento retrógradas. Tratemos que las decisiones políticas audaces, que tanto bien nos hacen, sean respaldadas por un fundamento técnico.

Los Aires su puerto más cercano que los campesinos era necesaria. Podemos hacer el ejercicio teórico y poco útil de imaginar al país de otra manera en ese momento, pero hay que tener en cuenta que Argentina fue un país próspero y desarrollado para los niveles de la época. El posterior proceso industrial tomó de este modelo de concentración la aglomeración en el litoral, y contribuyó acentuarlo: la concentración se debió en buena medida al proceso demográfico de las provincias que habían quedado marginadas al proceso. Yo creo que el problema fundamental está en que el modelo de concentración comenzó a hacer crisis cuando la ciudad exteriorizó su demanda externa terminó: la ciudad central debió de sus posibilidades de mantenerse como un atractivo de migrantes, la pampa húmeda entró en un definitivo proceso de abandono. El crecimiento industrial no pudo continuar.

Esta crisis múltiple no es el resultado de la concentración sino de querer seguir manteniendo un modelo que ya no es viable. Se podría pensar, incluso, que comienza a generar sus anticuerpos: el Gran Buenos Aires está disminuyendo su ritmo de crecimiento muy rápidamente, y en cambio las ciudades del interior (y las provincias en general) están reteniendo su población. Hay un proceso de descentralización industrial, cuyas bases se podrían afirmar sacándolo del círculo estrecho de la extensión impositiva; hay procesos dinámicos de expansión agropecuaria en muchas provincias.

«Ayudaría el traslado de la capital a esta búsqueda de un nuevo equilibrio? Evidentemente no, si es un hecho aislado: la centralización administrativa no es lo que necesitamos. Pero si es un proceso, veamos si no el ejemplo de Brasilia: el poder económico sigue concentrado en el litoral, aunque en teoría las decisiones políticas se tomen en el interior. El traslado de la capital a Brasilia, en lugar de cambiar real, debe ser acompañado por un cambio en los factores que llevan a la concentración económica, por un plan de desarrollo regional armónico. El federalismo no es una fórmula mágica. En Rio de Janeiro, en Tilcara o en Buenos Aires, si viene con una mayor distribución del poder de decisión. Incluso se podría pensar en un traslado de la capital a Buenos Aires y el poder administrativo a Viedma, la situación económica para el resto de las provincias, a lo que habría que sumarle un rubro en el presupuesto externo para cubrir el costo del traslado.

No hay muchos antecedentes internacionales en los cuales afirmarse: en algunos casos sólo se trasladó el gobierno (Cámbora o Brasilia), en otros la situación sólo es muy diferente para semejantes países. Bonaes es el ejemplo: al perder la capital en Zárate o en Carlos Paz, esto es, aprovechar la cercanía de un gran centro urbano preexistente. No cabe duda que la idea tiene sus problemas y tanteos.

Y además otro desafío: ¿por qué se eligió Videla? Echemos un pidoazo momentáneo de olvidos sobre los argumentos esgrimidos por el equipo técnico que debió salir al cruce para justificar a postea la elección de Videla como jefe de gobierno (después de la última etapa presidencial) (parte de este tipo de argumentos, aparte de la dura vida del funcionario

público). La idea es que estando la capital federal en Viedma-Carmen de Patagones y desarrollando la región, se modificarían algunos supuestos problemas de la Patagonia: que está vacía, que a pesar de su importancia estratégica se encuentra en situación vulnerable, que representa una frontera expuesta, que ha sido abandonada a pesar de presentar un futuro promisorio.

Pués bien, ¿cuánto de esto es cierto y cuánto es parte del mito que los campesinos criollos de la geopolítica nos han hecho creer? El tema de la infiltración en las ideas —por darles algún nombre— provenientes de la geopolítica es muy interesante, y podría ser objeto de otro debate. Todo el mundo en la Argentina invoca la geopolítica para explicar los problemas y consecuencias geopolíticas, repitiendo sin saberlo el discurso de una de las corrientes de pensamiento más retrógradas de que se tenga noticia en este siglo, el de la geopolítica alemana, que afirma que sólo deben diseñar sus destinos en función del conflicto permanente con sus vecinos, haciendo casi omiso de problemas económicos, sociales y políticos reales. En la Argentina, la geopolítica es un y manipero de cartografía caprichosa. Hasta nuestro presidente, un modelo de democracia y civilidad, está influenciado por la geopolítica. ¿Por qué? ¿La geopolítica la que nos ha hecho creer que la Patagonia está vacía: ¿vacía de qué? ¿Cómo va a estar vacía la Patagonia si tiene graves problemas de sobrepoblación? ¿Cómo puede estar vacía la Patagonia si tiene en mente cuando se dice que falta población? ¿Qué idea trasnochada es la de que si está vacía "alguien la va a ocupar"? Incluso el grupo de arquitectos que se quiere dispersar, seguramente involuntario.

Creo que es hora de que los argentinos pongamos los pies sobre la tierra en algunas cosas. Los autos a nuestro alcance no pueden ser el símbolo de la misma forma que lo ha sido la pampa o el noreste porque simplemente no existen. Los autos nuevos, el petróleo, un poblamiento denso, aunque debamos seguir pensando que si no la pablamos la perdemos: el mundo no funciona así. Los autos nuevos, el petróleo, los mongoles andaban por Europa o los norteamericanos por México. Si pensamos que los chilenos nos van a quitar la pampa, que los argentinos nos van a quitar los autos y, en el mejor de los casos, nos equivocamos de enemigo. En realidad el mundo está cambiando. El desarrollo de nuestra Patagonia, con la ayuda de sus emigrantes los trabajos menos calificados y duros que ningún argentino puede hacer, el petróleo, el gas, el desarrollo de petróleo en la Patagonia, aceptando recibir cambio cambio sudor, desconfianza y desprecio de nosotros, que los argentinos y los argentinos que viven en los barrios periféricos y escondidos

Y con respecto al tema de la Patagonia

bandonada a pesar de sus recursos: en esta región el país ha efectuado las inversiones más importantes de los últimos años. Sin embargo, el país no ha invertido en provincias realmente abandonadas como Catamarca o Formosa. Esa ha generado una activación de la economía patagónica y ha producido —y produce— un crecimiento económico que en muchos casos han tenido problemas graves para su asentamiento. ¿Cuánto más se debe invertir en Patagonia? Por supuesto, mucho más. Pero ¿cuánto? ¿Significa invertir menos en el norte? Se podría decir hoy que hay que invertir en la Patagonia y no en el noreste, donde no hay recursos, pero ¿qué hay en el noreste, recursos hídricos? ¿O en el noroeste, donde también hay problemas graves en la producción y distribución de servicios básicos? ¿Hay que invertir en el norte? ¿Hay que invertir en la Patagonia? ¿Qué inversión debe ser armónica con la del resto del país y que las prioridades deban surgir de un plan global de desarrollo económico y social? ¿Hay que abandonar derivaciones geopolíticas. La Patagonia tiene una serie de recursos ciertos: energía

hidroeléctricas, combustibles, pesca, recursos forestales, ninguno de los cuales se podía sino ser capital, para producir un proceso de poblamiento importante: su puesta en marcha tiene que ver más con la implantación de capitales que con la instalación de población. Para la mayor parte de la Patagonia el futuro no es agrícola, sino ganadero, y la ganadería no produce, pudiendo hacerlo en el resto de las tierras desprovistas del país que ofrecen mayores posibilidades a mucho menor costo, estaría realmente haciendo un flaco favor a la justicia y a la equidad. En cambio, el futuro de las zonas reales y la Patagonia según sus posibilidades reales y, si surge de un plan coherente y maduro, instalemos allí la capital de los argentinos. Pero tratemos que las decisiones políticas audaces, que tanto bien nos han dado en las respuestas por un fundamento teórico.

Nos queda un tema: ¿Qué hacer con la actual Capital Federal y con la capital de Río Negro? Este último es tal vez el punto más positivo de la idea del traslado: inevitablemente Río Negro deberá ser la capital de la provincia, haciendo justicia a un viejo y fundamentado anhelo rionegrino por lograr coherencia entre sus áreas productivas y de decisión política.

Lo de Buenos Aires es más espinoso: al poco tiempo de salir a la luz la idea del traslado, se han presentado ya una serie de variantes, de proyectos sobre qué hacer con la Reina del Plata. Los cien barrios porteños y los veinte partidos del conurbano se distribuyeron de una y mil maneras, y se enfrío en un cambaleo de posibilidades. Pero, ¿se lanzará o no el viejo ingenio, no de una ciudad donde viven 10 millones de argentinos

Curiosamente, ninguno de estos pe-
cosos se ha preguntado si existe algún me-
canismo democrático para inventar una no-
ción de "bienestar" que sea relevante para el
futuro de Buenos Aires? ¿Es posible
inventar una, dos o más provincias, sacan-
do y poniendo piezas de un rompecabe-
zas? ¿O es que una unidad política tiene
que ser una entidad geográfica que los
habitantes lo que tienen que decidir?
Porque ya tenemos un mal ejemplo en
este de crear divisiones interprovinciales
sólo con papel y lápiz: justamente en la
zona que debería ser la más homogénea,
que separa a las provincias de la región
son totalmente caprichosos y no respon-
den a la configuración geográfica ni a la
áreas de influencia de cada provincia. La
zona de influencia de la provincia de Bu-
enos Aires es un tema político mucho
demasiado serio para ser dejado sólo en
manos de los políticos: debe haber tanto
un estudio técnico como una participa-
ción ciudadana. Los intereses de los ha-
bitantes que se ven afectados,

El debate sobre el traslado de la Capital está abierto y es necesario que todos participemos, hablando y escuchando, para que la idea audaz se transforme primero en un proyecto imaginativo y luego en una realidad dinámica.



Hirschman: un heterodoxo militante

lbert O. Hirschman pertenece a esa brillante emigración intelectual europea que para sustraerse a la tiranía fascista y a la persecución de los nazis buscó refugio en América y en otras partes del mundo en los crueles años de entreguerras.

Esta penosa circunstancia tuvo, no obstante, un efecto revolucionario sobre el curso de la cultura americana y europea, y en especial sobre la evolución del pensamiento social. El desafío que representó una vez más a la cultura americana fue el gran período de los *living suspendeds* "entre dos culturas" — como agudamente observó Stuart Hughes en un memorable libro dedicado al tema— favoreció antes que dificultó la actividad creativa de figuras excepcionales de la cultura. Recordemos que entre ellos estaban precisamente los más importantes representantes del gran período, literatos de la magnitud de Thomas Mann o Bertolt Brecht, filósofos como Ernst Bloch, Peter Benjamin o Ludwig Wittgenstein. A estos nombres podríamos agregar los de aquellos que anclaron en nuestras tierras, el Mondolfo, Treves, Trencher, Sánchez Albornoz, Juncos, y otros, que estudiaron en Europa, pero que, aguardando estos tiempos generoso y exhaustivo que aún les debe la cultura argentina.

Es tal vez esa suspensión en el cruce de distintas culturas lo que ha contribuido a darle a las preocupaciones hirschmanianas sobre el desarrollo económico en general, y las vicisitudes de América Latina en particular, ese sesgo inusual que las caracteriza y que hace de él, antes que un economista *in stricto sensu*, un crítico o un filósofo de la naturaleza humana y del funcionamiento de las sociedades modernas. Su libro *Las pasiones y los intereses*, o la aún más reciente recopilación de ensayos que lleva en español el sugerente título *De la economía a la política y más allá*, muestran a un inteligente destructor de esquemas, a un heterodoxo militante contra el estrechez de mira de una disciplina cada vez más limitada. Evidencian, en fin, a un hombre preocupado por asuntos que van más allá de los problemas que aquejan al mundo y en particular a nuestra América.

J. A.



Acerca de la democracia en América Latina

Albert O. Hirschman

1

Necesariamente, el pesimismo debe ser el punto de partida de cualquier pensamiento serio acerca de las oportunidades que

tiene la democracia de consolidarse en América Latina. La causa principal de este pesimismo es sencillamente lo poco prometedor de los antecedentes históricos. A este respecto, la reciente desintegración de los supuestamente bien atrincherados regímenes autoritarios en Argentina, Brasil y Uruguay y el aparente vigoro de las nuevas corrientes democráticas en estos países no necesariamente son datos alentadores. Parece que la característica omnipresente de *cualquier* régimen político en los países más desarrollados de América Latina es la inestabilidad. Y esto afecta también a las formas políticas autoritarias.

No tiene mayor sentido buscar la causa primera de esta inestabilidad. Su fuerza y duración sugieren que intervienen en ella toda clase de factores, convergentes e interrelacionados, desde la estructura cultural y social hasta la vulnerabilidad económica. Del mismo modo, es inútil establecer "supuestos" para consolidar la democracia: esto sólo serviría para montar un esquema completamente utópico, orientado a cambiar todo lo que ha sido característico de la realidad latinoamericana y equivaldría, por lo tanto, a desecharla.

3

Una manera singularmente perniciosa de pensar en la consolidación de la democracia

pensar en una manera que podría transformarse en un obstáculo a esa consolidación y que de hecho lo ha sido en el pasado— establecer condiciones estrictas que habrían de ser cubiertas para que la democracia tenga una oportunidad genuina de prosperar. Alrededor de la consolidación dinámica de la economía nacional, mejorarse la distribución del ingreso, reafirmarse la autonomía nacional, aumentar el espíritu de colaboración entre los partidos, que la prensa libre y el sistema judicial sean capaces de reestructurar las relaciones cotidianas entre la gente, etc. Mi hipótesis es que resulta mucho más constructivo pensar en cómo puede la democracia sobrevivir y hacerse más fuerte ante, o en lugar de, ser seriamente amenazada por situaciones continuamente negativas en muchos de estos campos.

4

La inferencia que debe hacerse de esta postura va a contramano de una buena parte del pensamiento usual en ciencias sociales: en vez de buscar las condiciones necesarias y suficientes del cambio, debemos entrenarnos a nosotros mismos para poder ver desarrollos históricos inusuales, raras constelaciones de hechos favorable

caminos estrechos, avances parciales que podrían dar paso a otros más amplios, cosas por el estilo. Debemos pensar en lo posible más que en lo probable.

5

He aquí tres caminos para entrenarnos e pensar acerca de estas cuestiones:

a) Puede ser útil contemplar la posibilidad de una disyunción entre condiciones políticas y económicas que solían pensarse como indisolublemente ligadas.

Desde la destrucción de las frágiles democracias de Weimar y de la Segunda República española en los años treinta, se ha considerado axiomático que un deterioro de la situación económica sea fatal para una democracia joven. Sin embargo, experiencias más recientes han demostrado que en tiempos históricos diferentes la conexión es mucho menos rígida. Los nuevos regímenes democráticos de España y Portugal han pasado bastante bien

los serios disturbios económicos que siguieron al segundo shock petrolero en 1978 y la recesión mundial 1981-1982. Esta recesión fue particularmente aguda en Brasil, llevando a niveles sin precedentes el desempleo industrial en un país donde no hay ninguna protección contra esa eventualidad. Sin embargo, la "apertura" política iniciada por el régimen en 1974 siguió adelante y fue seguida por la presente fase de "democratización", durante la cual la censura fue levantada y

poder político regresó gradualmente a los cuerpos y funcionarios electos. El paso final de este largo proceso será la elección de presidente por voto popular directo por primera vez en veinte años, no habiendo sido fijada aún la fecha de ese evento.

b) Se debe también contemplar la posibilidad de avanzar en un estilo que he bautizado con el nombre de "viento de los dos objetivos": altamente desahogado como ser un respetuoso puntilloso hacia las instituciones democráticas y una economía más próspera con una riqueza más igualitariamente repartida, es concebible que determinada sociedad pueda, en cierto momento, moverse en una de las direcciones sólo a costa de perder algo del terreno en la otra. A condición de que en su momento el movimiento sea revertido y se avance al fin en ambas direcciones, aunque en cada momento particular uno se esté alejando de una de las dos metas.

c) No creo realmente que la situación esté tan saturada de dilemas. Aunque no todas las cosas buenas necesariamente van y van juntas, no parece razonable afirmar que nunca lo hagan. Lo cierto es que un país que experimenta un nacimiento o renacimiento de la democracia encontrará que hay muchos otros cambios imaginables, deseables por sí y pasibles de ayuda a fortalecer la democracia; pero se encontrará además con que algunos estarán más

al alcance de la mano que otros. La tarea será entonces observar esas diferencias (en lugar de caer en nociones preconcebidas sobre prioridades) y aprovecharlas para el bien de la gente que se abraza. Así, como consecuencia de los regímenes dictatoriales del pasado reciente, hoy verifica una fuerte y amplia reacción contra la corrupción política. En consecuencia, deseo igualmente extendido de participación. Además, han aparecido en Argentina, Brasil y Uruguay muchas nuevas formas de movilidad y enriquecimiento de grupos que abogan en Argentina por los derechos humanos hasta los movimientos de origen católico conocidos en Brasil como *Comunidades Eclesiásticas de Base*. En consecuencia, me parece que será favorable para introducir valores democráticos de tolerancia y discusión abierta no sólo en el proceso político sino en la vida cotidiana y en los planes de conducta de grupos e individuos.

6

Este puede ser un momento propicio para reflexionar sobre la naturaleza de los valores cuya difusión social es importante para la consolidación de la democracia. En un libro brevemente la atención sobre dos contribuciones recientes en este campo, que veo como complementarias. El experto en ciencias políticas Adam Przeworski, en 1984, ya había señalado en un artículo que en su versión portuguesa se llamó "Ame la incertidumbre y será democracia" (*Novos Gratos*).

La diferencia básica entre democracia y autoritarismo es que, en la primera, la incertidumbre acerca del curso de la acción política es una característica visible y deseable. En el autoritarismo, en cambio, depende de los inciertos resultados de las elecciones populares.

empezar a tramar un golpe, un movimiento guerrillero o una revolución. Con esta condición la sociedad puede vivir una experiencia democrática mientras que no se ve dividida en dos o más campos antagónicos, sin que nadie cambie de opinión. Los principistas a los cuales los autoritarios se refieren, dicen que al menos ellos sí lo creen— a mantener posiciones completamente articuladas sobre todos los temas políticos presentes y potenciales, fuera de y antes de cualquier deliberación— como la campaña electoral o proceso de acción política.

«Usted siente, sin embargo, que una sociedad cuya actividad política están tan segmentada por los intereses de grupos tan innumes a los argumentos de otros es demasiado difícil para un proceso democrático. Por esta razón, las oportunidades para el autoritarismo se multiplican y aumentarán si se satisfacen algunas condiciones más exigentes que una mera elevación

En un régimen autoritario, la certeza acerca de la futura acción política no es completa, pero hay muchas más seguridades acerca del tipo de políticas y direcciones que nunca se habrán de seguir. Así, según el teórico francés Bernard Manin.

El desafío de navegar contra el viento

Me siento inclinados a pensar que una reflexión como la de Hirschman no habrá de agradar a muchos políticos y científicos sociales. Y acaso por una doble razón: a los primeros, porque va exactamente en contra de lo que ellos consideran como el deber de la política, aunque no siempre a contramano de actuar político concreto si no olvidamos la distancia que por lo general media entre lo que se piensa o cree y lo que efectivamente se hace. En consecuencia, para el segundo, el desgrado tiene una motivación distinta. Avanzar en el razonamiento de Hirschman, si aceptamos que ello es posible, significa de algún modo salir del campo de la ciencia de la política para ingresar en la política misma. En todo caso, el desgrado tiene una implicación y contingencia respecto de lo que indica la racionalidad objetiva del actuar y que por ello mismo se convierte en el campo propio de la decisión política.

Hirschman tiene la rara virtud de romper con una tradición que se ha empeñado en privilegiar un tipo de actitud que instala el problema de la política en una embudo crítico desde el cual se lo puede afirmar, como alguien dijo, con los ojos de una ciencia, sino con los manos de una práctica transformadora. Y tal vez, desde cierto punto de vista, incluya en su menú mucho más a marxistas de lo que el propio autor cree,

Si no es conveniente, ni útil, razonar en términos de condiciones éticas que deben ser cubiertas para que la democracia sobreviva, los científicos sociales están condenados a correr detrás de los hechos, a sólo dar cuenta de lo ya acaecido. Si es posible determinar, como es el caso, que las condiciones necesarias y suficientes para el cambio ya están presentes, como lo están presentes en los países sudamericanos que encaran procesos de democratización, la democracia es entre nosotros un imposible. Y por lo tanto no cabe esperar que el futuro sea otro que el presente, el estado de derecho en Argentina, Brasil o Uruguay.

un genuino proceso democrático implica que mucha de la gente que participa en él tenga sólo una idea inicial aproximada y algo incierta acerca de varios temas de política pública. En contraste con el aire de certeza con el que los candidatos al gobierno anuncian sus puntos de vista, las posiciones finales de muchos votantes y activistas emergen sólo cuando tienen lu-

par un debate real y deliberaciones prolongadas de los temas en cuestión, como parte de los procesos legislativos y electorales. El primer objetivo de estos debates es poner sobre la tapeta nuevos datos tanto como nuevos argumentos. Como consecuencia de esto, las posiciones finales pueden estar a cierta distancia de las que se sostenían al principio, no sólo en el plano de los hechos, sino en el mismo político con las fuerzas opositoras.

Así, a la aceptación de Przeworski de la incertidumbre de los resultados Manin agrega, como una característica de la democracia, un grado de incertidumbre por el cual los ciudadanos no saben por qué camino a tomar o, por lo menos, de la validez de sus propias opiniones sobre varios temas. Esta incertidumbre sólo podrá resolverse en el curso de deliberación pública, avanzando adelante en varios foros democráticos.

Manin y esta incertidumbre, esta ausencia de una inflexible posición apriori, y la subsiguiente deliberación sobre el camino a seguir, como un sustituto del utópico, rousseauiano requisito de unanimidad de la voluntad popular para establecer una forma democrática de gobierno. Por consiguiente, ve a la incertidumbre y al proceso deliberativo posterior más como un ideal al cual habría que acercarse que como un requisito rígido para una sociedad democrática.

Este análisis es, sin embargo, capaz de echar luz sobre nuestro objeto. Nos permite advertir que una ausencia absoluta de este tipo de incertidumbre y una falta total de apertura a nuevos datos y a la

José Arión

pienso como si lo hacen
 de Hirschman sea circo
 negativa a pensar en térmi-
 na incluyendo dos actitudes
 "para consolidar la demo-
 lemas, que ofrecen el esco-
 mpartidas por la cultura po-
 En las actitudes apelan al costado
 tanto los supuestos desig-
 a la productividad del
 porque si se abandona el
 er tipo de "causa primera"
 ca de la condición, y si se su-
 poixitan las regiones, estas ex-
 gracia sobreviva, esto impli-
 una forma de pensar la
 los elementos fundantes, las dos
 las que hablan Przeworski

to introduce, como lo hace de tomar conciencia" apela cultura encierra de imaginarias del pensar capaces de existente, de erosionar, en ensamiento plegado a la fuer- to creo que esto sea algo de arriesgo a afirmar que es del problema. Porque si estabilidad —no sólo la de autoritaria, y el derrumbe per explicado satisfactoria-

opiniones ajenas es un peligro real para el funcionamiento de una sociedad democrática. Muchas culturas —incluyendo la mayor parte de las latinoamericanas que conozco— asignan un valor considerable a tener desde un inicio opiniones fuertes sobre virtualmente cualquier cosa y a ganar una discusión más que a escuchar y encontrar que ocasionalmente podría aprenderse algo de los otros. En esa medida están básicamente más predispuestas a políticas autoritarias que a políticas democráticas.

El asunto puede ser planteado así: para que un régimen democrático tenga alguna oportunidad de sobrevivir, sus ciudadanos deben estar dispuestos a aceptar los resultados de los plebiscitos, aun cuando éstos sean desfavorables. En el caso de los plebiscitos de 1988 en Argentina y Uruguay, el apoyo de la mayoría de los votantes a los resultados de los plebiscitos, aun cuando éstos fueran desfavorables, fue una dosis de incertidumbre de Manin: la conciencia por parte de los ciudadanos de que antes del debate democrático, ellos no sabían si el resultado de los plebiscitos acerca de cuál es la solución correcta a los problemas en juego. La cultura preva- lente puede ser fuertemente contraria a la cultura de la incertidumbre de Manin, pero especialmente contraria a la de Ma- nin. Los recientes regímenes autoritarios en Brasil, Argentina y Uruguay pueden haber sido capaces de sobrevivir a pesar del final de políticas en que ambas clases de incertidumbre estaban completamente ausentes de las mentes de los principa- les actores políticos. Pero la ausencia de esos regímenes puede implicar un cuestionamiento de esos hábitos mentales, no sólo en los países en que los regímenes au- toritarios están profundamente arraigados, sino en todos.

10

Tomar conciencia de la existencia de un desajuste importante entre la cultura prevaleciente y el tipo de actitud que se

requiere para la democracia es un paso adelante para superar ese desajuste. Providencialmente, y a-marxístamente, refinar nuestra interpretación del mundo significa, en este caso, componer un cambio.

Es ésta, repito, la que nos caracteriza, es pensar una salida sin ese duro aprendizaje que nos obliga a la reflexión. El aprendizaje comienza con el viento al que nos invita el auto antes de aprender a avanzar a contrapelo de las olas. Los estudiantes si queremos construir un camino de aprendizaje, si queremos aprender a aprender, tal como lo piensa la tradición polifónica, no puede agotar en si mismo la apatencia que nos permite a los hombres superar un orden establecido. El aprendizaje es un aprendizaje más que un discurso democrático para que los discursos de nuestros actos cotidianos no mutilen la participación de un porvenir deseable que, en la medida de lo posible, sea un porvenir humano. Este algo más, esta excedencia de lo que genera el discurso sobre lo aún no admitido postergación alguna y nos obliga a que ningún orden social es posible si la vida humana no se encuentra en un mundo peligroso de las aspiraciones y de los deseos.

En su libro sobre la republica de Weimar, el autor señala como un hecho sintomático de la crisis de la democracia el hecho de que se fuera en la Alemania de posguerra un proyecto mismo; como si un sistema político de emergencia no se mostraba capaz de desperdiciar los recursos de la guerra para ser usado para los ingleses resultaría absurda no sólo a los alemanes, enfermos de exaltación romántica, sino nosotros, latinoamericanos, nos sentimos atraídos por el romanticismo. Los románticos tenemos también enfermos de romanticismo en las cosas y no hay posibilidad alguna de la democracia si se pretende salvar este romanticismo del viento, si, pero tiene que ser por el futuro.

man nos da con su trabajo una lección de
aunque también de imaginación. Nos quita
ras con las que nos permitimos aceptar lo
b la inexorabilidad de un destino. Nos dice,
nado realismo, que puesto que nuestros an-
históricos nos condenan a la inestabilidad,
no aferrarse al pasado para sobrevivir. Si,
vivimos los tiempos que habrán de permiti-
rnos de ese pasado, sin pretender silenciar-
le que la suerte futura de la democracia en
a muy otra que la que hoy nos angustia.

Una elección

Entre lo escaso y duro y lo abundante y blando

Héctor E. Leis

n corte sincrónico (circunstancial) en la realidad democrática permite distinguir fácilmente dos *modos operandi* de la política: uno consensual y otro disensual, hecho que considero inevitable por naturaleza y por tradición. Creo que de esta nítida sincrónica, así como del equilibrio y entrecruzamiento diacrónico (histórico) de ambos modos, dependerá la calidad de la democracia. De aquí que, si en nombre de transformaciones o de tradiciones varias, la acción política descuida el mantenimiento de dicha relación en el seno de la comunidad, la democracia acabará por derrumbarse. La democracia es reformista, y en esa suerte de dialéctica entre consenso y disenso reside el secreto de su perdurabilidad.

la democracia le hace muy má la postura voluntarista que la de la desilusión y descuida el consenso, tanto como la postura conservadora que hace lo contrario. A la larga o a la corta los actores de una u otra postura son llevados (la historia está así) a replegarlo a reivindicar un ejercicio autoritario del poder ante el desfase de su proyecto respecto de la única real de la sociedad. Esta acción no solo destruye la democracia y el diálogo que le ofrecen es indolente: sus acciones pueden consistir en los límites simbólicos para la acción política.

liza el aludido equilibrio entre consenso y disenso se entiende mejor al propósito del problema de la representación política. Es indudable que la representación es la pillar fundamental de la democracia, pero ¿cómo se logra, con el reciente ejemplo de la Argentina, el logro de un sistema eficiente de representación se hizo cada vez más difícil. Los partidos revolucionarios, que consiguieron tener un modelo de representación que se adecuaba mejor a sociedades poco complejas (para decirlo así), se vieron obligados a los cambios necesarios de orden universal (abstracto) —poco importa aquí que el orden sea "nuevo" o "viejo"—, ante los cuales la representación interestatal, que se emergen en las sociedades complejas no ordenó otro remedio que subordinarse.

En el caso de fallarse en una sociedad compleja que se desenvuelve en una situación autoritaria, estos partidarios sus representaciones en el plano simbólico, ya que el ciudadano no tiene condiciones prácticas para experimentar una realización de los intereses particulares. Pero, si la situación es democrática, sus representaciones tenderán a hacer agua. La posibilidad que ofrece la democracia para experimentar la realización de los intereses, y a su vez, la supervisión de los intereses contrapuestos lleva a los ciudadanos a debilitar sus lealtades hacia los actores que intentan jerarquizar de antemano los problemas. En consecuencia, cuando los ciudadanos no quieren cambiar, no vacilan en establecer una lucha contra la propia democracia, pues la lógica de una estrategia que no es capaz de tratar nuevas cuestiones de fondo, sólo puede ser el resultado de un consenso o de desinso, según el caso.

Desde esta perspectiva, la lúcida tesis de Hirschman, según la cual los actores de grandes certezas contribuyen o predisponen más autoritariamente a la democracia, podría ampliarse sugestivamente (por mi cuenta y riesgo, claro está). En efecto, teniendo a creer que la cultura política de la certeza es el origen conservador y revolucionario a la vez, por el hecho de tener como denomi-

América Latina a lo largo de la última década ponen de manifiesto la renovada, multilógos por la cuestión democrática. Sin embargo, éstos no siempre han sabido reducir a algunas visiones heredadas del pasado anterior. Este artículo sostiene: supone que el progreso de la teoría democrática exige redefinir las cosas entre otros campos (en particular con la cultura). Al menos en el estado actual de la teoría, asume que el carácter problemático de su desarrollo obliga –tal como sugiere Hirschman– mucho más a la innovación que a la repetición.

do. Así, por ejemplo, encuentro significativa la abundancia de bienes políticos que ofrece hoy Brasil, en comparación con la Argentina, situación que permitiría pronosticar una mayor ventaja de nuestro vecino en el proceso de consolidación de su democracia.

stas notas suponen que el pasaje de una escena pública escasa de temas en debate a otra de abundancia implica, de alguna manera, el pasaje de actores públicos escasos a actores públicos abundantes, puesto que en razón de las consideraciones propias de la democracia no es posible hacerse cargo de un debate polimorfo y creciente con sólo unas pocas verdades en el fondo. A la vez, en la búsqueda de preservar el carácter de un discurso o de su revolucionarismo, esos actores se valgan de sus pocas verdades para descalificar sin más aquellas cuestiones que escapan al control de sus núcleos y espárciamente cultural. En fin, lo que trato de mostrar es que los bienes públicos pueden valer lo que determinen, la cultura quiere que valgan. Y, a su vez, que una cultura política puede modificarse a partir del acceso de nuevos bienes a la escena pública. Como conclusión, entonces, cabe señalar, sugiere que la abundancia de bienes en discusión en la arena pública tiende a modificar la cultura política ablandando las representaciones, que en realidad son quienes hacen las veces del apropiado y de la figura pública. Los bienes en disputa. Este ablandamiento no sólo permite un intercambio de bienes impensable por los actores duros, sino que para los representados "abarrata" el costo de la defensa política.

Però esta conducta no se corresponde con el marco del debate abierto propio de las instituciones de la democracia. Al ser un espacio público, este tipo de actuación que se emplean en el mismo ridículo en que se situaba aquel individuo que —según recordaba George Orwell— decía que todos los obispos tenían un dedo en la mano, para que la raleza tal vez puedan sobrevivir en la complejidad de una mesa de café, pero no resisten el desafío de ser sostenidas ante un público cuando se les pide que vuelvan a ella. Y en ese mismo ridículo también irán quedando aquellos actores que suponen que todos los discursos del adversario son "cortinas de humo". Porque, lo sea o no, el discurso de la "maldición del obispo", la existencia de un debate público los obliga a profundizar los temas con argumentos, so pena de transformarse en una pura y simple representación... o la representación misma.

oro dejemos hablar al abogado del diablo. Este podría decir que el diseño y el consenso afectan áreas diferentes y de allí la inevitable jerarquización de algunos temas y la descalificación de otros, de acuerdo con la importancia real de los problemas. En esta línea podría sugerirse que en una sociedad capitalista una política cultural no puede nunca equipararse al valor de una política económica. O, lo que es lo mismo, que la abundancia de bienes culturales en una sociedad no es sino una escasez disfrazada.

ya que la verdadera abundancia reside en los bienes codiciados por muchos. Reconozco que éste puede ser un buen argumento, siempre que se admita el uso de apriori. Este argumento pide que la política se constituya desde un principio (moral o ideal) externo a la misma. Si yo me niego a aceptar cualquier apriori (y en consecuencia a aceptar la existencia de un valor político más elevado que la mujer, de la misma manera como un salario puede ser un valor político más elevado que cualquier bien establecido, simplemente que cualquier bien establecido, con excepción de la naturaleza humana, no tiene una prioridad así en él), entonces, la constitución de la política así lo establece (por consiguiente

*El esarismo tradicional de la política argentina no es algo de lo que tengamos que vanagloriarnos. Sin embargo, creo que es uno de los factores que es del César. Quiero decir con esto que, en la Argentina de hoy, Alfonsín (no así el Partido Radical, que en este sentido no se diferencia demasiado del resto de los partidos) tiene el importante mérito de abandonar la política a través de la abundancia de temas que llamó a acumular en el día de la elección. En consecuencia habría sido impensable años atrás por los actores para una sociedad "mativizada", endureci-

*El cesarismo tradicional de la política argentina no es algo de lo que tengamos que vanagloriarnos. Sin embargo, es bueno dar al César lo que es del César. Quiero decir con esto que, en la Argentina de hoy, Alfonsín (no así el Partido Radical, que en este sentido no se diferencia demasiado del resto de los partidos) tiene el importante mérito de ablandar la cultura política a través de la abundancia de temas que lanzó y acumuló en el debate público, situación que habría sido impensable años atrás por los actores para una sociedad "malvinizada", endurecida y desconfiada.

nombre, en el que concuerdan los estudiosos de política de sociedad policéntri-

disciplina de partido a través del secreto, ¿no son acaso señalados no "francotiradores", es decir como

Libros

Un deshidratado libro sobre Lenin y América Latina

Un vicio por demás frecuente ha llevado a identificar a Lenin con el leninismo. Y no es, por supuesto, que el uno no tenga nada que ver con el otro, sino que se trata de fenómenos, aunque relacionados, distintos. El resultado fue la constitución de una vulgata a la que pomposamente se denominó leninismo y que aún sigue inspirando las elaboraciones teóricas y políticas de corrientes amplias de la izquierda. Esta ideología predomina no sólo en los mal llamados países socialistas, donde cumple la función de ideología legitimadora del poder sino entre quienes se presentan en América Latina como participantes de la única, verdadera y legítima izquierda revolucionaria. No es difícil demostrar hasta dónde dicha identificación es falsa desde una perspectiva teórica e histórica política, aunque no creo que esto último preocupe demasiado a corrientes que habitualmente manifiestan un pronunciado desprecio por la veraz reconstrucción histórica de su patrimonio ideal. Basta, por ejemplo, una mirada superficial de los documentos incluidos en el libro de François Criqui, *Drápé de la revolución cubana* (Barcelona, 1976) para descubrir cómo fueron deformadas las vicitudes de la insurrección cubana dentro de los tiempos de la división internacional del trabajo. Eran las características específicas de esa inserción las que permitieron a Lenin definir a Rusia como "el eslabón más débil de la cadena imperialista". En su doble análisis de la crisis del estado rentier y de la modernidad perversa del capitalismo de los dos tercios que la sostuvieron: la de los comunistas en la ciudad, la de los castristas en la sierra. Cuando así se oculta los rostros de la revolución y los cinco primeros años que la siguieron, los "datos del Che" de tanta significación para lo peor y para lo mejor no sólo en la historia de Cuba sino en la de toda América.

El leninismo constituido, en realidad, un pre-

stido ideológico de los tiempos de la III Internacional, que tuvo en ese momento "el discurso" de Lenin que fue Zinóviev a su primer alquímico. La lista de los que le sucedieron es tan vasta que ni vale la pena enumerarla, pero no habría que olvidar el hecho de que la manipulación del pensamiento del revolucionario ruso sólo pudo hacerse a expensas del supuesto teórico de su concepción de la política y de la revolución proletaria. Una concepción que tiene una relación conflictiva con el marxismo de la II Internacional y supone un análisis particular de los cambios morfológicos ocurridos en la historia del capital desde fines de siglo en el mundo, y especialmente en Rusia. Para Lenin, el paisaje del capitalismo a la fase imperialista no supone únicamente transformaciones de orden económico sino también, y sobre todo, transformaciones de las funciones de las clases intermedias, acentuando su capacidad de consumo y convirtiéndolas, además, en el soporte fundamental de una organización desde lo alto, y en el interior del estado, la fuerza de trabajo. La expansión de un estado rentista permite la realización de una forma particular de hegemonía que se asienta sobre una inaudita ampliación de sus bases materiales. La política leninista encuentra así su punto de sustentación en el cambio de las funciones y de las relaciones políticas entre las clases que resultan de la dinámica del imperialismo. A su vez la especificidad de Rusia, en la edad imperialista, ya no debió buscarse en su atraso productivo y político como tal sino en la manera en que éste quedaba insertado dentro de los tiempos de la división internacional del trabajo. Eran las características específicas de esa inserción las que permitieron a Lenin definir a Rusia como "el eslabón más débil de la cadena imperialista". En su doble análisis de la crisis del estado rentier y de la modernidad perversa del capitalismo de los dos tercios que la sostuvieron: la de los comunistas en la ciudad, la de los castristas en la sierra. Cuando así se oculta los rostros de la revolución y los cinco primeros años que la siguieron, los "datos del Che" de tanta significación para lo peor y para lo mejor no sólo en la historia de Cuba sino en la de toda América.

El leninismo constituido, en realidad, un pre-

de modernización bajo la dirección obrera y la dictadura del proletariado no otra cosa que una relación sea inversa y la dirección del proceso de industrialización. Pienso que no se puede analizar el fenómeno y la acción de Lenin fuera de estos problemas de carácter teórico e histórico. Lenin y los que le pretendían dar respuestas. Sólo con relación a tales problemas vale la pena intentar hoy un examen analítico al margen de la sacramentalización de su pensamiento, no ha de resultarle difícil poner de relieve las insuficiencias de su análisis respecto de la situación de los países de capitalismo avanzado, aunque no sólo de éstos. Puesto que su hipótesis de reconstrucción entre consumo productivo y consumo improductivo —elemento este último que el cual percibió solamente su aspecto parásito y precapitalista— se basa en la capacidad hegemónica de una clase obrera en la actualidad a una profunda redefinición de sus funciones productivas. Si la clase obrera ha dejado de ser, o está dejando de ser, una "clase general", la izquierda debe ir más allá que la izquierda de Marx, para darle a las nuevas figuras sociales, a los nuevos roles y competencias una dimensión cultural que no puede ser ya la de una estructura cultural clásica sino la de una cultura crítica y reformadora que apunta a la reorganización global de un estado y a la generalización y transformación del trabajo productivo.

Desde esta perspectiva sería de interés encarar un estudio sobre Lenin y América Latina, porque podría servir para explicar lo que en definitiva constituye una paradoja histórica. Y me refiero al hecho de que esa paradoja sea rastrear en la mayor y más original experiencia ideológica-política del continente, como fue el aperturismo de Lenin y el leninismo, al que ya hace mención. Sólo así es posible evitar las conclusiones que se derivan de los textos aunque estériles tentativas de componer sus textos para ponerlos al servicio de matrices ideológicas que sólo tienen con él la relación exterior. Enfatizar el espesor teórico y político de su pensamiento contribuye a evitar o contrastar la exacerbación analítica de la dimensión organizativa en sus elaboraciones procediendo este último que a fuerza de erosionar la corporeidad histórica de

medida en que únicamente se pretende dar "un método" de análisis leninista" y no "respuestas concretas para la situación concreta que vive cada país", aunque esto salvé puede ser interpretado como una mera denegación, y en tal caso que el autor se niega a aceptar la soberbia, olímpica soberbia de quien cree poder meterse el mundo en el bolsillo. Harnecker no advierte que en la medicina se supone que el tal metodología se funda en verdades reconocidas como universales ("la verdad universal del marxismo-leninismo") ella es de hecho asumida por los r de respuestas válidas por sí mismas, al margen de las situaciones concretas.

Nosotros nos ocupamos de pequeñas cosas...

... mejorar las técnicas agrícolas de una comunidad campesina en Ghana, organizar un barrio marginal en Ecuador, crear un centro cultural en Colombia, instalar un consultorio sanitario en Bolivia. Pequeñas cosas que enriquecen, articulan, extienden la sociedad civil. Pequeñas cosas que son el tejido de la democracia. No se espere de nosotros grandes diques, obras titánicas. Si, en cambio, expertos y voluntarios que trabajarán con ustedes de igual a igual, compartiendo ideas, experiencias y voluntades. Queremos también trabajar en la Argentina: háganos llegar ideas, proyectos, inquietudes.

Ricercia e Cooperazione. Associazione per la Ricerca, la Documentazione e il Lavoro Volontario nella Cooperazione Internazionale

Via Latina 276 - 00179 - Roma

abstractos nos ofrece el indigesto fruto de un "pensamiento decantado y maduro", según afirma la presentación editorial. Atraído por el subtítulo del libro el lector incauto promete ir más allá del análisis que se le promete y quedará asustado por una extensísima cantidad de citas escogidas para servir a un esquema que achata la política para reducir a técnica. No obstante el declarado propósito de la autora de tener una exposición de lo que llama "la ciencia de la política social no sólo es una obra sin valor teórico alguno, lo peor es que resulta políticamente dañosa porque amparándose en una figura prestigiosa como la de Lenin, el autor, estos elementos pueden ser manipulados y expuestos en la

chada vulgarización del marxismo. Me retiro, claro está, a sus *Conceptos fundamentales del materialismo histórico*, que constituyen todo un capítulo aparte de las desventajas del marxismo en América Latina.

Heller y Fehér: contra el maniqueísmo

La obra de Agnes Heller, la discípula predilecta de Lukács, comenzó a darse a conocer en castellano con la publicación en 1973, en una colección dirigida u orientada por Manuel Sacristán, de *Pequeñas cosas para una teoría marxista de los valores*. Después hay una pausa hasta 1977, en que se publica su biografía de la vida cotidiana, y a partir de ahí el diluvio. Heller posee una capacidad de escritura realmente asombrosa, consecuencia probable de su carácter vivaz pero sin duda acentuada por su exilio en Australia.

Tras la publicación, en 1984, de su *Crítica de la industria*, en 1985 han aparecido en España dos obras conjuntas de Heller con su actual marido, Ferre Heller: *Sobre el pacifismo* y *Anatomía de la izquierda occidental*. La colaboración con Fehér puede ser un factor que acreciente aún más la llama-tiva proliferación de Agnes Heller, pues se hallan en proceso de traducción al menos otros dos libros de su trabajo conjunto: *La dictadura sobre las necesidades*, un análisis de las sociedades de tipo soviético en el que colaboró con el entonces miembro de la Escuela de Budapest, G. Markus, y un conjunto de ensayos de carácter político reunidos bajo el título provisional de *La gran república*.

Huella la publicación de su larga entrevista con Ferdinand Adornato, aparecida en 1980 en Italia, *(Per cambiar la vita)*, Heller que valdada por los eurocomunistas como una corrección a la industria capitalista. Heller y Fehér denuncian el mito del Tercer Mundo como un ejemplo de masoquismo colectivo que a su juicio es el resultado de la expansión del capitalismo en las sociedades donde previamente se ha afianzado la industria capitalista.

Heller y Fehér denuncian el mito del Tercer Mundo como un ejemplo de masoquismo colectivo que a su juicio es el resultado de la expansión del capitalismo en las sociedades donde previamente se ha afianzado la industria capitalista. Heller y Fehér denuncian el mito del Tercer Mundo como un ejemplo de masoquismo colectivo que a su juicio es el resultado de la expansión del capitalismo en las sociedades donde previamente se ha afianzado la industria capitalista.

Mundo y a las dictaduras sobre las necesidades. Su argumento fundamental es que Occidente no es sólo una consigna de la propaganda del capitalismo, sino un valor, una realidad ideal en la que cristaliza la promesa emancipadora de ilustración, y el único terreno en el que puede arraigar la planta del socialismo democrático.

Resulta difícil comprender, desde este punto de partida, que los análisis de los autores son argumentaciones cuidadosamente matizadas radicalmente inadecuadas para ese tipo de lectores con-

La obra de Agnes Heller, la discípula predilecta de Lukács, comenzó a darse a conocer en castellano con la publicación en 1973, en una colección dirigida u orientada por Manuel Sacristán, de *Pequeñas cosas para una teoría marxista de los valores*. Después hay una pausa hasta 1977, en que se publica su biografía de la vida cotidiana, y a partir de ahí el diluvio. Heller posee una capacidad de escritura realmente asombrosa, consecuencia probable de su carácter vivaz pero sin duda acentuada por su exilio en Australia.

Tras la publicación, en 1984, de su *Crítica de la industria*, en 1985 han aparecido en España dos obras conjuntas de Heller con su actual marido, Ferre Heller: *Sobre el pacifismo* y *Anatomía de la izquierda occidental*. La colaboración con Fehér puede ser un factor que acreciente aún más la llama-tiva proliferación de Agnes Heller, pues se hallan en proceso de traducción al menos otros dos libros de su trabajo conjunto: *La dictadura sobre las necesidades*, un análisis de las sociedades de tipo soviético en el que colaboró con el entonces miembro de la Escuela de Budapest, G. Markus, y un conjunto de ensayos de carácter político reunidos bajo el título provisional de *La gran república*.

Huella la publicación de su larga entrevista con Ferdinand Adornato, aparecida en 1980 en Italia, *(Per cambiar la vita)*, Heller que valdada por los eurocomunistas como una corrección a la industria capitalista. Heller y Fehér denuncian el mito del Tercer Mundo como un ejemplo de masoquismo colectivo que a su juicio es el resultado de la expansión del capitalismo en las sociedades donde previamente se ha afianzado la industria capitalista.

Heller y Fehér denuncian el mito del Tercer Mundo como un ejemplo de masoquismo colectivo que a su juicio es el resultado de la expansión del capitalismo en las sociedades donde previamente se ha afianzado la industria capitalista. Heller y Fehér denuncian el mito del Tercer Mundo como un ejemplo de masoquismo colectivo que a su juicio es el resultado de la expansión del capitalismo en las sociedades donde previamente se ha afianzado la industria capitalista.

Mundo y a las dictaduras sobre las necesidades. Su argumento fundamental es que Occidente no es sólo una consigna de la propaganda del capitalismo, sino un valor, una realidad ideal en la que cristaliza la promesa emancipadora de ilustración, y el único terreno en el que puede arraigar la planta del socialismo democrático.

Resulta difícil comprender, desde este punto de partida, que los análisis de los autores son argumentaciones cuidadosamente matizadas radicalmente inadecuadas para ese tipo de lectores con-

La obra de Agnes Heller, la discípula predilecta de Lukács, comenzó a darse a conocer en castellano con la publicación en 1973, en una colección dirigida u orientada por Manuel Sacristán, de *Pequeñas cosas para una teoría marxista de los valores*. Después hay una pausa hasta 1977, en que se publica su biografía de la vida cotidiana, y a partir de ahí el diluvio. Heller posee una capacidad de escritura realmente asombrosa, consecuencia probable de su carácter vivaz pero sin duda acentuada por su exilio en Australia.

Tras la publicación, en 1984, de su *Crítica de la industria*, en 1985 han aparecido en España dos obras conjuntas de Heller con su actual marido, Ferre Heller: *Sobre el pacifismo* y *Anatomía de la izquierda occidental*. La colaboración con Fehér puede ser un factor que acreciente aún más la llama-tiva proliferación de Agnes Heller, pues se hallan en proceso de traducción al menos otros dos libros de su trabajo conjunto: *La dictadura sobre las necesidades*, un análisis de las sociedades de tipo soviético en el que colaboró con el entonces miembro de la Escuela de Budapest, G. Markus, y un conjunto de ensayos de carácter político reunidos bajo el título provisional de *La gran república*.

Huella la publicación de su larga entrevista con Ferdinand Adornato, aparecida en 1980 en Italia, *(Per cambiar la vita)*, Heller que valdada por los eurocomunistas como una corrección a la industria capitalista. Heller y Fehér denuncian el mito del Tercer Mundo como un ejemplo de masoquismo colectivo que a su juicio es el resultado de la expansión del capitalismo en las sociedades donde previamente se ha afianzado la industria capitalista.

Heller y Fehér denuncian el mito del Tercer Mundo como un ejemplo de masoquismo colectivo que a su juicio es el resultado de la expansión del capitalismo en las sociedades donde previamente se ha afianzado la industria capitalista. Heller y Fehér denuncian el mito del Tercer Mundo como un ejemplo de masoquismo colectivo que a su juicio es el resultado de la expansión del capitalismo en las sociedades donde previamente se ha afianzado la industria capitalista.

gan. No es fácil negar que la renuncia unilateral al armamento nuclear aumentaría el peligro de guerra, y es evidente que la tesis contraria sólo puede defenderse coherentemente desde una perspectiva tenazmente ilustrada sobre el carácter de las sociedades soviéticas.

A cortejo, sin embargo, es probable que la obra de Heller (y Fehér) reciba un debido tratamiento, respetuoso de sus ensayos de historia del pensamiento o de reflexión política y moral a bránc, mientras sus ensayos de inmediato sig-

A cortejo, sin embargo, es probable que la obra de Heller (y Fehér) reciba un debido tratamiento, respetuoso de sus ensayos de historia del pensamiento o de reflexión política y moral a bránc, mientras sus ensayos de inmediato sig-

A cortejo, sin embargo, es probable que la obra de Heller (y Fehér) reciba un debido tratamiento, respetuoso de sus ensayos de historia del pensamiento o de reflexión política y moral a bránc, mientras sus ensayos de inmediato sig-

A cortejo, sin embargo, es probable que la obra de Heller (y Fehér) reciba un debido tratamiento, respetuoso de sus ensayos de historia del pensamiento o de reflexión política y moral a bránc, mientras sus ensayos de inmediato sig-

A cortejo, sin embargo, es probable que la obra de Heller (y Fehér) reciba un debido tratamiento, respetuoso de sus ensayos de historia del pensamiento o de reflexión política y moral a bránc, mientras sus ensayos de inmediato sig-

A cortejo, sin embargo, es probable que la obra de Heller (y Fehér) reciba un debido tratamiento, respetuoso de sus ensayos de historia del pensamiento o de reflexión política y moral a bránc, mientras sus ensayos de inmediato sig-

A cortejo, sin embargo, es probable que la obra de Heller (y Fehér) reciba un debido tratamiento, respetuoso de sus ensayos de historia del pensamiento o de reflexión política y moral a bránc, mientras sus ensayos de inmediato sig-

ción de la vida cotidiana, Península, Barcelona, 1982.

A. Heller: *Teoría de la historia*, Fontamara, Barcelona, 1982.

A. Heller: *Por una filosofía radical* ("En el viento topo", 2001, Barcelona, 1980).

A. Heller: *Teoría de los sentimientos*, Fontamara, Barcelona, 1980.

A. Heller: *Intinto, agresividad y carácter*, Península, Barcelona, 1980.

Cuenta así Miguel Ángel Cárcano su primer encuentro con el General Roca. Este lo visitaba a su padre, recién electo gobernador de Córdoba en 1912, en la estancia, pero él, como recordándose al joven Cárcano: "Este es el hijo Miguel Ángel". Político o no, el "Má" estanciero que político? Agregó Roca: "Tendrán muchos mensajes y mayores satisfacciones". La opción nunca fue tan de hierro como la que se presenta aquí, pero para la clase terrateniente argentina del siglo pasado —que podemos extender generosamente hasta el triunfo del radicalismo en 1916 o aun quizás hasta la llegada del peronismo— la política y la guerra fueron a menudo una vocación, una opción, con resultados desastrosos para las finanzas personales y familiares. Mientras los inmigrantes exitosos en la vida económica quedaban normalmente fuera de la política en la Argentina agroexportadora, los nietos y bisnietos de aquellos otros inmigrantes que habían llegado a hacer fortuna un siglo antes en Buenos Aires en 1915, al año segundo de buena fama vasca. El autor organiza su relato alrededor de la idea de una continuidad en la conducta familiar durante varias generaciones: evitar la figuración política permitía "desprenderse sin ningún nostalgia de las causas perdidas y amoldarse rápidamente a las nuevas realidades". En la realidad, el cuadro de familia surge del libro bien poco considerada como un momento o arquetipo del comportamiento de un moderado burgués: incluso constante sobre los intereses económicos, flexibilidad política e ideológica, abstención de lujo y de ostentación. Pero la hipótesis va más allá para incluir una noción de política manipulada, de gobierno por medio de testaferros, entre los cuales Sebrelli incluye incluso a Don Juan Manuel de Rosas.

Según esta hipótesis, los pocos mayores de la clase dominante tendrían a constituir a lo largo del siglo diecinueve un sector especializado de la política y la guerra, mientras que los socios familiares (en la mayoría de las familias) eran, a veces cortados líneas fami-

A. Heller: *El hombre del renacimiento*, Península, Barcelona, 1980.

A. Heller: *Teoría de las necesidades en Marx*, Península, Barcelona, 1978.

A. Heller: *Sociología de la vida cotidiana*, Península, Barcelona, 1977.

A. Heller: *Hipótesis para una teoría marxista de los valores*, Grijalbo, Barcelona, 1973.

A propósito de "La saga de los Anchorena"

Don Juan Sebrelli *La saga de los Anchorena*

Según esta hipótesis, los pocos mayores de la clase dominante tendrían a constituir a lo largo del siglo diecinueve un sector especializado de la política y la guerra, mientras que los socios familiares (en la mayoría de las familias) eran, a veces cortados líneas fami-



MONTEVIDEO 463 Tel. 40-1004 BUENOS AIRES

Librería **gandhi**

liares, pero siempre vinculados por lazos primarios con los primeros) cuidaban de los intereses económicos. Como hubiera dicho Roca, ejemplo de los primeros aunque hablase como estanciero setentón, fueron los segundos los que tuvieron menos desengaños y mayores satisfacciones. Porque aunque son los Roca, o los Rosas, los que entraron en la histo-

ria, corriendo aún hoy el riesgo de ver sus estatuas manchadas de alquitrán, los Anchorena se quedaron, por lo menos por un largo tiempo, con la fortuna. Y en vez de monumentos a sus personas quedaron los palacios, que guardan sus nombres aunque los hayan tenido que vender.

Jorge Balán

*Cárcano acabó dedicándose fundamentalmente a escribir libros, con lo cual fue más bien un intelectual que un estanciero o un político. Esto nos permite contar con su relato, que ayuda a entender ese mundo con los ojos de los que lo construyeron, enriqueciendo nuestra versión del comportamiento de las clases dirigentes y de la política en la sociedad argentina.

constituido en torno a esta publicación, a los objetivos —bastante módicos en sí mismos, aunque nada insignificantes en la lucha interna del peronismo— formulados en común por los diferentes círculos dirigentes renovadores. La expectativa de *Unidos* (o, menos genéricamente, la de algunos de sus miembros y colaboradores) respecto del movimiento liderado por Cafiero, Grosso y Menem, parece radicar más bien, en que bajo su impulso se abra paso un proceso democratizador en, que hallen su lugar.

go con otras que integraron igualmente el universo del alfonsinismo, como la del "tercer movimiento histórico" o las menos estructuradas discursivamente, aunque no por eso menos fuertes, que provienen de la tradición política del radicalismo en cuya escuela se formó el presidente. Pero *Alfonso* no disimula demasiado lo que apunta también a más allá de Alfonsín, es decir, que quiere librarse su batalla ideológica dentro del campo intelectual y en polémica con determinados intelectuales ("ciertos profesionales de la ideología científica" según se define Arturo Escobar en la revista *Armadada* en la ocasión de la revista), quienes no habrían inspirado el discurso mencionado.

ciones que para ser serios deben referirse tanto a la distribución como a la producción. Que el peronismo no las tiene, lo dicen varios artículos de *Unidos*, pero la propia revista sólo contiene enunciados exhortativos. (Y el artículo de Alvaro Abad que apunta a señalar un campo de reivindicación no obreros abarca y a su mano, se encuentra corrobora que el movimiento sindical está en otra cosa). En cuanto al segundo de los argumentos, aun cuando así sea, es decir aun cuando el gobierno radicial sólo sea un gobierno liberal-democrático, modificado —cuya estrategia como escribe Ariel Collo en una de las colaboraciones más inte-

Ensayo

Cultura, orden democrático y socialismo

Emilio De Ipola

Forzada por las circunstancias, la izquierda argentina sólo ha sido apta para desarrollar los elementos de una cultura contestataria. Incapacitada, por tanto, para diseñar una política frente a un gobierno democrático, transita caminos que terminan en las prácticas de resistencia. Una perspectiva socialista, dice De Ipola, debería valorizar las prácticas culturales centradas en el orden: un orden que sustente su legitimidad en el hecho de admitir y hacer viable la posibilidad de ser cambiado, un orden siempre abierto y dispuesto a renovarse a sí mismo.

Nota preliminar

El tema de este artículo es el de la relación entre orden político y cultura; e intentamos abordarlo desde una perspectiva democrática y socialista. Su punto de referencia casi exclusivo es la Argentina actual. Aunque el tema es de actualidad, el problema que nos ocupa es de la izquierda, su tratamiento no ha dejado nunca de despertar resquemores y suspicacias a no pocos intelectuales que se identifican con esa orientación política. En esa reticencia, que suele exteriorizarse bajo la forma de una especie de "resaca" por haberse tratado una suerte de *parti pris* con respecto a los tópicos que debería o bien no debería investigar un auténtico intelectual de izquierda. Dicho de otro modo, habría *a priori* temas que sólo tendrían sentido desde el punto de vista de la izquierda, y otros que ella misma debería abstenerse de explorar". Desde luego, la proposición inversa sería también válida, pero nos interesa destacar la primera, puesto que su eventual pertinencia crítica alcanza directamente a la temática que está

El "orden", el "orden político", el "orden social": ¿acaso esas harto conocidas fórmulas no remiten a una larga retahíla de interrogantes y de dolores de cabeza que fueron siempre patrimonio exclusivo de los sectores tradicionalmente dominantes, de los regímenes opresores, de las dictaduras militares, en suma, de todos aquellos que se opusieron a la idea de un mundo combatido por ellas y acaso el sangriento régimen militar que se adueño del poder el año 1976 en Argentina no invocó de múltiples maneras al "orden" para justificar su accionar? Por otra parte, en un nivel más abstracto pero no menos pertinentes, ¿acaso el mismo concepto de "orden" no remite en primera o última instancia a nociones tales como "equilibrio", "estabilidad", "consensos", "reservas", "armonía", "orden", esto es, un conjunto de significaciones que tienen todas como rasgo común haber alimentado desde siempre al pensamiento de la derecha?

Es indispensable abrir aquí un paréntesis a fin de precisar algunos puntos. El primero y más obvio es el siguiente: si estas objeciones fueran interpretadas en el sentido en que yo las entiendo, el argumento de la necesidad de una revolución socialista sería muy difícil mostrar su total falta de pertinencia. En efecto, ¿cómo el orden podría ser un problema extraño e impropio para la revolución socialista si la revolución socialista es precisamente la revolución que se plantea precisamente cuando el orden no se plantea como un problema que priorizar? Es más: en la tradición del pensamiento socialista el tema del orden socialista ha sido tanto más presente cuanto que forma constitutiva de la tradición socialista, y más el pensamiento ha forjado, siquiera sea para sustentar en la figura imaginaria de una sociedad armónica y transilúcida su crítica de la sociedad "realmente existente" (y, en particular, a Marx y Engels) para advertir cuánto poco ajena era para ellos la cuestión del orden — y no la cuestión de la justicia — y más el pensamiento socialista ha variado veces enunciada por Marx, de una sociedad de "productores libremente asociados", hace pensar en las relaciones sociales donde reina un tranquilo equilibrio entre lo que constituye el orden y lo que constituye la justicia. Es necesario repetir todavía que Marx y Engels no se oponían al orden ni tampoco a la propiedad "en general" sino al orden *capitalista* así como a la propiedad *privada* de los *medios de producción* (¿cómo puede haber una propiedad socialista si la condición de existencia de aquí?) Concluamos entonces en que las connotaciones que arrastra la noción de "orden" no son susceptibles de recibir forzadamente una interpretación socialista, y que el argumento de la revolución socialista o reaccionario, en función de sus condiciones concretas de empleo, también en este caso, maneja a *a priori* inmutos por defecto y toda crítica que lleva a conclusiones falsas, teóricas y políticamente.

Carlos Altamirano

presentar en sus términos óptimos la objeción que se nos formula, ésta se torna mucho más incisiva y plantea problemas mucho más complejos que los vistos hasta ahora. Ahora bien, a efectos de llevar adelante esa tarea no vemos mejor camino que el de concretizar bruscamente el marco más bien general y abstracto en que encuadramos la discusión anterior. Con vistas a ello, hemos de situarnos de lleno en el contexto de la Argentina actual; más precisamente, en la coyuntura de transición y consolidación democrática abierta en diciembre de 1983 con la asunción del gobierno radical presidido por Raúl Alfonsín.

Claro está que nos absteníamos de analizar aquí esa coyuntura, ya que no es éste el objeto del presente artículo ni tampoco el de estas reflexiones preliminares. Quisiéramos en cambio hacer algunas observaciones sobre el debate que se está desarrollando, fuesen los fogosos debates entre quienes se definen como socialistas y demócratas. Ese tópico puede ser enunciado en la forma de una pregunta elemental: ¿cómo definir una política de pensamiento y de acción específicamente socialista y democrática en la actual coyuntura argentina?

No se nos escapa, por cierto, la enorme cantidad de nuevos interrogantes, de problemas, de atolondrados, así como de confusiones que se están generando al intentar configurar, por así decir, el telón de fondo de la pregunta que acabamos de formular. Aquí, sin embargo, nos limitaremos a unos pocos comentarios que, si bien están lejos de agotar el tema en discusión, sí nos parecen de los más importantes y de los argumentos que estamos desarrollando.

En primer lugar, la mera formulación de la pregunta supone que su respuesta no es evidente e, incluso, que presenta dificultades. Estas dificultades (que pueden ir desde la despreocupada peripetia hasta el angustioso calambur) se resquebrajan al introducir en el análisis el pensamiento socialista clásico. Como se habida, esa crisis proviene de la convergencia "catastrófica" de varios hechos pertenecientes a un pasado no muy lejano: la abrumadora certeza de que, en nombre de ese socialismo, se habían instaurado en casi la mitad de los mundos mundiales regimenes que, en nombre de ese mismo socialismo, se habían instaurado en casi la mitad de los mundos mundiales; la evidencia de que si bien esos regimenes no eran el producto directo de las doctrinas socialistas, si bien esas doctrinas podían ser consideradas el otro inminente de lo que se había hecho en su nombre, en fin, la penosa comprobación científica de que el que pretendía fundamentar científicamente la validez de esas doctrinas, ese mismo documento, otrora fiable, ya no lo había sido, contrario.

Como era previsible, ante tales cuestionamientos históricos y teóricos, muchos renegaron de su anterior proclamado socialismo. Otros, en cambio, mantuvieron la opción socialista, pero suplicando a la historia que les "compasara". En consecuencia, el socialismo se convirtió en necesario rescatar la tercera idea subyacente en toda concepción socialista — más allá de sus encarnaciones doctrinarias — la idea de que una sociedad más justa es posible y viable. En otras palabras, el socialismo es una creación humana y no leyes divinas (o personas "científicas") a las que sería imposible sustraerse; la idea es que, mejor, desde el punto de vista histórico, político y ético, una organización social donde el acceso a los recursos sea equitativo y donde los individuos no estén y no de unos pocos privilegiados por su cuna o sus posesiones; donde los hombres puedan crear y participar libremente, sin la coacción material de la violencia física ni la coacción espiritual del Ráster instituido; en donde los individuos no estén sujetos a los caprichos de sólo unos cuantos sino también reconocidos como

Sabemos que una sociedad de este tipo, si bien no es imposible, tampoco es necesaria y que para su realización histórica no hay garantía alguna, aunque sí condiciones. La principal de ellas —la que resume en cierto modo a las otras— es que tal sociedad no puede ser sino democrática (y democráticamente construida). Es aquí donde hay que buscar las razones de la revalorización de la democracia y sus instituciones por parte de los intelectuales progresistas de todo el mundo y no en una pretendida abdicación de sus ideales en nombre de

"realismo" o la "resignación"⁴ ni mucho menos en un impensado y frívolo descubrimiento de los valores supuestamente sustentados por la derecha. Esta clase de críticas —frecuentes en los debates intelectuales— ni revisan nada y también a algunos intelectuales de derechas en franco e impune proceso de conversión al izquierdismo —no parece insuperablemente inepta.

Ahora bien, dicho esto (y volviendo al contexto argentino), sería deshonesto ampararse en la debilidad de esas objeciones para eludir cuestionamiento mucho más serio e incómodo. Retomemos pues, en las condiciones de nuestra covivencia, la discusión.

En primer lugar, las izquierdas socialistas argentinas acusaron al mal gobierno de muchos casos ignorancia pura y simplemente los cambios políticos y doctrinarios que se estaban verificando, desde comienzos de los años 70, en el plano internacional. A lo sumo retrocedieron a matizar su discurso canónico, impiéndice una forma que juzgaban más adaptada a la situación del momento, pero no supieron poner en cuestión sus propios valores más tradicionales y entrañables (aquella que, justamente, estaban en la base de sus fracasos históricos).

Es casi superfluo señalar que no estamos haciendo aquí un juicio de intenciones. Somos conscientes de que la escasa lucidez política que caracterizó a las izquierdas argentinas (y que, en mayor o menor medida, nos alcanzó a todos) obedeció a causas que no siempre dependieron de aquéllas. La feróz dictadura militar que rigió en nuestro país desde 1976 hasta 1983 hizo todo lo humano e inhumanamente posible (desde prohibiciones y fogatas hasta asesinatos) para clausurar el desarrollo de la cultura política de la izquierda. Y hay que reconocer que, al menos mientras se mantuvo en el poder, el régimen militar logró en buena parte su objetivo.

En segundo lugar, como apuntamos antes, desde hace varios años las izquierdas argentinas (coincidiendo en este caso con un fenómeno que se daba a nivel mundial) han sido de más en más propensas a revalorizar la democracia como régimen político y, por lo mismo, han comenzado progresivamente a abandonar su tradicional visión instrumentalista de las formas democráticas. Ciertamente, en razón de lo expuesto en los párrafos precedentes, hay que hablar más bien de una "revalorización" que de un "rescate" global, sin embargo, esta circunstancia no le quita significación. La revisión de las concepciones de la democracia vigentes hasta no hace mucho en las izquierdas constituye para éstas sólo un punto de partida, pero ese punto de partida tiene una importancia capital.

En efecto, únicamente sobre la base de esos dos pilares se pone, por una parte, la ya mencionada idea de una sociedad justa, en la que las inequidades debidas a la desigual distribución del poder y de las riquezas tiendan a cero, y, por otra, la concepción de la democracia como algo más que una mera forma de gobierno, como el *único* régimen político deseable, que puede cobrar vida lo que, al menos por ahora, no será sino el embrión de un socialismo argentino lúcido y a la altura de las exigencias del presente.

Ahora bien, con ser impredecibles, esas dos hipótesis básicas resultan notoriamente insuficientes frente al enorme desafío de crear y consolidar una cultura política nueva, capaz de superar las respuestas y, si cabe, alternativas concretas a los problemas que, permanentemente, la realidad argentina actual plantea.

En este trabajo queremos ilustrar esa insuficiencia y contribuir, muy parcialmente por cierto, a superarla. Nuestro enfoque, así como la temática que con él abordamos, están lejos de ser originales, salvo la circunstancia —quizá no casual, después de todo— de que los socialistas argentinos poco y nada han dicho hasta ahora sobre el tema. He aquí el esquema de nuestro planteamiento:

Forzada por las circunstancias (incluida su propia obsesión), la izquierda argentina sólo ha sido apta, desde hace varias décadas, para desarrollar los elementos de una cultura *contestataria* —elementos nada memorables, salvo honrosas excepciones. Dadas entonces (a) la crisis histórica del socialismo y (b) la necesidad de una alternativa, la izquierda argentina, parcialmente aleccionada, se encontró de pronto frente a la novedosa situación del advenimiento de un gobierno democrático. Un gobierno no socialista y, además,

CATALOGOS SRL

De nuestro fondo editorial:

Gerard Pommer, *Una lógica de la psicois,*
 Ed. Catálogos
 Jozami-Villareal-Paz, *Crisis de la dictadura,*
 Ed. Siglo XXI
 José Martí, *Poesías de nuestra América,*
 Ed. Siglo XXI
 Arthur Rosenberg, *Democracia y socialismo,*
 Ed. Siglo XXI
 Floreal Ferrara, *Teoría social y salud,*
 Ed. Catálogos
 Varios autores, *Estados Unidos hoy,*
 Ed. Siglo XXI
 Enrique Fogwill, *Pájaro de la cabeza,*
 Ed. Catálogos
 Julio Barreiro, *Educación popular y proceso
 de concientización,* Ed. Siglo XXI
 Jorge-Ral Huysman, *En rada,*
 Ed. Siglo XXI
 Millot, *Ensayo sobre transsexualismo*
 Ed. Catálogos-Paradiso
 Block de Behar, *Una retórica del silencio,*
 Ed. Siglo XXI
 García G., *La entrada del psicoanálisis en la
 Argentina,* Ed. Altazor
 Siglo XXI, *La psicosis. Los modos no
 violentos de transformación y cambio de
 la realidad,* Ed. Anagrama
 Beatriz Sarlo, *El imperio de los sentimientos,*
 Ed. Catálogos
 Arnau, *Estado y capitalismo en América
 Latina, México y Argentina,*
 Ed. Siglo XXI
 Pitot, *El desfile del amor,*
 Ed. Anagrama
 Pommer, *Una lógica de la psicois,*
 Ed. Catálogos-Paradiso
 Ariel Dorfman, *Vidas,* Ed. Siglo XXI
 Cops, *El tiempo y el tiempo,* Ed. Anagrama
 Dodo, *Seminario psicoanalítico de niños,*
 Ed. Siglo XXI
 José Amícola, *Astrología y fascismo en la
 obra de Roberto Arlt*
 Weimar Ediciones
 Rilke, R.M., *Cartas a un joven poeta. Sonetos
 a Orfeo. Elegías de Duino,*
 Weimar Ediciones

Catálogos S.R.L. - Av. Independencia 1860 Tel. 38-5708 - 1225 Buenos Aires

Revistas

“Unidos” ante el alfonsinismo



EL ALFONSINISMO

No voy a hacer el descubrimiento de *Unidos*. Es notorio —al menos para quienes siguen con alguna atención las alternativas del debate de ideas en la Argentina actual— que esta revista se ha convertido en el foco intelectual más vivo dentro del área cultural asociada, más o menos orgánicamente, con el peronismo, y en una de las pocas publicaciones interesantes de leer entre las que circulan hoy en el país (o sea: de las pocas que no producen únicamente la

imprisión *de deja vu*). Son notorias también las vinculaciones que se le atribuyen con la corriente llamada *renovadora* dentro del partido justicialista, y el reportaje a Cafiero, más algunas referencias que es posible señalar aquí y allá en diferentes artículos del presente número de la revista, podrían proporcionar la prueba textual de esas relaciones.

Pero sería simplificar las cosas reducir las preocupaciones intelectuales y políticas del grupo

su nombre del actual presidente, en esta ocasión la crítica asumirá, en la mayoría de los artículos, el discurso de Parque Norte como principal núcleo de referencia. Se le podría objetar a este esfuerzo por ajustar cuentas con el texto leído por Alfonsín en diciembre del año pasado, que es excesivo el peso que *Unidos* le atribuye a ese discurso en la definición del alfonsinismo. Después de todo, las ideas expuestas en aquella oportunidad no hacen demasiado ju-

permiro sería el portador de esa vocación transformadora.

Sería ocioso dar demasiadas vueltas en torno al primer argumento. La necesidad de la justicia social ya es entre nosotros parte del sentido común (probablemente lo sea más que el valor de las libertades públicas), y es parte también del discurso del partido gobernante. La cuestión, pues, no se plantea en el plano retórico de la proclamación de objetivos, sino en el más concreto de la definición de opciones.

rigentes de base radical
les y justicialistas, revelan
que éstos no son demas-
siado diferentes entre sí,
y cuanto más jóvenes
más se aproximan hacia
el centro, no hacia la iz-
quierda. El dato torna
más evidente lo insalva-
ble que es el peronismo vir-
tual cuya manifestación
buscan quienes no consi-
deran suficiente que el
justicialismo se convierta
en un partido más. Este
es el problema principal
de *Unidos*, que la crítica
ideológica al alfonsínis-
mo no podrá resolver.

sólo en el plano
varias veces enun-
"productores libe-
relaciones socia-
más que en confl-
"productivas". ¿
y Engels no se
propiedad "en ge-
como a la propie-
ción (y sólo en
condición de ex-
tonces en que la
de "orden" no se
un valor político
progresista o rea-
nes concretas de
jarse con a priori
lleva a conclusión
No obstante, ¿

la utopía.³ Por lo demás, la idea de un "orden nuevo" dada por Marx, de una sociedad "asociada", donde reina un tranquilo y equitativo intercambio de bienes y contradicciones supuestas, no es necesario repetir todavía que se oponían al orden ni tampoco al "orden capitalista", sino al orden *capitalista privado* de los medios de producción, medida en que esta última pregunta es de aquí? Concluylas anotaciones que arrastra la voz: ¿está ser positivo o negativo, en función de sus criterios. También en este caso, comunes por decreto a todas las ciencias, teóricas y políticas, el mismo el temple necesario.

que es mejor, y ético, una mejor manera de bienestar material y de no de posesiones; donde par libremente física ni la coacción, donde la no sólo garantiza. Sabemos que es imposible, también la acción histórica. La primera es el modo a las otras democráticas (y donde hay que de la democracia intelectual es p

que sería imposible sustraerlos del punto de vista histórico y de la organización social donde el individuo y espiritual sea un derecho de los privilegiados por su cultura, para que los hombres puedan crear una cultura por la coacción material de la fuerza, el poder espiritual del Saber invisible, la conciencia y la igualdad de derechos, sino también promovidas por la cultura de la sociedad de este tipo, si no es necesaria y que para que exista una garantía alguna, aunque sea por la fuerza de ellas —la que resume la cultura— que es tal sociedad no puede ser democráticamente construida, sino que se basan las razones de la revolución y sus instituciones por parte de los resistentes de todo el mundo y

En este trabajo, el autor se propone analizar la evolución de la política de la Unión Europea en materia de cooperación al desarrollo, desde la creación de la Comunidad Económica Europea (CEE) en 1957 hasta la actualidad. Para ello, se examina el marco institucional y político que ha permitido el desarrollo de esta política, así como los principales instrumentos de financiación y las áreas de intervención prioritarias. El análisis se centra en la evolución de la política de cooperación al desarrollo de la Unión Europea, desde la creación de la Comunidad Económica Europea (CEE) en 1957 hasta la actualidad. Para ello, se examina el marco institucional y político que ha permitido el desarrollo de esta política, así como los principales instrumentos de financiación y las áreas de intervención prioritarias.

vas concretas a los problemas de la realidad argentina actual. Queremos ilustrar esa insatisfacción, parcialmente por cierto, pero también como la temática que nos aleja de ser originales, sino que al no casual, después de todo, los argentinos poco y nada han aportado particular. He aquí el elemento:

estas circunstancias (incluida la izquierda argentina sólo ha pasado décadas, para desarrollar la cultura contestataria —elemento que honrosa excepciones. Desde la historia del socialismo hasta la idea democrática, esa tradición, se encontró de preparación del advenimiento de

as que,
plantea.
encia y
perarla.
con él
la cir-
de que
o hasta
ma de

propia
o apta,
elemen-
s nada
enton-
(b) la
quiera,
frente
gobier-

I. Cultura política y consolidación democrática

Entendemos que, a partir de lo dicho en la introducción, puede disputar un primer atisbo del exacto sentido de nuestro interés por la cuestión del orden. No obstante —sobre todo para ese reactualizado espécimen de crítico inquisitorial al cual la simple mención del tema provoca una virtuosa indignación “de izquierda”— es preciso todavía aclarar algunos puntos.

Ahora bien, y con esto abordamos el segundo de los problemas mencionados páginas atrás, ¿cómo dar un contenido no banal y suficientemente preciso a la idea de una "práctica cultural" que, manteniendo en sus derechos al conflicto y al disenso democráticos se oriente hacia la promoción de un orden concebido en los términos aquí expuestos? Para responder a esta pregunta son necesarias algunas indicaciones previas:

formación social se reconocerían como tales —ante sí mismos y ante otros colectivos sociales— y harían valer permanentemente, mediante los múltiples “mensajes” que vehicular su arte, sus costumbres, sus creencias, sus estilos de comportamiento, etc., ese autorreconocimiento. En lo que sigue procuraremos atenernos a esta definición “amplia”, y centrada en las identidades sociales, de la cultura.

Con el suba, debía suspenderse un cierto interés por el gobierno argentino y conocido por la opinión pública llamado "Plan Austral". Este plan, destinado sobre todo a disminuir radicalmente la inflación — que había alcanzado en los meses anteriores niveles críticos — implicaba la puesta en obra de un conjunto de medidas económicas que, en su totalidad, suponían la excepción de dos de ellas particularmente apropiadas para ilustrar nuestro razonamiento. Nos referimos a la creación de la nueva moneda, el austral (equivalente a mil pesos argentinos), y al congelamiento de precios.

Varios hechos, relativos todos ellos a la reacción de la opinión pública, nos parecen de especial importancia, la atención, no sólo de los observadores sino también de los propios actores sociales — protagonistas, por así decir, de esa reacción:

En esa medida, el apoyo activo de la población al Plan Austral es pasible de una tercera lectura; no se trataría ya de prestarle colaboración en aras de un logro que se limitaría sólo a lo económico, sino también de contribuir, con esa colaboración, al mantenimiento puro y simple del *orden político existente*. ¿Implicaba también tal colaboración un apoyo resuelto a la *democracia* como régimen político y, concomitantemente, un repudio también resuelto a cualquier

En resumen, pues: la demanda de orden no es necesariamente una demanda antidemocrática, autoritaria y antipopular. Es más bien un aspecto presente con sólo alguna anarquista excepción, en toda cultura política; puede, por lo tanto, como lo prueba el ejemplo del Plan Austral, tener un sentido democrático y popular. Queda empero un interrogante en pie: ¿caso dicha demanda de orden político no permaneciendo, más allá de todo lo dicho, intrínsecamente conservadora? A tratar de elucidar ese interrogante dedicaremos la conclusión de estas notas.

el afianzamiento del orden democrático. Pero no se programa suopaso (también un reto para quienes se oponen a la transición). Puesto que en efecto corresponde a nuestra exigencia de lucidez el saber quejere la crítica allí donde ella impone (allí, por ejemplo, donde el gobierno demócrata tiene que encajarse en el sistema de la continuidad del régimen en transición y de gobierno partidario –papel, si se quiere, a la vez de Rey y de Primer Ministro– confunde a veces las cartas y no sabe lo que debe obrar). Pero, en fin, la conciencia el hacer valer la tesis de que una mayor y cada vez más profunda equidad social es también una condición necesaria para la consolidación de la democracia en un nivel fundamental se ha señalado. En consecuencia, la tarea de la transición política y ética de la situación actual de las cosas de quienes están en desventaja en la distribución social del poder y de las riquezas. Es quizás una responsabilidad de los socialistas, contribuir a que esas palabras no sucumban a la tentación de la inacción. Tarea exigente, nada “conformista” ni mucho menos “resignada”: tarea de imaginación política y de inversión cultural a la que no nos cabe sustraernos.

⁴ En el núm. 6 de la revista *Unidos* —sea dicho sin desmerecer sus valiosos aportes a una discusión honesta y necesaria entre socialistas y peronistas democráticos—, creo percibir el eco bastante cercano de esas críticas fascistas. Sobre dicha revista véase la recensión de Carlos Altamirano en este mismo número.

La interrogación que cerró al párrafo anterior y dio motivo al presente está exenta de candidez pero

Ahora bien, desde nuestro punto de vista, ninguna de esas dos presuposiciones es válida. Con respecto a la primera de ellas, ya hemos señalado abundantemente que un orden político verdaderamente democrático no es aquel que anula los conflictos, sino más bien aquel que posibilita que ellos existan y se desarrollen. Permisos, pues, no retomar otra vez este punto. En cuanto a la segunda presuposición, ella merece un párrafo aparte, puesto que remite directamente a ese

¹¹ Lo que, evidentemente, no significa que sean inmodificables ni que impliquen la irredimible exclusión de los "excéntricos" y los "descentrados".

¹³ Véase, en este número, el artículo de Juan Carlos Rodríguez Cordero.

Lectura a contrapelo

Perfiles de un presidente

Desde una perspectiva no radical, el perfil del Dr. Alfonsín durante la campaña electoral podía caracterizarse como cauto y esperanzado, sobrio en la retórica y en las promesas. El preámbulo de la Constitución, repetido en los actos de la campaña, acalaba un programa mínimo que no podía asombrar a nadie como novedoso, aunque sí como inusual en las costumbres político-institucionales de las últimas décadas. El recitado del preámbulo, que las multitudes fueron aprendiendo de memoria para acompañar al candidato, comprometía con la Constitución, el sistema republicano, el federalismo, la igualdad ante la ley. Era no sólo una oración laica sino también el rescate de un puñado de principios básicos de convivencia, cuyo atropello alienó las ensoñaciones autoritarias de las dictaduras militares.

El programa constitucional

El candidato aparecía entonces como un hombre dispuesto a asegurar el marco formal de las instituciones democráticas. A diferencia de algunas líneas de su partido, prometía además sensibilidad frente a los graves problemas de los sectores marginados. Finalmente, una política respecto de los represores militares de los últimos diez años.

Si estos puntos eran centrales en su programa, no puede dudarse de que lo haya respetado y, en la medida de sus posibilidades, cumplido. Muchos argentinos que nos habíamos iniciado en la vida política a fines de los años cincuenta o sesenta, no olvidaremos jamás la mezcla de asombro y entusiasmo con la cual escuchamos el discurso presidencial que disponía el enjuiciamiento de los jueces militares. Era la primera vez, en nuestra experiencia política, que se cumplía un punto decisivo del programa con el que alguien había alcanzado el gobierno. Es probable que lo dispuesto por el entonces flamante presidente fuera poco comparado con los horrores de la represión militar, pero era precisamente aquello a lo que se había comprometido, el debicísimo, un comprometido sistema, de futuro sin duda contenido, de diferencias entre responsabilidad y exceso, orden y obediencia, etc. El asombro que ese discurso provocó hizo que pasáramos por altos tramos de ese u otros discursos donde se describía a las fuerzas armadas como institución fundadora e indispensable de la nacionalidad. Salteando esas líneas, podíamos, por primera vez en décadas, estar de acuerdo. Pero esos tramos del discurso presidencial existían y sólo cuando hoy resurgien bajo la forma de instrucciones a los fiscales en las causas a los militares, o en las groseras traducciones de Jaurenara cada vez que se desanda algún general, empezamos a recordar que la afirmación de las fuerzas armadas como pilar de la nacionalidad no es un acto cínico por parte de un político que, como el Dr. Alfonsín, al no incorporar esa tradicional cualidad a su estilo, sí que conservando una fuerte tensión ética.

Pero el conjunto de aspiraciones relativamente módicas enunciadas por el candidato y cuyo *leit motiv* eran las palabras del preámbulo, parecieron recibir un zing con el triunfo del 30 de octubre. No es que se exageraron sus promesas, sino que se agrandaron nuestras posibilidades de futuro. Se llega así al período ordinario del Congreso, primero en diez años, con la idea agitada por el Presidente de que el año 2000 nos iba a encontrar entre las grandes naciones de la tierra. Alarmaba, en el discurso del Dr. Alfonsín, precisamente la aparición de un tóxico que después de la derrota de Malvinas debía ser destruido de la fantasía política argentina: el tema de nuestra nunca demostrada grandeza, aderezado con la creencia de que nuestro pueblo es uno de los mejores del mundo.

En un país empobrecido, hay una zona de abundancia. Los sentidos fluyen de los mensajes presidenciales y cada vez que el Dr. Alfonsín toma la palabra puede preverse una nueva propuesta a la sociedad. Los regímenes autoritarios se caracterizan por los sentidos escasos y las circulaciones restringidas. Por contraposición, las democracias deberían ser cornucopias políticas de donde se derraman mensajes y bienes simbólicos. El presidente de la República, entendiéndolo así, ha reformado el discurso con el que llegó al gobierno.

No era sensato, en medio de una feroz crisis económica potenciada por la inflación, cuando el Ministerio de Economía era blanco de pujas internas que sólo se resolvieron meses después, cuando el peso del servicio de la deuda jaqueaba las posibilidades de crecimiento, amenazadas también por una burguesía miserable y ávida de ganancias, dispuesta siempre a socializar sus pérdidas, no era sensato, efectivamente, pensar que, frente a la Argentina, se abría otro futuro diferente al de una mediocridad que, en el mejor de los casos, podría tener como compensación altos niveles de educación y salud; servicios igualmente distribuidos; proyectos, inexistentes hasta hoy tanto entre radicales como entre peronistas, de reforma del poder económico: grandes cambios en un país pequeño. Todo menos citar una vez más un futuro de grandeza tan improbable como engañoso.

El plan austral y la enjuta pero laboriosa prosa académica del Ministerio de Economía (amenizada por las escarmentadas de hábiles karateas como Canitrot), desterró, por razones de coherencia interna, el tema de la grandeza del discurso presidencial. En la época de las grandes figuras, no sólo en el plano de lo real sino también en el de las expectativas que debían fomentarse. El Presidente habló, en abril del año pasado, prometiendo sacrificios frente a una Plaza de Mayo que, naturalmente, no parecía exultante ante el pronóstico. El realismo es siempre sombrio.

La acumulación de mensajes

Pero al mismo tiempo, el Dr. Alfonsín cambiaba un discurso relativamente tradicional y previsible, aunque sincero y convincente (en la medida en que estas palabras tengan sentido en la política, y no habría que probar que lo tuvieron), por intervenciones más locuaces sobre el presente y el futuro institucional argentino. Pasábamos de una era de escasez de mensajes o de mensajes repetidos, a la era de la abundancia y, en consecuencia, del consumo simbólico acelerado. (Este consumo rápido de propuestas no se realiza sólo en el espacio de los gobiernos sino también en el de los gobernantes, incluido el propio Dr. Alfonsín).

Sin embargo, el único plan modelizador de futuro que los argentinos no tenemos hoy para discutir es un plan de desarrollo, o un plan de reconversión industrial, y ambos serían indispensables para que corporaciones como la CGT decida si efectivamente quiere sentarse a la mesa de negociaciones o si pertenece, de manera definitiva, a la arqueología política.

Tampoco se nos propone, claro está, que participemos en un debate colectivo sobre el lugar, el carácter y la incidencia de las fuerzas armadas en la vida pública. Hasta el momento, los argentinos convivimos con fuerzas armadas que no han sometido a control y revisión sus hipótesis de guerra y que ven confirmado, en la última conferencia de prensa presidencial, el carácter obligatorio del servicio militar, institución que los radicales se habían comprometido a poner en discusión. La impudicia y la soberbia de los jefes militares encuentra en el discurso de los

funcionarios, y lamentablemente en el del Presidente, un sistema de traducciones y equivalencias, de modo tal que siempre se le indica a la población qué debe entenderse de una provocación militar, cómo se la debe traducir, por eufemismo, a un lenguaje civilizado que los jefes militares no emplean habitualmente.

La cuestión militar, aún irresuelta en la Argentina, puede convertirse en un temible disparador de problemas y colocar límites muy estrechos a la expansión de la democracia en esta sociedad (en principio, porque la institución militar misma se sustrae al control democrático, resguarda su secreto y no sujeta a evaluación pública sus objetivos y programas). Es insensato no pegar al perro cuando se lo tiene en el agua. Con los militares no se trata sólo de una cuestión de principios sino de supervivencia. Y, por supuesto, se trata de la supervivencia de la democracia y no sólo de los radicales y su gobierno. Por eso la cuestión militar no es una cuestión sólo de militares o de radicales (evito la ingenuidad de suponer que sea una cuestión para peronistas o sindicalistas). No debe haber secreto en la cuestión militar y, por las consecuencias sobre toda la nación de las políticas militares, éstas deberían formularse fuera del ámbito en tinieblas de los acuerdos del Senado o los despachos ministeriales.

Convocados por el Presidente para fundar la segunda República, los ciudadanos tenemos el derecho de formular algunas preguntas: si la primera República se elevó sobre la derrota de las últimas resistencias localistas a mediados de los años setenta del siglo pasado, es decir, si surgió de una remodelación profunda de las relaciones de poder (sobre la cual se podrá tener opiniones variadas excepto en lo que hace a la magnitud de las transformaciones), ¿sobre qué nuevo bloque social y político tiene el Dr. Alfonsín pensado acentar la segunda? Parece un gesto, más que un acto fundacional, la invitación a esta nueva República, cuando es evidente que los restos de la anterior conservan influencia, capacidad de respuesta y de amenaza. ¿En este proceso de fundación las fuerzas armadas serán consideradas como lo único eterno? ¿Podemos pensar una República futura sin fuerzas armadas? La reforma económica es parte central de cualquier proyecto con vocación originaria; una segunda República arrojada al debate sin sus bases, sin el diseño económico-social que permita abrir el circuito de discusiones, reformas, conflictos y acuerdos que avaliarían un pacto fundador?

Pero, la segunda República estuvo precedida por la exhortación que pronunció el Dr. Alfonsín frente a la convención de su partido en Parque Norte. Se trataba entonces de la democracia participativa y la reforma de costumbres políticas. El único que el Presidente ejerce en la República y en su partido sería, a tal efecto, el primer nudo que el filo de la reforma debería cortar. Es más: esa reforma, frente a los mandatos de un partido pro peronista enfascado en el sinuoso camino de su renovación, debería afectar primero al partido radical, de más republicanas tradiciones, sin embargo, el actual estilo de "aparato" y máquina poder en algunas de sus ramas no parece montar el mejor escenario para la reforma de los partidos que esta-

ría en la base de una reforma de las costumbres políticas.

De todos modos, el discurso de Parque Norte quedó poco después sumido en la más amplia consigna de reforma del estado. En este punto, el voluntarismo admirable del Presidente pasó por una prueba de fuego: puesta en circulación la idea de un primer ministro casi contemporáneamente a los sucesos que amenazaron la estabilidad de Tróccoli (que en cualquier país, presidencialista o parlamentaria, ya estaría escribiendo sus memorias), los argentinos comprobaron que la imagen de un primer ministro como pieza móvil en la negociación política, como balancín de las crisis, como polea entre el Presidente y el parlamento, aparecía iluminada por una luz fantástica.

Pero tampoco tuvimos demasiado tiempo para pensar, porque poco antes habíamos (los porteros) amanecido en Viedma. El Presidente instruyó a la República sobre la conveniencia de mirar hacia el sur, el frío y el mar, argumentando al mismo tiempo que el traslado de la capital contribuiría a reparar un federalismo debilitado por el centralismo porteño (un tema clásico de la historiografía política, compartido, en primer lugar con el revisionismo). Fue un golpe de efecto equivalente al del plan austral, por el secreto con el que el Dr. Alfonsín tomó sus decisiones: no solamente se convenció de que había que trasladar la capital, primera cuestión a debatir, sino que *invo facto*, decidió que tal traslado se concretaría en Viedma (la estampida que esto provocó en geógrafos y planificadores fue mayúscula). Además apoyó tal elección en razones geopolíticas y deterministas: ocupar espacios vacíos, ir hacia el frío, cuyas virtudes han sido demostradas por todas las teorías del medio ambiente.

La izquierda acusó al Presidente de que estas iniciativas eran cortinas de humo para disimular los verdaderos problemas. Este argumento carece de imaginación y es síntoma de la senilidad política de la izquierda partidaria. Sin embargo, a quien no piense que este conjunto de iniciativas, algunas atinadas y otras fantásticas, son meras cortinas de humo, a quien no razone en los términos de la psicología política del engaño y no atribuya injustamente mala fe al Presidente, le asiste el derecho a preguntarse por qué esta inestable proliferación temática, por qué este exceso de propuestas generales que van desahogándose unas a otras, disputando por algunas semanas la luz del prosoceno político, para ser rápidamente consumidas sin hundirse realmente en el debate público. Decíamos al principio que la abundancia de sentidos es propia de la democracia. Ello no significa, sin embargo, que el Presidente deba considerarse como único responsable de alimentar esa abundancia.

Es posible que todavía la sociedad no esté en condiciones de competir con la celeridad de iniciativas presidenciales. Es probable que los primeros mensajes de democracia y solidaridad emitidos por el Dr. Alfonsín, cuando todavía era el candidato de su partido, deban ser profundizados, en todas direcciones, descubriendo el sentido de una sociedad igualitaria. Una insalvable superficialidad acecha a las propuestas del ejecutivo que no tiene medios para difundirlas ni siquiera en las filas de su propio partido.

Junto con la democracia hemos aprendido el valor de lo simbólico, sin que esto debe transformarnos necesariamente en místicos. La valorización de lo simbólico no implica un fluir veloz de propuestas que la sociedad no termina de asimilar, ni de comprender en sus prioridades o su orden. También lo simbólico deberá sintonizarse con las necesidades materiales de la sociedad argentina, para disminuir injusticias insultantes. Pensamos, sin duda, en una riqueza de temas con sentido horizontal y vertical, pluralista y conflictiva al mismo tiempo, y no en la figura de un Gran Enunciador que dé forma, acertada o no, a nuestros destinos.

Beatriz Sarlo